Claire Keegan

Recorre los campos azules

Traducción de Jorge Fondebrider

13

Con una prosa lírica y reflexiva, en constante tensión con una oscura melancolía, Keegan desnuda en estos relatos la vida en la Irlanda rural contemporánea. Historias de abuso familiar e incesto, matrimonios sin salida, celibatos quebrantados, soledades a veces aliviadas por el alcohol, otras por los sueños, bullen debajo de la quietud del paisaje. Un retrato contundente de una lucha con el pasado atravesada por los anhelos y deseos de sus protagonistas.

«Keegan toma los clichés de la vida rural irlandesa y los hace arder». The Guardian

«Hay personas que ven el mundo a través de un vidrio rosa, pero Claire Keegan no es una de ellas. En su sensacional segundo libro… árboles, sombras, campos, la cercana costa escarpada y la atmósfera en general, todo se tiñe de azul. Los relatos de Keegan son el equivalente literario de las pinturas del período azul de Picasso». San Francisco Chronicle.

Claire Keegan

Recorre los campos azules

Título original: *Walk the Blue Fields*
Claire Keegan, 2008
Traducción: Jorge Fondebrider, 2008

-

Revisión: 1.0
13/08/2022

Para Jim y Claire

LA LARGA Y DOLOROSA MUERTE

Eran las tres en punto de la mañana cuando finalmente ella cruzó el puente hacia Achill. Ahí, al menos, estaba el pueblo: la cooperativa de pescadores, la ferretería y el almacén, la capilla de piedra rojiza, cada edificio cerrado y silencioso, debajo de los faroles que iluminaban débilmente. Siguió por una franja oscura de camino donde, a cada lado, altos setos de rododendro se habían vuelto silvestres y perdido sus flores. No vio a persona alguna, ni una ventana iluminada, apenas unas pocas ovejas de patas negras que dormían y algo después, un zorro aterrado, quieto ante los faros. La ruta se hizo empinada y luego doblaba en un camino amplio y vacío. Podía sentir el océano, los pantanos; espacio abierto, inmenso. El desvío hacia Dugort no estaba claramente marcado, pero se sintió confiada doblando hacia el norte, por el camino desierto que la llevó a la Böll House.

Dos veces durante el trayecto había derrapado sobre la dura banquina y cerrado los ojos, durmiéndose por un instante, pero ahora, en la isla, se sentía totalmente despierta y completamente viva. Incluso el tramo de camino oscuro como boca de lobo, que abruptamente caía a la playa, parecía lleno de vida. Podía sentir la alta y protectora presencia de la montaña, las colinas desnudas y, abajo, a lo lejos, donde terminaba el camino, los claros y agradables golpes del Atlántico contra la costa.

El conserje le había dicho dónde encontrar la llave e, impaciente, su mano buscaba alrededor del tanque de gas. Había varias llaves en el llavero, pero abrió la cerradura con la primera que eligió. Adentro, la casa había sido restaurada: la cocina y la sala ahora se combinaban en un único y amplio ambiente. En uno de los

extremos se había instalado la misma chimenea de antes, encalada, pero en el otro habían empotrado alacenas y una nueva pileta para lavar platos. Entre ambos extremos había un sofá, una mesa de pino y unas sillas duras haciendo juego. Dejó la canilla abierta y calentó el agua para el té, encendió un fuego pequeño con la turba que había en una canasta y se hizo una cama provisoria en el sofá. Del otro lado de los cristales, un seto de fucsias temblaba intensamente en la muy incipiente primavera. Se desvistió, se acostó, buscó su libro y leyó el párrafo inicial de un cuento de Chejov. Era un párrafo magnífico, pero, cuando llegó al final, sintió que se le cerraban los ojos, y contenta apagó la luz, sabiendo que el día siguiente sería suyo, para trabajar, leer y caminar por los caminos y la costa.

Al despertarse, sintió que se disipaba el final de un sueño, con una sensación como de seda; había tenido un sueño largo y profundamente satisfactorio. Hirvió el agua y sacó sus pertenencias del auto. Había traído poco: algunos libros y ropas, una cajita de provisiones. Había anotadores y varios pedazos de papel, donde había escrito notas apenas legibles. Estaba nublado, pero, surcado por manchones celestes, el cielo lucía prometedor. Abajo, en el océano, crecía una franja de agua convirtiéndose en una ola vitrea y se rompía en pedazos sobre la playa. Sintió avidez por leer y trabajar. Sintió que podía estar sentada por días, leyendo y trabajando, sin ver a nadie. Pensaba en su trabajo, y en cómo comenzaría exactamente, cuando sonó el teléfono de la casa. Sonó varias veces antes de quedar en silencio, y entonces comenzó a sonar nuevamente. Lo agarró, no tanto para atender como para hacerlo callar.

—Hola —dijo un hombre con acento—. Habla… —y un apellido extranjero.

—¿Sí?

—El director dijo que usted es la residente. Soy profesor de literatura alemana.

—Oh —dijo ella.

—¿Podría ver la casa? El director me dijo que tal vez me la dejara ver.

—Bueno —dijo la mujer—. Yo no…

—Oh, ¿está trabajando?

—¿Trabajando? —dijo—. Estoy trabajando, sí.

—¿Sí? —preguntó la voz.

—Acabo de llegar —respondió ella.

—Hablé con el director y él me dijo que usted me dejaría ver. Ahora estoy aquí afuera de la Böll House.

Ella se volvió hacia la ventana y tomó una manzana verde de una caja de cartón.

—No estoy vestida —dijo ella—. Y estoy trabajando.

—Es una intromisión —dijo la voz.

Miró la pileta de los platos; la luz del sol se reflejaba contra el aluminio.

—¿No podría venir otro día? ¿Qué tal el sábado?

—Sábado —repitió la voz—. Ya me habré ido. Tengo que irme, pero ahora estoy aquí afuera de la Böll House.

Se quedó allí, parada en camisón, con la manzana en la mano y pensó en ese hombre que estaba afuera.

—¿Esta noche estará por aquí?

—Sí —respondió él— ¿Esta noche le viene bien?

—Si viene a las ocho —dijo—, aquí estaré.

—¿Tengo que volver entonces?

—Sí —dijo ella—. Tiene que volver.

Cuando colgó el teléfono, se lo quedó mirando y se preguntó por qué había atendido y por qué habían dado el número. Lo que había comenzado como un día magnífico todavía seguía siéndolo, pero había cambiado; ahora que había fijado un horario, de alguna manera el día estaba obligado a avanzar en dirección al visitante alemán. Fue al baño y se lavó los dientes y pensó en él, que estaba afuera. Podría cambiarse y salir, y decirle que pasara, y el día nuevamente sería suyo. En cambio, se sentó ante el hogar y atizó las cenizas y se quedó mirando una gran jarra de vidrio que había en la repisa de la chimenea. Bajaría hasta la orilla y recogería fucsias de los setos para llenar la jarra de capullos rojos que colgaran, antes de que él llegase. Tomaría un baño prolongado. Buscó su reloj, pero le llevó varios minutos hallarlo en el bolsillo de los *jeans* que había

usado el día anterior. Se quedó contemplándolo todo un minuto. Ahora, en este, su cumpleaños número treinta y nueve, era pasado el mediodía.

Rápidamente se levantó y fue hasta el estudio de Böll, un cuarto pequeño con un hogar en desuso y una ventana que daba al mar. Fue en ese cuarto donde él escribió su ahora famoso diario, pero eso había sido cincuenta años atrás. Böll estaba muerto y su familia había dejado la casa como residencia de trabajo para escritores. Y ahora ella estaba allí por dos semanas, trabajando. Limpió el escritorio con un paño húmedo y ubicó sobre la superficie sus anotadores y diccionarios, sus papeles y su lapicera fuente. Lo único que ahora necesitaba era un café. Fue a la cocina y buscó en la caja de las provisiones. Pasó más tiempo buscando en las alacenas, pero no encontró café. También necesitaba leche —pronto se quedaría sin leche—, pero lo único que quería hacer era trabajar. En eso estaba pensando, cuando recogió las llaves y desanduvo el camino hasta el pueblo.

Allí, sin demora, compró café y leche, algo para encender rápido el fuego, polvo para preparar tortas, una pinta de crema y el diario. Cuando estaba volviendo, el sol del camino era fuerte, así que, en lugar de dirigirse directamente a la casa, tomó el desvío sur a lo largo de Atlantic Drive, donde había pocas viviendas y a duras penas había matas. Pensó en cómo sería vivir en un lugar así en invierno: los vientos fuertes llevando arena por las playas, rompiendo los setos; la lluvia incesante; los fríos graznidos de las gaviotas… y también, en lo dramático que sería el cambio de todo eso una vez terminado el invierno. En el borde del camino, una gallina pequeña y regordeta se paseaba resueltamente, con la cabeza extendida y las patas sobre las piedras. Era una gallina muy bonita, con el plumaje salpicado de blanco, como si, antes de salir de la casa, se hubiera empolvado. La gallina bajó corriendo sobre el borde cubierto de hierba y, sin mirar a la izquierda o a la derecha, atravesó a la carrera el camino, luego se detuvo, reajustó las alas y se dirigió derecho al acantilado. La mujer observó el modo en que la gallina mantuvo baja la cabeza cuando alcanzó el borde y cómo, sin un momento de

duda, saltó. La mujer detuvo el auto y caminó hasta el lugar desde el cual la gallina se había lanzado. Una parte de ella no deseaba ver, pero cuando lo hizo, la vio allí, con otras varias gallinas, escarbando o descansando con aire satisfecho, en un pozo de arena sobre una saliente con pasto, no lejos del borde.

Se quedó allí un rato, divertida, observando la escena; luego miró el océano, tan amplio y azul debajo del amplio cielo azul. Un poco más allá había una pequeña caleta, en la que un piletón natural de agua profunda y clara avanzaba hacia la base de un acantilado blanco. Dejó el auto y siguió una huella dejada por las ovejas en dirección a la caleta, pero el sendero desapareció y el descenso se hizo demasiado empinado y atemorizante. Desde donde estaba, podía ver todo: el piletón profundo, las rocas y la oscura maraña de las algas debajo de la superficie del agua. Remontó la senda por la que había llegado, cruzó al otro lado de la caleta y halló una huella diferente, que la condujo hacia un chorrillo de agua salobre, que fluía desde los pantanos. Cuidadosamente, se trepó a las piedras planas y marrones, continuó por el sendero resbaladizo y llegó a la caleta blanqueada de sol.

La marea alta había traído detritos, pero alrededor de ella había profundas capas de piedras blancas y brillantes. Nunca había visto piedras tan hermosas, que sonaban como porcelana bajo sus pies cada vez que se movía. Se preguntó por cuánto tiempo habían estado allí y qué tipo de piedras era, pero ¿qué importaba? Allí estaban ahora, al igual que ella. Miró a su alrededor y, no viendo a nadie, se sacó la ropa y, torpemente, pisó las piedras rugosas y mojadas que había en la orilla. El agua era mucho más cálida de lo que se había imaginado. Se adentró hasta que se hizo súbitamente profunda y sintió el estremecimiento viscoso de las algas contra sus muslos. Cuando el agua le llegó a las costillas, aspiró hondo, dio una voltereta sobre la espalda y nadó alejándose de la costa. Eso, se dijo, era lo que debería estar haciendo, en ese momento, con su vida. Miró el horizonte y se descubrió agradeciéndole a algo en lo que no creía realmente.

Ahora había alcanzado el punto en que el piletón se ensanchaba,

haciéndose mar abierto. Jamás había estado en aguas tan profundas. El deseo de ir todavía más lejos era poderoso, pero luchó contra él, flotó por un rato, luego volvió nadando a la costa y se recostó sobre las piedras calientes. Estando ahí sintió, en lo alto, una presencia sobre el acantilado, pero con los rayos de sol no podía ver bien. Se quedó en ese lugar hasta que se le secó la piel, luego se vistió rápidamente y trepó por la senda hasta el auto.

De vuelta en la casa, pensó en su trabajo mientras preparaba una torta de chocolate amargo. No la hizo desde cero, sino a partir del polvo preparado; lo único que tenía que hacer era agregar huevos, aceite y agua. Mientras mezclaba la masa y la volcaba en un molde, una parte de su mente estaba nuevamente preocupada por la visita del alemán. Se preguntó, por un instante, cómo sería, qué tan alto. Tal vez tuviera algunas cosas interesantes que decir sobre Heinrich Böll. Se sintió sin saber qué decir y levemente avergonzada de saber tan poco sobre el hombre en cuya casa estaba quedándose.

A las cuatro en punto, bajó por el camino, pasando la iglesia protestante, en dirección al mar. Allá había una escuela que funcionaba en una única sala, cuyo patio de juegos estaba lleno de cardos secos con corolas lanudas. Mientras estaba ahí, se levantó una brisa repentina y algunos plumerillos de cardo se desprendieron y flotaron ante sus ojos. Siguió hasta el final del camino, donde había un grupo de casas veraniegas comunes y corrientes, vacías y con sus baldes de cenizas vaciados por el viento. Abajo, en el océano, estaba fresco, de modo que volvió a subir la colina, cortando fucsias de los setos a medida que avanzaba. Algunas de las ramas finas se partían fácilmente, de un corte limpio, en tanto otras se sostenían empecinadamente y ella tenía que torcerlas con las manos desnudas. Le gustaban sus flores color rojo brillante, que colgaban, sus duras hojas dentadas. Cuando volvió a la casa, se detuvo para mirar el cartel: POR FAVOR RESPETEN LA PRIVACIDAD DE LOS ARTISTAS RESIDENTES. Se quedó allí, por un instante, mirando las palabras y luego caminó hasta el jardín y cerró el portón para que no entrasen las ovejas.

Adentro, llenó la gran jarra de vidrio con agua y dispuso las

fucsias sobre la mesa de la cocina en indisciplinado despliegue. Se preparó una cena liviana de tomates y queso, y comió en la mesa con el pan de ayer y un vaso de vino tinto. Cuando hubo lavado y guardado los platos, encendió el fuego y volvió al cuento de Chejov.

Era la historia de una mujer cuyo novio no estaba interesado en ningún tipo de trabajo, pero que era conocido, en cambio, como alguien que tocaba música. Había llegado al momento del cuento en que él llevaba a su prometida a la casa en la que vivirían, y le mostraba todos los cuartos. Tenía un tanque de agua empotrado en el altillo y un lavabo en el dormitorio del que salía agua fría. En la pared había un cuadro de marco dorado, que representaba a una mujer desnuda y a una jarra púrpura cuya asa estaba rota. Algo había en la pintura que repugnaba a la futura esposa; a cada instante estaba a punto de estallar en sollozos, de lanzarse por la ventana y escapar. Ahora, algo en el cuento le recordaba cómo había sido ella en otro momento de su vida, cuando dejó de amar a un hombre que le había dicho que quería que ella viviese con él, un hombre que a menudo decía lo contrario de lo que sentía, como si lo dicho fuera a volverse cierto o escondiera el hecho de que no lo era.

—Te amo —le decía a menudo—. No hay nada que no haría por ti —también solía decirle.

Una vez, cuando estaban preparándose para salir, ella se había levantado el cabello, se lo había sujetado sin apretárselo y había elegido un vestido largo de terciopelo. En ese entonces era más delgada y andaba por los veintipico.

—Me gustas así —le dijo esa noche el hombre escindido, pero ella sabía que no era cierto, que él la prefería con una falda corta y tacos altos, el cabello suelto y los labios pintados de rojo.

Pensaba en él ahora, mientras se preparaba el baño, con nubes de vapor que escapaban por la ventana abierta.

—¿Hay algo que no me darías? —le había preguntado una vez.

—Nada —había respondido él en el acto—. No hay nada.

Por alguna razón, ella había seguido mirándolo y había esperado.

—Bueno —había dicho él, aclarándose la garganta—. Tal vez, la

tierra. No me gustaría darte la tierra.

Y ella siempre supo que la tierra era lo único que a él lo preocupaba.

Ahora vertía un poco de aceite de rosas en el agua caliente y volvió a pensar en la mujer del cuento de Chejov y en el placer que el personaje masculino había sentido cuando vio correr el agua en el lavabo del dormitorio. Tomó el libro y encontró la última página que había leído, y se quedó en el baño hasta casi haber leído la última frase. Al final, la mujer no se casó con su prometido; en lugar de ello, se fue a San Petersburgo para estudiar en la universidad. Cuando volvió a su pueblo, por encima de la cerca, los niños le gritaban «¡Novia! ¡Novia!», burlándose, pero ella les prestó poca atención, y finalmente ella se despedía nuevamente de su familia, para volver, muy animada, a la ciudad.

Ahora estaba recostada en el baño, con el agua que se enfriaba y miró por la ventana abierta. Más allá de la ventana había un cielo azul y una colina pelada.

—Tengo treinta y nueve años —dijo. Su voz sonaba fuerte y tonta en el baño azulejado.

A las siete en punto, sintió una poderosa urgencia de escribir, pero se dijo que no era algo que pudiera hacer, porque venía el alemán. Apenas estaría empezando, entrando en calor, cuando él llegase, y entonces su trabajo se vería interrumpido y tendría que parar. Una vez que empezaba, no le gustaba parar.

En cambio, se miró en el espejo, se levantó el cabello y se lo sujetó sin apretárselo, y se vistió. En el salón, le agregó turba al fuego y batió la crema. Luego, salió con un bol y caminó alrededor de la casa, recogiendo moras de los brezos. Cuando llenó el bol, miró más allá de las colinas. Las nubes más blancas que jamás hubiera visto avanzaban pegadas a la cima de cada una de ellas, como si las colinas hubieran estado incendiándose y los fuegos ahora hubieran sido sofocados y estuvieran humeando. Lavó las moras, las pisó con azúcar y rellenó la torta. Allí, depositada sobre la mesa de

la cocina, le pareció una excelente torta. Sacó tazas blancas y platitos, platos de postre y cucharitas, dos tenedores.

Cuando se oyó el golpe en la puerta, ella estaba en una parte de la casa desde donde no podía ser vista ni oída, y escuchó golpear de nuevo. Dejó que esto sucediera una vez más y luego fue a la puerta y la abrió. Afuera había un hombre bajo, de mediana edad, vestido con una camisa a rayas y unos pantalones amplios color caqui. Tenía el cabello espeso y blanco, y del cuello le colgaba un cordón con una gran cruz decorativa.

—Hola —le dijo, dándole la mano.

—Es muy amable —respondió él—. Soy una intrusión.

—Para nada —dijo ella—. No es problema. Ningún problema.

—¿Está segura? —preguntó.

Rápidamente ella empezó a decirle lo poco que sabía sobre el cuarto en que se encontraban, pero él no estaba preparado; levantó la mano y sacó de su portafolios una botella de medio litro de Cointreau, envuelta en esa malla protectora blanca que uno encuentra en los *duty-free shops*.

—Es para la casa —dijo.

—Es muy amable de su parte —dijo y tomó la botella, la miró y la ubicó en la mesa, al lado de la torta.

—Qué molestias que se tomó —dijo el hombre, mirando la torta.

—No es nada —dijo ella y, en ese momento, se preguntó cómo reaccionaría él si no le diera nada—. Esta es la parte vieja de la casa —comenzó—. La otra sección fue construida después.

Le echó una rápida mirada al cuarto: a las paredes, la turba, los cuadros sobre la repisa de la chimenea, las fucsias. No pareció que el cuarto le hubiera despertado el menor interés, y ella se preguntó si él no lo había visto antes. Cuando le mostró el estudio de Böll, miró por la ventana la oscuridad que descendía.

—Así que esta es la famosa ventana.

—Sí, el mar está allí abajo —dijo la mujer, señalando al otro lado del vidrio.

Le echó un vistazo a la foto de Boll, a las cartas enmarcadas en

las paredes. Les echó un vistazo a los anotadores de ella, sus papelitos sobre el escritorio, y la siguió por el corredor a los otros cuartos, mirándolos como la gente mira los cuartos que están completamente vacíos. En el último, había un gran banco de madera debajo de la ventana. A ella le gustaba el lugar, le gustaba la sensación de desnudez y trabajo que transmitía. Era el cuarto que a veces usaban los pintores. Sobre el banco había unas pocas jarras de vidrio. Había una silla plegadiza salpicada de rojo. Contra la pared más alejada había una bicicleta de montaña cuya goma trasera estaba desinflada.

—¿Anda en esa bicicleta? —preguntó el hombre con un tono casi acusador.

—Ni siquiera sabía que estaba aquí —respondió ella—. Pertenece a la casa.

Al oír eso, se apoyó en el marco de la puerta y suspiró. Ella se dio cuenta de que el cabello del hombre estaba húmedo, y se preguntó si no habría estado nadando. Se preguntó si no habría sido él quien había estado encima del acantilado cuando ella estaba abajo, en la caleta.

—Así que es profesor de literatura —dijo la mujer rápidamente.

—Era profesor —corrigió—. Ya me jubilé.

—¿Y extraña enseñar?

—Fue hace mucho —dijo, tocando su portafolios de cuero—. ¿Usted está escribiendo aquí? ¿Está trabajando?

—Sí —respondió—. ¿Y usted? ¿Escribe?

—No me queda mucho tiempo para escribir —dijo—. El tiempo corre.

Por la manera en que lo dijo, ella se preguntó si no tenía alguna enfermedad terminal. Buscó en su rostro alguna señal de enfermedad, pero no encontró ninguna. Tenía un rostro saludable y unos ojos celestes inflamados.

—¿Qué escribe? —preguntó la mujer.

—Oh, cosas pequeñas, cortas —respondió.

—¿Cuentos?

—No, no —dijo sin darle importancia—. Más largas que

cuentos, pero no tengo tiempo. Todo toma demasiado tiempo.

—Ya veo —dijo la mujer.

—Mucha gente quiere venir acá —dijo el hombre—. He visto las solicitudes —añadió, extendiendo los brazos y mirando desde una mano a la otra, incluido todo el espacio vacío que había entremedio—. Muchas, muchas solicitudes.

—Sé que tengo suerte —dijo la mujer, y retrocedió en dirección del salón, con él siguiéndola de cerca.

El fuego ahora era vivo y el salón estaba más cálido que el resto de la casa. Allí, sin que mediara invitación alguna, el profesor se sentó en el que ella pensó sería su lugar, y dio vuelta la taza sobre el platito. Mientras ponía más turba en el fuego, la mujer sintió el poderoso deseo de acostarse y dormir.

—¿Le ofrezco algo de tomar? —preguntó.

—No, no —respondió el hombre—. Tengo que manejar.

El hombre se quedó mirando las flores silvestres.

—¿Té, entonces?

—Se está tomando muchas molestias.

—No es ninguna molestia.

Ella se sintió cansada de la palabra, de pronunciarla, de que él la dijera. Preparó té, sacó leche, azúcar y cortó una gran porción de torta. Él le sonrió cuando se la sirvió.

—¿La hizo usted?

—Sí —dijo—. La hice yo.

Frunció el ceño y comió un pedazo y luego otro, de modo que, para cuando ella se sentó, la porción de torta del hombre había desaparecido. La mujer cortó otra porción para él y el hombre la comió también y bebió el té con mucha leche y azúcar.

—Irlanda ya no es la misma —dijo él—. La gente acá era pobre, pero estaba contenta.

—¿Le parece que es posible que los pobres estén contentos?

Se alzó de hombros y los dejó caer: una respuesta infantil. No podía generar una conversación ni contentarse con no tenerla. Ella pensó que lo menos que él podía hacer era charlar, que, en su opinión, era donde toda buena conversación empezaba. Se

preguntaba si realmente estaba enfermo y si moriría pronto. Lo imaginó acostado sobre su lecho de muerte y no sintió ninguna simpatía.

—Hemos sido pobres por demasiado tiempo —dijo ella entonces.

—¿Es católica? —preguntó él.

—Fui criada como católica.

—¿Y ahora? ¿Es creyente?

—Ahora no sé en qué creo —respondió sencillamente.

—Solía ser como usted —dijo—. No tenía fe, pero luego la encontré.

Ella lo miró cuando él dijo eso. Miró la cruz que le colgaba del cuello. Miró lo que quedaba de torta y pensó en el tiempo que se había pasado haciéndola.

—Mucha gente quiere trabajar aquí —dijo el hombre.

—La gente ahora puede trabajar acá —dijo ella—. No hace mucho, no podíamos encontrar trabajo.

—No —dijo él, golpeando con el dedo la mesa de la cocina—. Trabajar *acá* —dijo—, *en esta casa*.

—Oh —exclamó ella—. Sí.

—Mucha gente —repitió.

Se hizo un silencio prolongado y duro. Ella se preguntó qué era exactamente lo que él quería. Él la miraba, esperando una respuesta.

—Se la deben de dar a los postulantes de buen aspecto entonces —dijo la mujer, riéndose.

—¿Le parece? —dijo, frunciendo el entrecejo y mirándola a la cara. La examinó detenidamente y luego meneó la cabeza—. No —dijo—. Debería haber visto a mi mujer. Mi mujer era hermosa.

Si no hubiera sido porque ella lentamente recogió la taza y el plato de postre de él y los puso en la pileta de lavar, habría seguido hablando de su mujer y le habría contado toda la historia. Ella enjuagó los platos y las tazas, los acomodó en el lavavajillas, cerró la puerta y lo puso en marcha, aun cuando ni siquiera estaba por la mitad. Entonces limpió la mesada con un trapo húmedo y se quedó al lado de la pileta sin decir nada más. Él parecía reacio a irse y, sin

embargo, debió seguramente de haberse dado cuenta de que ella ya no lo quería allí. La mujer se apoyó en la mesada y se cruzó de brazos, sin hacer ningún otro intento de conversación. Se quedó así hasta que resultó casi doloroso hacerlo, y entonces él se incorporó.

Lentamente, caminaron hasta la puerta. Mientras corría el pestillo, tuvo la extraña idea de que él podría querer dejarla del lado de afuera, de modo que lo dejó pasar primero y luego lo siguió. Afuera, la noche caía rápidamente y el seto de fucsias de nuevo temblaba intensamente con el viento nocturno. Mientras lo acompañaba más allá del portón, sintió que había algo que él quería decir. Ella se detuvo cerca del portón y él se quedó a su lado, en el camino. La mujer lo vio sacar las llaves de su portafolios y esperó a que él hablase. Podían oír golpear las olas, abajo, en la playa. Tres veces golpeó una ola la playa antes de que él hablara.

—Esa gente… incluso los alemanes en esas conferencias —dijo el hombre—. No nos entendemos.

—¿No?

—Todo es… jerga. No nos preocupa. Hacemos eso porque no podemos escribir, y sin embargo aquí está usted, una escritora, en la casa de Heinrich Böll, haciendo tortas.

Ella respiró hondo.

—¿Qué?

—¡Que usted viene a esta casa de Heinrich Böll y prepara tortas y se va a nadar sin ropa!

—¿Qué está diciendo?

—Vengo cada año y siempre es lo mismo: gente vestida con ropa de noche en mitad del día, ¡yendo en esa bicicleta a los *pubs*!

En ese momento, la mujer se oyó a sí misma: había comenzado a reírse.

—¡Usted no sabe nada de Heinrich Böll! —le gritó el hombre— ¿No sabe que Heinrich Boll ganó el Premio Nobel de Literatura?

—Me parece que ya es hora de que se vaya —dijo la mujer, retrocediendo hasta el otro lado del portón y trancándolo con firmeza. Ahora se había quedado en el jardín, observándolo. Mientras lo veía irse por el camino, malhumorado, se dio cuenta de

que era más joven de lo que había pensado, y ya no pudo entender una palabra, porque ahora hablaba en alemán. Se quedó observando por un rato cómo el profesor echaba chispas por el camino público, y luego recorrió lo más ligera que pudo el sendero de concreto y entró a la casa.

¡Qué hombre horrible! Qué hombre horrible e infeliz, pensó mientras cerraba la puerta con el pestillo. ¿Acaso estaba loco? Y pensar en todo el trabajo que se había tomado para… Miró la torta y tuvo ganas de tirársela por la ventana. En lugar de hacerlo, la volvió a guardar en la heladera y se sirvió un vaso de vino.

Realmente no tenía ganas de tomar vino. Tampoco andaba con ganas de estar sentada ahí, en la casa, ¿pero qué otra cosa había para hacer? Al final, bebió el vino rápidamente y tiró más turba al fuego. Se calmó un poco y abrió el diario como para pensar en algo distinto, en otras cosas. «Nuestro sistema genera temor y aversión en las parejas separadas, escribe Jeanne Sheridan. Esta semana, el ochenta por ciento de los granjeros irlandeses dijo que estaría a favor de los acuerdos prenupciales legales, que les impedirían a sus mujeres tener cualquier tipo de derechos sobre sus tierras». Miró la fecha del diario, apagó las luces y se recostó a la luz del fuego. En ese momento, se puso a respirar hondo y, paulatinamente, permitió que muchas cosas atravesaran su mente. Pensó en los hombres que había conocido y en la manera en que estos le habían propuesto casamiento y en que les había dicho que sí a todos, sin haberse casado con ninguno. Ahora se sentía afortunada de no haberse casado con ninguno de esos hombres y un tanto sorprendida por haber dicho siempre que lo haría. Se dio vuelta y oyó cómo el viento agitaba el seto que rodeaba la casa. ¿Qué había esperado —o necesitado— esa noche? Esa noche, lo único que había necesitado era lo que toda mujer a veces necesita: un cumplido… una mentira descarada habría bastado. Y ella había cometido el estúpido error de pedir el cumplido, una mujer de su edad. ¿Acaso no había aprendido nada? Reflexionó sobre eso un largo rato e hizo lo que pudo para dormir, pero, al final, se levantó y puso a calentar agua para el café.

Era tarde cuando fue al estudio de Boll. Casi había pasado otro

día, pero allí estaba, en el escritorio, mirando por la famosa ventana. Allá afuera había un océano, una montaña alta y colinas peladas. Miró los trozos de papel, los leyó por encima y los puso a un lado. El capuchón de su lapicera fuente estaba duro, pero lo sacó y abrió el anotador. Era un anotador flamante, con páginas cosidas color crema. No fue sino hasta que apoyó la pluma sobre la página que se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Escribió *Achill Island* y la fecha. Entonces se interrumpió y pensó en lo que había hecho con su cumpleaños: en cómo había cruzado el puente a las tres de la mañana, en los setos de rododendro que se habían vuelto silvestres y perdido sus flores. Pensó en la gallina regordeta que se arrojó por el acantilado, y por alguna razón se rio y trató de describirla cruzando el camino. Empezó por describir también las piedras blancas y el agua cálida. Mientras escribía, se dio cuenta de que las piedras calientes debían de haber calentado el agua de la marea, cuando esta subió. Escribió sobre lo que se sentía al yacer ahí, sobre las piedras, y sobre los sonidos que estas hacían bajo sus pies cuando caminó sobre ellas. Pensó en el alemán sobre el acantilado y en cómo se debió de ver. Varias veces, a medida que transcurría la noche, pensó en la desenfadada heroína de Chejov que nunca se casó; en el profesor alemán, hablando de la cantidad de personas que querían ir a ese lugar y en la glotonería con la que comió su torta. Pensó en su carácter y empezó a imaginarse la vida que con él debió de haber tenido su mujer. En un momento levantó la vista y vio la luz que empezaba a extenderse por la tierra. Por un instante, al ver los rayos de luz de la mañana, sintió el deseo profundo de dormir, pero no podía parar. Acababa de darle un nombre, y cáncer, y estaba trabajando en su enfermedad. A medida que trabajaba, salía el sol. Era agradable estar sentada ahí, describiendo a un hombre enfermo y sintiendo el sol que salía. Y si algo después tuvo de nuevo deseos de dormir, luchó contra ellos, prosiguió, con la cabeza gacha, concentrándose en las páginas. Ya había realizado la incisión en el lugar y el tiempo, y le había infundido un clima y un deseo. En esas páginas había tierra, fuego y agua; había un hombre y una mujer, y

soledad humana. Algo en el trabajo era elemental y básico. Para entonces, su personaje principal había perdido el apetito y ella presentaba a su familia y redactaba el borrador de su testamento. Estaba en los párrafos donde su bella esposa le ofrecía caldo y, al hacerlo, se dio cuenta de que tenía hambre. Cuando se puso de pie, se sintió entumecida y contenta. Miró la mañana, que llegaba al camino, más allá del trémulo seto y supo que la hora de dormir había llegado y pasado. Mientras ponía el agua a hervir y buscaba la torta en el fondo de la heladera, se estiró y supo que estaba preparándose para la larga y dolorosa muerte del hombre.

EL REGALO DE DESPEDIDA

Cuando el sol alcanza la base del tocador, te levantas y vuelves a mirar la valija. En Nueva York hace calor, pero en invierno puede hacer frío. Los gallos de Bantam estuvieron cacareando toda la mañana. No es algo que vayas a extrañar. Tienes que vestirte y lavarte, lustrarte los zapatos. Afuera el rocío yace sobre los campos, blancos y vacíos como páginas. Pronto el sol hará que se evapore. Es un buen día para segar el heno.

Tu madre, en su dormitorio, mueve cosas de aquí para allá, abriendo y cerrando puertas. Te preguntas cómo serán las cosas para ella cuando te vayas. A una parte de ti no le importa. Habla del otro lado de la puerta.

—¿Quieres un huevo hervido?

—No, gracias, ma.

—¿Quieres algo?

—Quizás más tarde.

—Voy a hervirte uno.

Abajo, se vierte agua en la tetera, se retira el pasador. Oyes a los perros precipitarse, plegarse los postigos. Siempre has preferido esta casa en verano: una sensación de frescura en la cocina, la puerta de atrás abierta, el aroma de los oscuros alhelíes después de la lluvia.

Te lavas los dientes en el baño. Los tornillos del espejo se oxidaron, y el espejo está empañado. Te miras y sabes que no aprobaste el Certificado de Fin de Estudios. El último examen fue el de historia y se te borraron las fechas. Confundiste los métodos de guerra, los reyes. Inglés fue peor. Trataste de explicar esa frase sobre el bailarín y la danza.

Vuelves al dormitorio y sacas el pasaporte. En la fotografía te ves

extraña, perdida. El boleto dice que llegarás al Aeropuerto Kennedy a las 12.25, casi la misma hora que a la que te vas. Le echas una última mirada al cuarto: paredes empapeladas de amarillo con rosas, techo alto y manchado donde la pizarra se despegó, el cable del calentador eléctrico quieto como una cola debajo de la cama. Solía haber un cuarto abierto al final de la escalera, pero Eugene le puso fin al asunto, trajo carpinteros y el tabique divisorio, instaló la puerta. Lo recuerdas dándote la llave, lo mucho que eso significó para ti en ese momento.

Abajo, tu madre vigila el gas, a la espera de que hierva el jarro. Te quedas en la puerta y miras al exterior. Hace días que no llueve; el chorro que baja desde el patio trae apenas un hilito. Desde los campos vecinos llega el olor a heno. No bien se evapore el rocío, los hermanos Rudd saldrán a los prados a dar vuelta las pilas, que almacenarán mientras dure el buen tiempo. Juntarán con horcas lo que la enfardadora deje atrás. *Mrs* Rudd sacará el termo, la ensalada. Se recostarán contra los fardos y comerán hasta hartarse. Llegará la risa desde el campo, clara, como el reclamo de un pájaro sobre el agua.

—Otro lindo día.

Sientes la necesidad de hablar.

Tu madre produce un sonido animal con la garganta. Te das vuelta para mirarla. Se seca los ojos con el dorso de la mano. Nunca fue de aceptar las lágrimas.

—¿Eugene se levantó? —pregunta.

—No sé. No lo oí.

—Voy a despertarlo.

Van a ser las seis. Queda una hora antes de irte. La olla hierve y vigilas para bajar la llama. Adentro, tres huevos se chocan unos con otros. Uno está cascado, le sale una cosa blanca. Apagas el gas. No te gustan blandos.

Eugene baja vestido con su ropa de domingo. Parece cansado. Se ve como siempre.

—Bueno, hermanita —dice—. ¿Ya estás lista?

—Sí.

—¿Tienes el boleto y todo lo demás?

—Sí.

Tu madre saca las copas y los platos, corta la cuarta parte de un pan. El cuchillo es viejo, en algunas partes tiene los dientes gastados. Comes el pan, bebes el té y te preguntas qué comen los estadounidenses en el desayuno. Eugene golpea su huevo, unta con manteca el pan, lo comparte con los perros. Nadie dice nada. Cuando el reloj da las seis, Eugene busca la gorra.

—Hay un par de cosas que tengo que hacer en el patio —dice—. No tardaré.

—Está bien.

—Te conviene salir con tiempo —dice tu madre—. No sea cosa que pinches.

Pones los platos sucios sobre el escurridero. Nada tienes que decirle a tu madre. Si empezaras, le dirías qué cosas no estuvieron bien y no te gustaría terminar de ese modo. Subes, pero prefieres no volver al cuarto. Te quedas en el rellano. En la cocina comienzan a hablar, pero no oyes lo que dicen. Un gorrión desciende en picada sobre el alféizar de la ventana y picotea su reflejo, el pico da contra el vidrio. Lo observas hasta que ya no puedes seguir observando y se va.

Tu madre no quería una gran familia. A veces, cuando perdía la paciencia, te decía que te pondría en un balde y te ahogaría. De niña, te imaginabas llevada a la fuerza hasta el borde del río Slaney, puesta en el balde, y el balde arrojado desde la orilla, flotando un rato antes de hundirse. Cuando creciste, supiste que solo era una figura del habla, y entonces creíste que era apenas algo horrible que decir. La gente a veces dice cosas horribles.

Tu hermana mayor fue enviada pupila a la mejor escuela de Irlanda y se hizo maestra. Eugene era excelente en la escuela, pero cuando cumplió los catorce tu padre lo sacó para que trabajase la tierra. En las fotografías, los mayores están elegantes: cintas de raso y pantalones cortos, un sol enceguecedor en sus ojos. Los otros

fueron viniendo según el curso de la naturaleza, fueron alimentados y vestidos, y enviados a escuelas pupilas. A veces volvían para algún fin de semana feriado. Traían regalos y un optimismo que menguaba rápidamente. Podías verlos recordando todo, la existencia, poniéndose rígidos cuando la sombra de tu padre cruzaba el piso. Al irse, se sentían curados, impacientes por marcharse.

Tu turno para ir al internado no llegó nunca. Para entonces tu padre no le veía sentido a educar a las niñas; te irías y otro hombre recibiría el beneficio de tu educación. Si te mandaban al colegio común, podrías ayudar en la casa, en el patio. Tu padre se mudó a otro cuarto, pero tu madre le ofrecía sexo el día de su cumpleaños. Ella iba hasta su dormitorio y allí lo hacían. Nunca duraba mucho y jamás hacían ruido, pero tú sabías. Y entonces, eso también cesó y, en lugar de ella, te hacían ir a ti a dormir con tu padre. Pasaba más o menos una vez por mes, y siempre cuando Eugene no estaba.

Al principio ibas voluntariamente, atravesabas en camisón el descanso de la escalera, apoyabas la cabeza en su brazo. Jugaba contigo, te elogiaba, te decía que tenías sesos, que eras la más brillante. Siempre ponía el brazo debajo de tu cuello, luego la mano terrible se metía debajo de la ropa para sacarte el camisón, los dedos, fuertes de ordeñar, te encontraban. Su mano enloquecida yendo hasta sí mismo hasta que gemía y luego te pedía que te pusieras la ropa, te decía que podías irte, si así lo querías. El beso obligatorio al final, con barba crecida y aliento a cigarrillos. A veces te daba un cigarrillo para ti sola y podías quedarte acostada a su lado, fumando, simulando que eras otra persona. Cuando todo terminaba, te ibas al baño y te lavabas, diciéndote que no significaba nada, deseando que el agua estuviera caliente.

Ahora estás en el descanso, tratando de recordar felicidad, un buen día, una noche, una palabra amable. Parece oportuno buscar algo feliz para hacer que la despedida sea más difícil, pero no te viene nada a la mente. En cambio, recuerdas la época en que la perra tuvo todos esos cachorros. Fue alrededor de la misma época en que tu madre comenzó a mandarte al dormitorio de él. En el cobertizo donde se entuba el agua que baja de la colina, tu madre se inclinó

sobre el barril y sostuvo la bolsa bajo el agua hasta que cesó el gimoteo y la bolsa dejó de moverse. Ese día en que ahogó a los cachorros, giró la cabeza y se te quedó mirando, y sonrió.

Llega Eugene y te halla ahí parada.

—No importa —dice—. No le hagas caso.

—¿Qué es lo que no importa?

Se encoge de hombros y entra al cuarto que comparte con tu padre. Arrastras la valija escaleras abajo. Tu madre no lavó los platos. Está allá, en la puerta, con una botella de agua bendita. Hace caer un poco sobre ti. Te entran unas gotas en los ojos. Eugene baja con las llaves del auto.

—Papá te quiere hablar.

—¿No va a levantarse?

—No. Eres tú la que tiene que ir a verlo.

—Ve —dice mamá—. No lo dejes con las manos extendidas.

Vuelves a subir las escaleras, te detienes delante de su cuarto. Dejaste de cruzar la puerta desde los doce, cuando comenzó la sangre. Abres. Adentro está oscuro, hay rayas de luz estival alrededor de las cortinas. El mismo antiguo olor a humo de cigarrillo y pies. Miras sus zapatos y las medias al lado de la cama. Te sientes asqueada. Se sienta. Está en camiseta. Sus ojos de rematador de ganado lo asimilan todo, calculan.

—Así que te vas a los Estados Unidos —dice.

Le dices que sí.

—¿No eres acaso la astuta? —pregunta y se cubre la barriga con la sábana—. ¿Allá va a hacer calor?

Le dices que sí.

—¿Habrá alguien que te vaya a buscar?

—Sí —le confirmas. Esa fue siempre tu estrategia.

—Entonces, está bien.

Esperas que saque la billetera o que te diga dónde está, para dársela. En lugar de ello, saca una mano. No quieres tocarlo, pero tal vez tenga el dinero en la mano. En la desesperación, extiendes la

tuya y él te da la mano. Te atrae hacia él. Quiere besarte. No necesitas mirarlo para saber que está sonriendo. Te desprendes y te vuelves para salir del cuarto, pero te llama. Esa es su manera. Te lo dará ahora que sabe que pensaste que no te daría nada.

—Y otra cosa —dice—. Dile a Eugene que quiero los prados cortados para la noche.

Sales y cierras la puerta. En el baño, te lavas las manos, la cara, te recompones.

—Espero que te haya dado dinero —dice tu madre.

—Me dio —dices.

—¿Cuánto te dio?

—Cien libras.

—Se le rompe el corazón —dice—. Su propia hija, la última de ustedes y ni siquiera se levantó de la cama, y tú, yéndote a los Estados Unidos. ¡Con qué gran hijo de puta me casé!

—¿Estás lista? —pregunta Eugene—. Mejor que vayamos yendo.

Rodeas a tu madre con los brazos. No sabes por qué. Cuando lo haces, cambia. La puedes sentir ablandarse entre tus brazos.

—Te voy a escribir, mamá, cuando llegue.

—Hazlo —dice.

—Será de noche antes de que lo haga.

—Ya sé —dice—. Es un viaje largo.

Eugene toma la valija y lo sigues afuera. Los cerezos se están torciendo. *Cuanto más fuerte el viento, más fuerte el árbol* Los perros pastores te siguen. Sigues, más allá de los canteros con flores, los perales, en dirección al auto. El Cortina está estacionado debajo de la sombra del castaño. Hueles la menta silvestre a un costado del tanque de diésel. Eugene enciende el motor y trata de hacer alguna broma, se dirige camino abajo. Vuelves a mirar tu bolso, tu boleto, el pasaporte. Llegarás, te dices. Te irán a buscar.

Eugene se detiene en el camino, antes de los portones.

—Papá no te dio nada, ¿no?

—¿Qué?

—Sé que no te dio nada. No tienes que responder.

—No importa.

—Lo único que tengo es un billete de veinte libras. Puedo mandarte dinero después.

—No importa.

—¿Crees que será seguro mandarte dinero por correo?

Es una pregunta alarmante, estúpida. Miras los portones y, más allá, los bosques.

—¿Seguro?

—Ajá.

—Sí —dices que te parece que sí.

Bajas y abres los portones. Cruza, se detiene, te espera. Mientras pones el cable que cierra, la potranca trota hasta el borde del campo, se apoya contra la cerca y relincha. Es una yegua alazana con una pata calzada de blanco. La vendiste para comprar tu boleto, pero no la vendrán a buscar hasta mañana. Ese fue el arreglo. La observas y te vuelves, pero es imposible no mirar atrás. Tus ojos siguen el camino de grava, la franja verde entre los surcos, por encima del poste de granito dejado allí desde la época protestante y, más allá, a tu madre, quien ha salido para echarte una última mirada. Agita la mano en un saludo acobardado y pequeño, y te preguntas si alguna vez te perdonará por dejarla allí con su marido.

Camino abajo, los Rudd ya están en los prados. Hay un ruido como a disparo que viene de un motor cuando algo empieza, una brillante carcajada. Pasas por Barna Cross, donde solías tomar el bus que iba a la escuela comunal. Hacia el final, apenas te molestabas en ir. Te limitabas a sentarte en el bosque, debajo de los árboles, todo el día o, si llovía, encontrabas algún cobertizo para el heno. A veces leías libros que habían dejado tus hermanas. A veces te quedabas dormida. Una vez un hombre entró a su cobertizo y te halló ahí. Mantuviste los ojos cerrados. Se quedó un buen rato y después se fue.

—Hay algo que deberías saber —dice Eugene.

—¿Qué?

—No voy a quedarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que renuncio a la tierra. Se la pueden guardar.

—¿Qué?

—¿Puedes verme viviendo allí, con ellos, hasta el fin de sus días? ¿Podrías imaginarme trayendo una mujer? ¿Qué mujer se quedaría? No tendría vida.

—Pero ¿qué hay de todo el trabajo que hiciste, de todo el tiempo?

—No me preocupa nada de eso —dice—. Todo eso se terminó.

—¿Adónde irás?

—No sé. Alquilaré algo.

—¿Dónde?

—Todavía no sé. Estaba esperando hasta que te fueras. No pensé más.

—¿No te habrás quedado por mí?

Disminuyó la velocidad y se quedó mirando.

—Sí —dice—. Pero no fui de mucha utilidad, ¿verdad, hermanita?

Es la primera vez que alguien mencionaba eso. Dicho, suena terrible.

—No podías estar allí todo el tiempo.

—No —dice—. Supongo que no podía.

Entre Baltinglass y Blessington el camino caracolea. Recuerdas esta parte del camino. Viniste por acá para las finales del All Ireland. Tu padre tenía una hermana en Tallaght con la que podía quedarse, una mujer dura que hacía ricas tartas y dejaba una cadena de humo. Campos cenagosos, tierra mala rodeaba ese camino, y unos pocos caballos pastando. De niña, pensabas que ese era el Oeste de Irlanda. Oírte decirlo solía hacer que los adultos se rieran. Y ahora, de repente, recuerdas algo bueno sobre tu padre. Fue antes de que empezaras a ir a su dormitorio. Había ido hasta el pueblo y se detuvo en la estación de servicio para comprar combustible. La muchachita de los surtidores se apareció y le dijo que hasta que tú llegaste, ella era la estudiante más brillante de la clase, la mejor en todos los temas. Él volvió del pueblo y lo repitió, y se sintió orgulloso porque tú eras más brillante que la hija de los protestantes.

Cerca del aeropuerto, aparecen aviones en el cielo. Eugene estaciona y te ayuda a encontrar el mostrador. Ninguno de los dos sabe exactamente qué hacer. Te miran el pasaporte, agarran tu valija y te dicen dónde ir. Subes a las escaleras mecánicas, que te asustan. Hay una cafetería donde Eugene intenta hacerte comer algo, pero tú no quieres comer ni quedarte haciéndole compañía.

Tu hermano te abraza. Jamás te han abrazado de ese modo. Cuando su barba te raspa la cara, te separas.

—Disculpa —dice.

—Está bien.

—Adiós, hermanita.

—Adiós, Eugene. Cuídate.

—En Nueva York ten cuidado con los carteristas.

No puedes responder.

—Escribe —dice rápidamente—. No te olvides de escribir.

—No me olvidaré. No te preocupes.

Sigues a los pasajeros hasta una cola y lo dejas atrás. No volverá por la comida; no tiene tiempo. No fue necesario que entregaras el mensaje. Sabes que pisará el acelerador a fondo, estará en casa antes del mediodía, tendrá los prados cortados antes de oscurecer. Después de eso habrá que segar el grano. Ya la cebada del invierno está cambiando de color. Septiembre traerá más trabajo, antiguas obligaciones para con la tierra. Cobertizos que limpiar, ganado que evaluar, esparcir cal, abonar. Sabes que nunca dejará los campos.

Un extraño te pide tu bolso de mano y se lo entregas. Atraviesas un armazón sin puerta y te devuelven el bolso de mano. Del otro lado las luces son brillantes. Hay olor a perfume y a granos de café torrado, a cosas caras. Distingues envases de bronceador, un estante de anteojos de sol. Todo se está volviendo confuso, pero continúas porque debes hacerlo, hasta más allá de las camisas y del *duty-free*, en dirección a la puerta de embarque. Cuando la encuentras, apenas hay gente allí, pero sabes que ese es el lugar. Buscas otra puerta, divisas parte de un cuerpo de mujer. Empujas la puerta y se abre. Pasas delante de lavatorios brillantes, de espejos. Alguien te pregunta si estás bien —qué pregunta estúpida—, pero no lloras

hasta haber abierto y cerrado otra puerta, hasta que te has encerrado segura dentro de tu compartimiento.

RECORRE LOS CAMPOS AZULES

Temprano, las mujeres llegaron con flores, cada una de un tono más intenso de rojo. En la capilla, donde esperaban, su perfume era fuerte. El organista volvía a tocar sin prisa la *toccata* de Bach, pero un estremecimiento de duda se extendía por los bancos. La inclinación del sol matinal ya había cruzado el escalón de granito de la pila bautismal y se había deslizado hacia la fuente. El sacerdote alzó la cabeza y se quedó mirando fijo las puertas abiertas, donde las damas de honor, vestidas de seda verde, permanecían en silencio. Más allá, una nube pálida se deshacía en el cielo de abril. Deshecha, había empezado a dispersarse antes de que John Lawlor subiera los escalones para entregar a su única hija.

Sin ninguna referencia al tiempo, el sacerdote le dio la bienvenida a todo el mundo y prosiguió con la ceremonia. Hubo un momento en que tropezó con las palabras, pero, enseguida, se expresaron los votos y Jackson le puso a ella en el dedo el sencillo anillo de oro. En la sacristía, el sacerdote advirtió cómo le temblaba la mano a la novia cuando levantó la pesada lapicera fuente, lo tenue que fluía la tinta oscura en el registro, pero los gruesos trazos de Jackson claramente expresaban su nombre.

Ahora, el sacerdote está afuera y contempla los terrenos de la capilla. Es un día fresco, brillante y con viento. El confeti voló entre las lápidas, el empedrado, por encima del sendero del camposanto. Sobre el tejo, se agita un pedazo de velo. El sacerdote se estira y lo saca de la rama. Se siente rígido al tacto, más extraño que tela. Ahora le gustaría cambiarse de ropa y salirse del camino campestre, cruzar la cerca y bajar hasta el río. Allá, en el terreno pantanoso, entre los campos, su presencia haría que los patos salvajes se

dispersaran. Más hacia abajo, en la orilla del río, se sentiría en calma, pero, no bien gira la llave de la puerta, enfrenta la calle, donde está su deber.

Hoy muchos de los negocios del pueblo están cerrados: en la vidriera de la carnicería, las bandejas de metal limpias están vacías; detrás del cristal de la mercería, las persianas no se mueven. Solo está abierta la puerta del puesto de diarios y revistas; una muchacha con tijeras recorta los titulares de los diarios de ayer. El sacerdote cruza la calle y camina por la avenida hasta el hotel. Alguna vez esa fue propiedad protestante. A ambos lados, los árboles son altos y ahí el viento es extrañamente humano. A través de los sauces se alcanza a oír un delicado discurso. Los olmos se inclinan en un tenue susurro. Hay algo a propósito del lugar que evoca el pasado antiguo: el perro de caza, la lanza, la rueca. La historia depara no poco placer. Lo reciente es otra cuestión y recordarlo es penoso.

Afuera, están reunidos sobre el césped, la novia y el novio con sus parientes. Las damas de compañía, con sus vestidos llamativos, se ríen ahora de algo que ha dicho el padrino de boda. Enfrente está el fotógrafo, diciéndoles dónde y cómo pararse. El sacerdote cruza la alfombra roja y se llega hasta ahí para volverle a dar la mano al novio. Este es un hombre bajo, de ojos celestes comunes y de una gran fuerza corporal.

—Les deseo lo mejor —dijo el sacerdote—. Espero que sean muy felices.

—Gracias, padre. ¿Por qué no sube para salir en la foto con nosotros? —dice, ubicándolo al lado de la novia.

La novia es una belleza, cuyo vestido deja ver sus hombros pecosos. Contra la piel, le cuelga pesadamente un largo collar de perlas. El sacerdote se ubica al lado sin tocarla y contempla la línea blanca de su cuero cabelludo que separa su brillante cabello rojo. Se la ve calma, pero el ramo que lleva en la mano tiembla.

—Debes de tener frío —le dice.

—No.

—Sí.

—No —le dice ella—. No siento nada.

Finalmente, ella lo mira. Sus ojos verdes son fríos y nada revelan.

—¡Miren para acá, por favor!

El sacerdote mira las nubes, por encima de la cabeza del fotógrafo. Las nubes se están moviendo con rapidez, oscureciendo el sol, proyectando lógicas sombras sobre el prado.

—¡Bien! Así —dice el fotógrafo. El grupo se queda quieto mientras aprieta el botón y luego se desarma—. ¿Podemos reunir ahora a la familia del novio? Por favor, que todos los miembros de la familia del novio den un paso.

Adentro del hotel está el calor de la muchedumbre, el flujo de los invitados. Cerca de la recepción, un mozo sirve ponche. Otro tiene un cuchillo afilado y corta tajadas de un gran salmón ahumado. Los invitados hacen cola, buscan tenedores, alcaparras, rodajas de limón. A su alrededor, hay flores. El sacerdote nunca vio flores como esas: tulipanes completamente abiertos, jacintos azules, gladiolos acampanados. Se queda al lado de un florero de cristal con rosas y las huele. Tienen un perfume pesado. La necesidad de un trago se le impone y se dirige al bar.

—Hola, padre —dice *Miss* Dunne, una mujer robusta, con un vestido multicolor—. Fue una ceremonia decorosa. Usted la hizo corta y agradable.

—Esa es la parte fácil, *Miss* Dunne. Espero que ahora sean felices.

—Solo el tiempo lo dirá —responde ella—. Podría adelantarse a los acontecimientos.

El sacerdote sonríe.

—¿Le ofrezco algo para beber?

—No —dice *Miss* Dunne—. Nunca bebo —^agrega cruzándose de brazos.

—¿Nunca?

—No. Nunca. Si no sabe por qué, quédese hasta que se haga de noche.

—¿Querrá un refresco?

—No —responde—. Esperaré a la cena.

El sacerdote se da cuenta de que ella está a gusto ahí, sola. Va al bar y pide un *whiskey* caliente. La camarera suspira y enciende la tetera eléctrica, corta una rodaja de limón con clavo, introduce una cucharita en un vaso vacío. El sacerdote mira hacia el gentío y espera que caiga alguien. Mayormente son mujeres las que le hablan. Allí hay personas a quienes les gustaría hablarle. Hay otras que le deben dinero.

Mrs Jackson, la madre del novio, se acerca. Tiene colores subidos, que contrastan con su vestido lila. Se saca el sombrero y, no sabiendo dónde dejarlo, se lo vuelve a poner.

—¿Adónde iba a ir con esto? —dice—. Una vieja como yo.

Es el antiguo juego que a él solía gustarle y del cual se cansó: se tiran a menos, de modo que él pueda halagarlas con facilidad. Siempre buscando un cumplido.

—Quiere dejar eso —dice él—. ¿No ve que luce maravillosa?

—Dios nos asista, padre, pero usted sabe poco de esto —dice la mujer, una pulgada más alta que antes.

—Qué fácil darse cuenta de que es un sacerdote —dice la sobrina de *Mrs* Jackson—. Un hombre nunca diría eso —agrega estudiando el salón, claramente decepcionada por los hombres que hay allí.

Mrs Jackson deja pasar la observación.

—Bueno, al menos ya hay algo hecho. Ahora me queda solo uno y, Dios sabe, puede que me quede con él hasta el fin de mis días.

—¿No cree que se casará?

—¿Quién lo querría? Una verdadera lata, eso es lo que es. Todo trabajo y todo juego. Nada en el medio.

—¿Quiere una bebida, *Mrs* Jackson?

—No —responde ella—. Dios santo, saldré a ver cómo marcha la comida.

Una joven, que no es de la parroquia, está apoyada en la barra, esperando que le sirvan. Se apoya en el peluquero, quien contempla su vaso.

—¿Qué diría usted, padre? ¿El vaso está medio lleno o medio vacío?

—Está como a usted le parezca —responde el sacerdote.

—Bueno, no sé qué han estado bebiendo —dice la mujer—, pero seguramente no puede ser una cosa sin que sea la otra.

El peluquero frunce el ceño y luego registra lo que dijo la joven.

—Mujeres —dice, meneando la cabeza—. Las mujeres siempre tienen una respuesta.

Una niña del cortejo pasa corriendo, arrastrando más niños. El *whiskey* caliente lo tranquiliza, le recuerda las noches invernales de su juventud. Comienza a pensar en Navidad y en su madre, en cómo ella vertía la cerveza negra en el pudín y lo hacía revolver, lo hacía desear. Sin obligarlo, lo había alentado al sacerdocio. Una vez, cuando era monaguillo, estaba en la sacristía y se permitió pasar la mano por sobre la sotana, la sobrepelliz. La luz invernal se teñía sobre la alta ventana y en la capilla el coro estaba practicando «Grande Tú eres». En ese momento sintió abrirse el camino, pero no hay tiempo para demorarse en esas cosas. Lawlor, el padre de la novia, se había acercado, serio, y le daba un apretón de manos. El sacerdote siente el dinero en la palma.

—Algo por sus molestias —dijo Lawlor en voz baja.

—Gracias —aceptó el sacerdote—. Fue un placer.

Lawlor es un viudo con doscientos acres camino a Carlow. La corbata de seda está perfectamente anudada, sus rayas hacen resaltar el rojo oscuro de la trama del traje. Es un hombre conocido por su buen gusto, agradable. Mira al novio, al otro lado del bar, que tiene la cabeza inclinada, oyendo algo que otro hombre está diciendo.

—¿Cree que el hermano del novio aguantará de pie? —pregunta Lawlor.

—¿No van a servir pronto la cena? —dice el sacerdote.

—Lo hemos arreglado, así que no tendremos que estar haciendo tiempo. Nos estarán llamando en cualquier momento —dice y se vuelve en silencio, para contemplar de nuevo al novio—. Cuando a una mujer se le mete algo en la cabeza, uno no puede interponerse en su camino. Es mejor salirse del medio.

—Las cosas tienen su propio modo de arreglarse —lo consuela el sacerdote.

—Algunas, sí —dice Lawlor, dejando caer la cabeza, tocando el taburete con la punta de su gran zapato lustrado—. Uno tiene que apartarse y dejarlos, dejar que cometan sus propios errores. Ese es el problema. Y si uno no se mete en ese problema, se busca más.

La muchacha que estaba sirviendo el ponche va hasta el bar con un gong.

—¡Por favor, tomen asiento! ¡Damas y caballeros! ¡Se va a servir la cena!

Hay una oleada de sorpresa. Las mujeres buscan sus carteras. Los bebedores se dejan llevar por el pánico y piden otra ronda. Hay un tránsito paulatino hacia el salón de baile, donde se han dispuesto las mesas.

—Si llegara a necesitarme —dice el sacerdote—, sabe dónde estoy.

—Espero no tener que llamarlo —dice Lawlor.

—De cualquier manera, llámeme —dice el sacerdote—. La mayor parte de las noches estoy en casa.

En el bañó de caballeros, parado frente al espejo, se lava las manos y se peina, sacándose el cabello de la frente. Le está creciendo rápido, le cae sobre los ojos, aunque la última vez que fue al peluquero se lo cortaron mucho. Donal Jackson, el padrino de bodas, llega, se inclina contra la pared y orina. El chorro es largo y hace ruido contra los azulejos. Se da vuelta antes de guardar la pija. Es una pija grande y le cuesta volvérsela a meter adentro de los pantalones alquilados.

—Lindo adorno, ¿no, padre? —dice—. Casi como el suyo.

—¡Basta! —grita Kennedy, quien ha tirado la cadena y sale del cubículo—. No hay necesidad de eso. ¿Quieres guardar esa cosa? —dice un tanto divertido—. No le preste atención a este canalla, padre. No le haga caso.

Al salir, el sacerdote oye risas. Hubo un tiempo, no hacía mucho, en que ellos habrían esperado hasta que él no hubiese podido oír. Debe ir al bar y serenarse una vez más. Las bodas son difíciles. La bebida fluye y las palabras salen, y él tiene que estar allí. Un hombre pierde a su hija con un hombre más joven. Una mujer ve

cómo su hijo desperdicia su vida con una mujer de menor valía. Es algo en lo que creen a medias. Está el gasto, la sensiblería, el no volver atrás. Cada vez que se hacen promesas en público, la gente llora.

Está en la barra y se pide un vasito de Powers[1]. Cuando la camarera se lo da, le dice que ya está pago. El sacerdote levanta la vista. En el extremo de la barra, sosteniendo una pinta de cerveza negra, está el novio. Levanta la copa y le sonríe. El sacerdote alza el *whiskey* y bebe un sorbo. Nunca antes, hasta ahora, se le había ocurrido que Jackson podría saber.

La multitud llenó el salón de baile, ahora ocupado por las mesas puestas. Están la platería alineada, la llama de las velas, el deslizarse de las sillas sobre la madera encerada. Media parroquia está ahí; una pequeña boda no bastaría. En la mesa principal, están ocupados todos los lugares, menos el del novio. ¿Por qué el sacerdote supuso que allí habría una silla que le estaría reservada? Torpemente, hace una recorrida por las mesas, buscando su lugar. *Miss* Dunne le hace señas, le indica. Lo han sentado en una mesa con parientes. A su izquierda, el tío de la novia. A su derecha, la tía del novio.

—Veo que lo han mandado con los demás pecadores —dice la tía.

El sacerdote no le responde. Durante un minuto o dos, le saca todo el jugo que puede al tema del tiempo y luego mira el menú. Los platos están impresos en dorado, y tienen una opción: sopa crema de vegetales como entrada, o carne de cangrejo servida en palta. Después, salmón cocido con salsa de perejil o cordero con salsa de romero.

La tía del novio no ve la necesidad de tanta bambolla.

—¿Acaso no habría sido suficiente para nosotros un pedazo de jamón hervido? No fuimos criados para comer paltas —dice, buscando aprobación.

—Me pregunto dónde habrán cocido el salmón —dice Sinnott, un hombre enjuto y nervudo que apenas paga lo que debe y que confesó haber robado ovejas de la colina de Jackson—. Espero que no haya sido en mi lado del río.

Lawlor, en la mesa principal, golpea un vaso y la multitud se calla. Llega alguien del personal con un micrófono y se lo alcanza al sacerdote. Este comienza mecánicamente:

—Bendícenos, oh, Señor, y a estos Tus dones…

Las cabezas se inclinan. Sacan del salón a un niño que llora. Tan pronto como llega el amén, aparecen las fuentes con paltas y boles de sopa. Los panes se llenan de manteca. Se agachan las cabezas. Muchachas con una botella en cada mano sirven vino tinto y blanco. Se sacan platos con papas asadas, vegetales, salseras con jugo de carne. La comida trae bienestar y el silencio reina hasta que la primera oleada de hambre se sacia. Luego comienza la charla.

—Nunca engorda ni una onza, padre —dice la tía—. Permítame preguntarle cómo hace para mantenerse en peso.

—Camino —responde el sacerdote, dejando escapar un suspiro.

—Dicen que la caminata es buena. ¿Va lejos?

—Salgo del camino y voy hasta la fábrica de productos lácteos y bajo hasta el río —dice—. Voy cada vez que puedo.

—Conozco el trayecto —dice *Miss* Dunne—. ¿Bajó alguna vez hasta lo del chino, padre?

—No —responde riéndose—. ¿Qué chino?

—Bueno, no debe conocerlo, no es cristiano, pero hay gente que baja a verlo para curarse.

—¿Curarse?

—Sí —dice la mujer, buscando la sal.

—¿Dónde vive exactamente?

—Más abajo de lo de Redmond, en la casa rodante. ¿Vio ahí, en la parte de atrás del cobertizo del heno? Si hace ese recorrido, debe de saberlo.

—Es un refugiado, hay alguna relación de esa gente con el chino —dice el pariente de Jackson—. Redmond, el de la cantera, lo contrató como jornalero y ahora está ahí cuidando las ovejas.

—Diga que aún no perdió una oveja —dice Breen—. Francamente, dicen que es un buen hombre, a pesar de que no siempre hace las cosas de nuestra manera.

—No tiene perro. Les tiene terror a los perros —agrega Mike

Brennan, el de la colina.

—Es probable que se haya comido al maldito perro ovejero —dice Sinnott, estirándose para alcanzar la última papa asada.

—¿Qué es exactamente lo que hace? —pregunta el sacerdote.

—¿No le dije que cuida las ovejas? —dice *Miss* Dunne.

—No, me refiero a qué cura.

—No sé decirle, padre. Lo único que sé es que la gente va a verlo. Nunca me le acerco. Si algo me duele, voy a lo de Nail, el que compone los huesos.

—Un gran hombre, si usted recibió un golpe en la espalda —añade Breen—. Lo único es que le puede tocar que lo atienda después de un galgo.

—¡O de un maldito *pony*! —agrega Sinnott—. Tuve que esperar dos horas detrás de un caballo pinto cojo.

Hay risas.

—Si algo le duele, el chino es el tipo justo.

—Es palabrería. Claro, si no, ¿para qué otra cosa podría servir? No sabe decir ni una palabra en inglés. Uno no tendría manera de decirle qué le duele.

—Bueno, ¡tampoco habría manera de hacer que usted dejara de decirle lo que tiene! —dice Mike Brennan entre risas.

—¡Se le podría indicar! —dice *Miss* Dunne.

—Uno podría bajarse los calzones, decirle qué parte del trasero le duele y confiar —dice Sinnott—. Claro que es chino: come perro y caga té.

—¡Cuidado! —dice Brennan frunciendo el ceño—. Acá hay un hombre de hábito.

—Sí —gruñe Sinnott—. Y todos sabemos que el hábito blanco se mancha fácil.

La risa rápidamente se convierte en un silencio frágil. Breen tose. La tía vuelve a ordenar el cuchillo y el tenedor.

—Usted sabe mucho de manchas —dice *Miss* Dunne— y tiene cinco hermanas que le planchan cada arruga del pijama.

Es un buen intento por salvar la situación, pero la observación de Sinnott quema. El sacerdote corta el cordero. Mike Brennan

mira al otro lado del salón, donde un hombre con muletas se va abriendo camino.

—Hablando de huesos —dice—, ¿qué le pasó a Donoghue?

—Esta mañana lo pateó una vaquillona —dice Sinnott.

—Eso le enseñará a calentarse las manos. ¿Fue al doctor?

—No. No creo.

—Llevarlo es imposible —dice Breen.

—Entonces, debe de haber tenido los palos esos. Hay dos cosas que uno nunca debe guardar en casa: muletas… y un cochecito de bebé.

—Habló la voz de la experiencia —exclamó *Miss* Dunne.

—Sí, puede reírse, pero nunca nadie dijo mayor verdad. Cuando Mary estaba teniendo al último, saqué el cochecito al patio y lo rocié con querosén —dice Brennan—. Cuando volvió a casa quiso matarme, ¿pero acaso no era tiempo? Claro que las gallinas se acostumbraron a poner en la canasta del moisés.

—¿Tiene siete u ocho? —pregunta la tía.

—Tengo nueve —dice Brennan, buscando cigarrillos en sus bolsillos—. Al final, ¿no es terrible tener que salir afuera por un cigarrillo?

Ahora que ya se ha terminado el plato principal, la preocupación del servicio va extinguiéndose. Las muchachas que van a retirar los platos son otras. Nada se ha roto. Nadie se ha ido. Vienen los postres: tarta de almendras con frutillas, sopa inglesa, crema. Están por levantar las cucharitas y comenzar la próxima charla, cuando Donal Jackson, en la mesa principal, golpea su copa y se pone de pie. Apenas se levanta, vuelve a caerse en la silla. La multitud se vuelve hacia él, en silencio. Aguza el oído. El padrino intenta, nuevamente, mantenerse de pie. Esta vez se las arregla para pararse, pero tiene que apoyarse en la mesa, con la mano sobre el mantel.

—¡Hola a todos! —grita—. ¡Hola!

El novio murmura algo sobre hacer que la puta cosa sea breve. Se escucha, sin que haya querido que se escuchara, por el micrófono.

—¡Buenos días a todos! —grita el padrino—. Espero que ya se hayan llenado.

En ese instante, se detiene, indeciso sobre cómo continuar. Baja la vista a la novia. Mira a su hermano.

—Cuando mi hermano empezó a cortejar a Kate, aquí presente, todos dijimos que nunca conseguiría conquistar a una chica tan fina —dice y mira el mantel, las copas, el salero y el pimentero de plata —. Ahora que vemos que lo hizo, ¡qué lástima que no tenga una hermana! —y tira del mantel, haciendo que se muevan los platos. Se cae una copa de vino tinto y mancha la tela blanca.

Sinnott mira fijo al sacerdote y se sonríe, volviendo luego la mirada al padrino.

—Si tuviera una hermana, podríamos haber compartido la tierra y…

Rápidamente, Lawlor le saca el micrófono de la mano. Lo hace con toda la elegancia del caballero que es y empieza a agradecerle a todo el mundo, muy sinceramente, por haberse hecho presente. Dice que está contento de que su única hija haya encontrado a un buen marido. Dice que hizo todo lo que pudo para educarla bien y, a pesar de que la madre no puede estar allí, sabe que los está viendo y bendiciendo ese día. Elogia la comida, el vino, el servicio. Le agradece al sacerdote por la sencilla ceremonia, a las damas de honor que atestiguaron, y a todos los allegados al novio. A este le da la bienvenida a la familia y desea que trate bien a su hija durante toda su vida. Nada más puede desear, dice y toma asiento.

El novio abre una hoja de papel y, a su vez, vuelve a agradecerle a todo el mundo, reflejando el discurso de su suegro. La novia está sentada en silencio, rodeada por todos los hombres que dan discursos. Llega un mozo con *champagne*, pero ella no quiere. Mientras está ahí sentada, acariciando el pie de su copa, el sacerdote recuerda algo. Es un recuerdo claro y vivido que le provoca deseos de estar solo.

Cuando llega la torta, hay aplausos. La novia y el novio se ponen de pie y sostienen el cuchillo. La hoja se hunde profundamente en el piso de abajo y se toma la fotografía obligatoria. Poco después, vuelve la torta, cortada y sobre platos pequeños, espolvoreados con azúcar. Se sirve té, café.

Miss Lawlor extiende la mano y mete una servilleta dentro de su cartera.

—Un recuerdo —dice—. Ya debo de tener como una docena.

Nuevamente, le acercan el micrófono al sacerdote, que se pone de pie y bendice la mesa, sin sentir ninguna de las palabras. Últimamente, cuando rezaba, sus plegarias no habían sido respondidas. «¿Dónde está Dios?», se había preguntado. No, ¿qué es Dios? No le preocupa no conocer a Dios. Su fe no ha flaqueado —eso es lo extraño—, pero desea que Dios se le aparezca. Lo único que quiere es una señal. Algunas noches, cuando el ama de llaves se ha ido y las cortinas están bien cerradas detrás de las ventanas, se arrodilla y le ruega a Dios que le muestre cómo ser un sacerdote.

Se le pide a todo el mundo que termine para poder correr las mesas y dejar espacio para bailar. La gente abandona el salón de baile por el bar, los baños, para salir al patio cervecero a fumar. En este momento, el sacerdote podría irse. Podría acercarse a los que todavía están lo suficientemente sobrios para recordar que se despidió y estrecharles las manos. Sabe que en su casa hay un fuego dispuesto. Lo único que tiene que hacer es volver y acercarle un fósforo. El sueño lo arrastraría y el día habría terminado. Pero tiene que quedarse para el baile. Se quedará para ver el baile y luego se irá.

La música comienza con un vals lento: «¿Podría tener este baile por el resto de mi vida?». Cuando el novio conduce a la novia a la pista, el dobladillo del vestido de ella se le engancha con el taco del zapato. Se agacha para desengancharlo, ruborizada. Se ha sacado el velo, de modo que la parte de atrás de su cuello está desnuda, excepto por el collar de perlas. Cuando se incorpora, Jackson la atrae a sus brazos. Ella parece acceder voluntariamente. Las luces se reflejan en el diamante de su anillo de compromiso. Los zapatos blancos siguen el recorrido que su marido traza alrededor de la pista. Dan una primera vuelta y dan otra, y entonces el hermano del novio sale con la dama de honor. Siente los pies ligeros. Puede que el padrino de la boda sea incapaz de hablar, pero puede bailar. Sigue el amigo del novio con su doncella. Parecen tímidos, inseguros de sí, del otro. Al cabo de tres valses, la música se detiene y el padrino le

pregunta a su hermano si puede bailar con la novia. El novio lo mira. Lawlor está de pie, en el borde de la pista, tratando de captar la mirada del novio. El sacerdote se da cuenta de que le costará permanecer ajeno a esto, aun cuando dijo que debía. El novio duda, pero consiente y pronto se intercambia la dama de honor por la novia.

La banda acelera, cambiando a un ritmo rápido. El padrino comienza a bailar. Años atrás, ganó algún tipo de concurso de *rock*, y ahora está decidido a mostrar su destreza. Hace un arco con el brazo y la novia pasa por debajo, sale detrás de él, pero no se mueve tan rápido como él quiere. Empuja a la novia para que dé un giro, pero cuando él se da vuelta para que deje de girar, su mano no atrapa la de ella sino que aferra el collar de perlas y cuando gira, el collar se rompe.

Mientras las perlas se van saliendo del hilo, el sacerdote se queda paralizado. Las observa saltar fuera de la pista de baile encerada y rodar en su dirección. Una de las perlas golpea contra el zócalo y rueda pasando la mano extendida de *Miss* Dunne. Esta deja escapar un suspiro, mientras la perla retrocede rodando hacia la silla del sacerdote, quien baja la mano y la levanta. En su mano se siente caliente, con el calor de ella. Eso, más que ninguna otra cosa de las sucedidas ese día, lo sobresalta.

El sacerdote atraviesa la pista de baile. La novia está allí, de pie, con las manos abiertas. Cuando el sacerdote le pone la perla en la mano, ella lo mira a los ojos. Hay lágrimas en ellos, pero es demasiado orgullosa como para pestañear y dejar que una le caiga. Si ella pestañease, él la tomaría de la mano y la sacaría de ese lugar. Eso, al menos, es lo que se dice. Es lo que ella una vez deseó, pero difícilmente dos personas quieran lo mismo en un determinado momento de la vida. A veces, esa es la parte más difícil de ser humano.

—Lo siento —dice él.

Mira las frágiles líneas de las palmas abiertas de ella, las perlas que se acumulan. Nuevamente alza la vista hasta el rostro de ella. Lawlor lo mira fijo, pero llega Breen y pone fin a la situación.

—¿Cuántas eran? —pregunta Breen.

—¿Cuántas? —repite la novia, sacudiendo la cabeza.

—Sí —dice Breen—. ¿Tienes alguna idea de cuántas había en el collar? —Breen la mira y cambia—. Ah, no llores, muchacha. Es solo un collar. Se arregla fácil.

En la puerta del salón, el novio tiene agarrado al padrino por el cuello. La gran mano aprieta el rostro blanco, trasunta furia.

—¡Pendejo de mierda! —ruge— ¿No podías controlarte un puto día?

Qué agradable volver a salir a la avenida, dejar esa terrible música atrás. Ya no hay más viento y ahora los árboles están quietos. Sobre una rama, hay posado un cuervo vigilante. Calle abajo, una chimenea arroja un humo blanco contra el cielo. El puesto de diarios cerró, pero en la agencia de apuestas, todavía parpadea un televisor encendido. El sacerdote se detiene ante la ventana, ve que hay una muchacha, profundamente dormida con un libro abierto. Le gustaría entrar y despertarla para decirle que así le dará tortícolis, pero continúa caminando hacia la casa parroquial. Tan pronto como su pie toca la grava, sabe que no puede entrar. Se vuelve hacia la calle, pasa los surtidores de combustible y enfila por el camino rural.

Así que está casada. Por un instante, piensa en las posibilidades de todo lo que empieza y luego estas se desvanecen. Pasa los altos muros del convento; después, la cerca de acero tubular del mercado. Ahora no hay pavimento, solo el camino desnudo, una franja de hojas secas bajo sus pies. Hay partes resbaladizas y se dice que no sabe realmente adonde está yendo. Pasa el portón de Jackson, los envases de leche parados en el cajón. De tanto en tanto, alguna bestia en algún campo o establo deja oír su bramido. Buena parte del ganado de la parroquia no será alimentado esa noche. Camina sin dejar que ningún pensamiento domine su mente. Al cabo de algunas millas puede oír, camino abajo, el reconfortante ruido del río.

Cuando llega a la fábrica de lácteos, se dirige hacia Hunter's

Lane. Allí, la casa Blackstairs sobre la tierra, sumiendo los campos en una sombra extraña y azul. Los cazadores acuden los domingos, después de la misa. Han dejado en la casa las aves abatidas: faisanes, patos, un ganso. El casero las ha colgado, desplumado, servido a la mesa de la cena. Al sacerdote no le gusta pensar en esto, aun cuando ha disfrutado las comidas, la salsa.

El sendero termina donde una vez se alzó una casa, sus paredes en ruinas están invadidas por la hiedra. En la parcela pantanosa donde crecen los alisos hay pánico en el agua, un aleteo y los patos salvajes levantan vuelo. Las plantas tiemblan detrás de ellos. El sacerdote gira y se queda inmóvil y mira al cielo buscando la garza. Ni una vez antes ha ido hasta ahí sin verla. Volver a verla es pedir mucho, pero, de repente, está allí, con sus lentas alas llevándola en una curva plácida contra el cielo.

Abajo, en el río, la aletargada agua marrón continúa corriendo. La paz es más profunda que siempre, sencillamente porque todavía está ahí. Sobre la superficie del agua, el reflejo de los lejanos árboles de la orilla es ondulado. Una única nube flota en el cielo, tan pálida y fuera de lugar como una nube de otro día, abandonada. El sacerdote recuerda el pedazo de velo sobre los tejos, se mete la mano en el bolsillo y lo siente ahí. Lo saca, lo deja caer. Antes de que toque el agua, lo siente, pero tuvo su oportunidad, y ahora su oportunidad pasó.

La noche en que ella fue a la casa había una niebla lechosa en el huerto. Era el Día de Difuntos, y él estaba solo en el salón, con el fuego encendido. Antes, ese mismo día, le había dado la extremaunción a un joven en el hospital; luego, había conducido de vuelta para decir la misa vespertina. Era una de esas noches en las que sentía la imposibilidad de estar solo. Estaba pensando en el joven, en lo joven que él mismo era todavía. El reloj de la chimenea sonaba fuerte. Puso más carbón en el fuego y recorrió la habitación. Ella fue para que le firmara una tarjeta de misa por su madre. Él le pidió que se acercara, que se sentara junto a él. Sintió que ella se quedaba para no ofenderlo. Nunca tuvo la intención de tocarla, pero cuando ella se quedó mirando fijo el fuego, el sacerdote vio la línea

blanca de su cuero cabelludo, donde se dividía el cabello rojo oscuro. Extendió la mano sencillamente para sentir el calor del fuego en su cabello. Eso fue todo lo que quiso hacer él, pero ella malentendió el gesto y le aferró la muñeca.

Siempre se encontraban en lugares apartados: en la playa agreste de Cahore o Blackwater; en los bosques, más allá de los caminos comunales de Avondale. Una vez, se toparon con *Miss* Dunne en la playa. Ella caminaba hacia ellos y era demasiado tarde para darse vuelta, pero justo cuando estaban por encontrarse, ella giró hacia el mar. Ni ese día ni ningún otro hizo la menor insinuación de haberlos visto.

Pasaron las estaciones y volvió a llegar el invierno. Se escaparon, viajaron hacia el norte a The Silent Valley y se hospedaron en una pequeña pensión, cerca del pueblo de Newry. Esa noche, durante la cena, ella acarició el pie de su copa y le dijo que no podía soportar la situación. Si él no podía abandonar el sacerdocio, ella ya no volvería a verlo en esos términos. A la mañana siguiente, camino a casa, fueron a un parque histórico y retrocedieron a través del tiempo, desde la casa y el astillero *viking* hasta la vivienda prehistórica en el lago, y terminaron en una tumba neolítica. Allí estuvieron a la orilla de un lago artificial, donde habían sumergido a medias un bote rudimentario de madera. La superficie del agua estaba cubierta por semillas de diente de león. A través de las cañas silbaba una brisa fría, pero ellos estaban en silencio, atrapados en la certeza de saber que nunca nada volvería a ser igual.

Ahora, ella está casada. Esa noche Jackson la llevará a un cuarto y le sacará el vestido. El sacerdote todavía ve la pija del hermano, el tamaño, la dificultad para volvérsela a meter en los pantalones. Se inclina sobre la orilla del río, arranca algunos yuyos altos. Debería volver al pueblo y meterse en la cama, pero no está dispuesto a dejar que el día se acabe. En cambio, camina en dirección opuesta, atravesando las cercas que dividen los campos. La tierra cambia de los rastrojos ordinarios a brillantes brotes de trigo. Qué invierno seco el que tuvieron. Más allá, hay pasturas suaves y a su alrededor, en todas partes, pastan las ovejas. Así que esta es la tierra de

Redmond. Mira hacia el camino. Ve el techo del gran cobertizo y a su amparo, una casa rodante.

Apenas la ve, se dice que no fue hasta allí para eso. Lo último que quiere es compañía, pero sus pies, con una voluntad propia, lo llevan a través del prado. En un lugar abrigado, más allá de los arbustos de grosellas, hay un pedazo de terreno cuidadosamente cercado con postes de madera y alambre. Hay surcos dispuestos en filas ordenadas, barro en un rastrillo. Cuando empuja el sencillo portón de madera, chirría. El sacerdote se queda ahí, en el jardín, por un rato, oyendo. No escucha nada en el interior y, sintiéndose confiado de que no hay nadie en casa, golpea la puerta. En cuanto golpea, se vuelve para irse, pero la puerta se abre y aparece un chino, calzado con chancletas y vestido con un *jogging* holgado.

—Sí —le sonríe—. Pase.

El sacerdote retrocede.

—Buenas noches.

—Sí —dice el chino.

No debería haber ido, pero ahora sería un insulto no entrar en la casa del hombre. Adentro, la casa rodante brilla: un piso lustrado, un colchón con un edredón blanco y almidonado. Hay un olor acre a té hervido, vapor que sale de una tetera. Hay una luz brillante cubierta con una pantalla. Casi todo es blanco, contrachapado pintado. Hay un gran almohadón marcado y un libro abierto.

El chino mira los pies del sacerdote. Allí, los zapatos sucios son un insulto. El sacerdote se los quita y los deja afuera, advirtiendo, al igual que el chino, que sus pies están doloridos. El chino retira un taburete. Sus manos son rápidas. Es un hombre ágil, apuesto, que se mueve libremente por su casa. El sacerdote mira el río a través de una ventana de cristal perfectamente claro y siente una fresca punzada de envidia.

—Sí —dice el chino—. Usted problema.

—¿Mi problema?

El chino asiente.

—No tengo problema —dice el sacerdote.

El chino se ríe; comprende que eso es lo que dice la gente que

tiene problemas. Toma un vaso de un anaquel, saca unas hojitas secas de una lata, sirve agua hirviendo. Llena un vaso hasta el borde, se lo da al sacerdote. Está casi demasiado caliente como para sostenerlo. Al principio las hojas flotan y luego descienden lentamente y se expanden. Tiene gusto amargo y le quema la lengua.

El chino se lo queda mirando. Tiene los ojos muy abiertos, concentrados. Se arremanga cuidadosamente hasta el codo y estira las manos para tocar al sacerdote. Pasaron tres años desde la última vez que alguien lo tocó y la ternura en las manos del extraño lo alarma. ¿Por qué la ternura es mucho más paralizante que el agravio? Las manos están secas y calientes. Cuando descienden desde su mandíbula hasta la garganta, al sacerdote le cuesta tragar y se queda mirando un grabado que hay en la pared. El grabado representa un bol sencillo y de alabastro, y su sombra.

—Sí —dice el chino y va hasta el colchón y le da golpecitos.

—¿Qué? —dice el sacerdote.

—Bien —dice el chino—. Sí.

El sacerdote se saca el saco y se recuesta sobre el colchón. Está acostado de espaldas, pero las manos lo hacen dar vuelta. Le sacan las medias. Los pulgares presionan sus dedos, sus talones y penetran profundamente en la planta de sus pies. El chino deja escapar un gruñido en señal de que comprende, se mueve hacia el costado del sacerdote y empieza, con sus manos, a golpearlo. Comienza en sus tobillos y se desplaza, con infinita paciencia, hasta la parte de atrás de sus muslos. Cuando llega hasta las nalgas, empuja el puño profundo en la carne. El sacerdote siente ganas de gritar, pero las manos se desplazan a la otra pierna, empujando lo que sea que tiene en las piernas hasta el torso, como si sus contenidos pudieran pasarse de un lado de su cuerpo al otro. El sacerdote poco a poco siente que su resistencia cede; es la antigua y preciada sensación de que su voluntad decrece. Deja que el hombre lo golpee. Es una sensación extraña, pero es nueva. Gira la cabeza y se queda mirando el bol de alabastro.

Por su mente cruzan fragmentos de su época con la hija de Lawlor. Qué lindo fue haberla conocido íntimamente. Ella decía

que el autoconocimiento se hallaba en el extremo del habla. El propósito de la conversación era encontrar lo que, de algún modo, uno ya sabía. Creía que en toda conversación había un cuenco invisible. La conversación era el arte de poner palabras decentes en ese cuenco y sacar otras de allí. En una conversación amorosa, uno se descubría a sí mismo de la manera más amable y, al final, el cuenco volvía a estar vacío. Ella decía que un hombre no podía conocerse a sí mismo y vivir solo. Creía que el conocimiento físico estaba en el extremo de las relaciones sexuales. Esas opiniones a veces lo irritaban, pero él no podía demostrar que estaba equivocada. Recuerda esa noche en el salón, sus brazos suaves y pecosos. Cómo se sentó en el borde de la cama, en el pueblo de Newry, y cosió el botón que se le había desprendido de la camisa. A la mañana siguiente, la última, se habían quedado acostados, con la ventana abierta, y él soñó que el viento había volado las pecas del cuerpo de ella. Más tarde esa mañana, cuando ella se volvió y lo miró, él le dijo que no podía abandonar el sacerdocio.

Ahora, el chino le manipula las manos, tirando de ellas desde las muñecas hasta que el sacerdote tiene la sensación de que se le van a romper. Le levanta la cabeza, describiendo círculos que se hacen cada vez más amplios. A ambos lados de su cabeza hay rodillas. El chino arrastra algo desde la base de su columna, desde el huesito dulce subiendo por todo el cuerpo. Hay algo duro que no quiere moverse, pero a las manos no les importa. Antes de estar listo, el sacerdote siente que algo dentro de él se dobla y retrocede, del mismo modo que el agua se repliega y retrocede en la costa antes de formar otra ola… y de su boca rompe un ruido, un grito terrible que es el nombre de ella, y entonces cesa.

Al cabo de un tiempo que no puede medir, se sienta lentamente y mira alrededor del cuarto. Se queda viendo al chino, sus pies descalzos, el piso. Ahora hace más calor y se siente hambriento. El hombre vuelve a llenar la tetera, enciende un fósforo, como si eso ocurriese cada día.

—Gracias —dice finalmente el sacerdote—. Gracias.

El chino se sienta en cuclillas a su lado, con un fresco vaso de té.

Es un hombre que vive feliz, en un lugar limpio que le pertenece. Un hombre que cree en lo que hace y que disfruta de su trabajo. El sacerdote tiene que darle algo. Se lleva la mano al bolsillo y allí siente el dinero que Lawlor le dio. Cuando lo recibe, el chino se inclina, pero no cuenta los billetes. Sencillamente los deja caer adentro de una jarra marrón que hay sobre la mesa de la cocina.

El sacerdote señala el grabado en la pared.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Viejo —dice el chino.

—Está vacío —se ríe el sacerdote.

El chino no comprende.

—Vacío —dice el sacerdote—. No lleno.

—Sí —dice el chino—. Usted problema.

El sacerdote encuentra sus medias y sale a buscar los zapatos. La noche azul se ha extendido misteriosamente sobre los campos. Empuja el portón de madera y escucha el sonido que hace al cerrarse detrás de él. Se queda ahí mirando el mundo. La primavera llegó, seca y prometedora. El aliso está lleno de brotes; sus ramas pálidas, desembozadas. Ahora todo parece más repentino. La noche se prepara contra los postes de la cerca. El rastrillo es una cosa brillante, bienamada y gastada.

«¿Dónde está Dios?», se ha preguntado, y esa noche Dios le responde. Alrededor el aire es intenso, con el olor penetrante de los arbustos de grosellas silvestres. Un cordero se despierta de un sueño profundo y recorre el campo azul. En lo alto, las estrellas han rodado hasta estar en su lugar. Dios es la naturaleza.

Recuerda haber estado desnudo con la hija de Lawlor, en una cama, en las afueras del pueblo de Newry. Recuerda todos esos dientes de león hechos semillas y que le dijo a ella que siempre la querría. Se acuerda de esas cosas, en su totalidad, y no siente vergüenza. Qué extraño es estar vivo. *Pronto será* Pascua. Hay *trabajo* que hacer, un sermón que escribir para el Domingo de Ramos. Sube por los campos en dirección al camino, pensando en su vida mañana, como sacerdote, descifrando, lo mejor que pueda, el idioma romano de los árboles.

CABALLOS OSCUROS

De noche, Brady sueña que la mujer vuelve a su vida. Ella está en el corral, con el gran caballo de caza, riéndose, elogiando a su caballo oscuro. Se estira, afloja la cincha y le retira la silla. El caballo se sacude y bufa. Ella lo conduce al abrevadero y bombea agua fresca. La manivela chirría cuando se la empuja, pero el caballo no se asusta: sencillamente deja caer la cabeza y bebe hasta hartarse. A lo lejos, el ladrido de los perros se desplaza por los campos. En su sueño, esos perros son los del propio Brady y él sabe que le tomará un buen rato reunirlos y llevarlos a casa.

Al despertarse, descubre que está vestido de la cintura para abajo: pantalones vaqueros negros y sus botas de trabajo. Busca a tientas el reloj, se acerca el vidrio, lee las agujas. No es tarde. En lo alto, la luz todavía está encendida. Se incorpora y encuentra el resto de sus ropas. Afuera, la lluvia de octubre cae estremeciendo el bambú. Fue plantado años atrás para servir como estaca para los macizos y porotos de la mujer, pero cuando ella se fue, él se desentendió y el jardín se volvió salvaje. Sobre la colina de McQuaid, entre las nubes, distingue la figura de un hombre que camina por campos más verdes que los suyos. Es el propio McQuaid, arreando, contando todos los novillos nuevamente.

En la cocina, hierve el agua, calienta la tetera. El té lo vuelve a hacer sentir humano. Se queda al lado de la tostadora y se calienta las manos. La semana pasada su tía le había traído mermelada, pero en el frasco apenas queda una cucharada. Raspa con el cuchillo lo que quedó en el frasco y sale a los campos, con su chaqueta. Las dos vaquillonas necesitan ser sacadas y recibir sus dosis. Tiene que limpiar los desagües, tirar la ceniza en el campo de abajo, y hay un

buen día por delante soldando en los establos antes de que el invierno se ponga severo. Arroja afuera lo que quedó del pan cortado y pone en marcha la furgoneta. Una parte de él está contenta de que sea un día húmedo.

En Belturbet, compra líquido hidráulico, varillas de soldar, aceite para la sierra. Apenas le sobra dinero. Duda antes de llamar a Leyden desde la cabina telefónica, sabiendo que estará en casa.

—Ven a casa —dice Leyden—. Necesito que me den una mano.

Es una magnífica casa en la colina, que la mujer de Leyden, una maestra, mantiene inmaculada. De dos pisos, pintada de blanco, que da al río. En el jardín, un par de castaños, el camión para los caballos, cabezas sobre cada puerta del establo. Cuando llega Brady, Leyden lo saluda desde el galpón del heno. Es un hombre duro, huesudo, con manos muy grandes.

—¡Ah, Brady en persona!

—Tiempo feo.

—Crudo —concede Leyden—. ¿Podrías ponerle el cabestro a la yegua, por favor? Tengo la sensación de que dará problemas.

Brady se para al lado de la cabeza de la yegua, mientras Leyden la hierra. Sus grandes manos son hábiles: miden el casco, lo recortan, eligen una pestaña para el casco. Sobreel yunque sostienen la herradura y la martillan para que calce. Ponen los clavos de acero y ajustan. Después viene la escofina, las virutas que caen como aserrín a sus pies. Mientras tanto, caen ráfagas de lluvia repentina, azotando el techo galvanizado. Brady siente un extraño placer estando allí, protegido, con la yegua.

Cuando Leyden le pasa la escofina al último casco, arroja las herramientas al piso y mira la lluvia.

—Es un día para beber.

—Es temprano —dice Brady, inquieto.

—Si no vamos pronto, se va a hacer tarde —dice riéndose y sus ojos buscan clavos en el piso.

—Tengo que despabilarme; en casa tengo trabajo —dice Brady. Pone a la yegua de vuelta en el establo y traba la puerta.

—Igual vas a venir —dice Leyden—. Voy a buscar a Sean para

cambiar un cheque y arreglaremos las cuentas.

—Puede hacerse otro día.

—Ni por casualidad. Podría no tener eso otro día.

Mientras Brady sigue a Leyden hacia el pueblo, le empieza a arder el estómago. Leyden desciende por el camino resbaloso hasta más allá de la farmacia y estaciona detrás de The Arms. Parece cerrado, pero Leyden abre la puerta trasera. No hay luz sobre la mesa de pool. En *Northern Sound*[2] una mujer lee las noticias. Long Kearns está allí con sus Powers, observando la red ornamental de pesca detrás del bar. Norris y McPhillips están eligiendo caballos para la próxima carrera. Big Sean está detrás del mostrador, untando pan con manteca.

—¿El pan es fresco o es el de ayer? —pregunta Leyden.

—Es de Mother's Pride —dice Sean sonriente y mira—. Hoy, pan de hoy.

—Pero si lo comemos mañana, ¿no seguiría siendo de hoy? —pregunta Norris, que bebió como una cuba. Salvo por el leve temblor en la mano, nadie se daría cuenta jamás.

—Sirve dos de los mejores que tengas, Sean —dice Leyden—, y no le prestes atención a ese villano.

—Me ha estado prestando atención por años —dice Norris—. Difícilmente dejará de hacerlo ahora.

Sean pone el borde de un vaso de una pinta contra el grifo. Leyden le pasa el cheque y le dice que le dé a Brady lo que sobre. Deja que la cerveza negra se asiente, que la parte oscura se separe poco a poco de la crema.

—Por lo menos, tenemos la yegua herrada.

—¿Lo aguantó?

—Fue de terror —dice Leyden—. Todavía estaría herrándola, si no fuera por este hombre.

—Es un trabajo para un hombre más joven —dice McPhillips —. Yo mismo lo hacía cuando era mozo.

—Después de tres pintas no hay nada que no hayas hecho —dice Norris.

—¡Y después de dos no hay nada que tú no vayas a hacer! —dice

Leyden, levantando la apuesta— ¿No es así, Sean?

—Deja a Sean fuera de esto —dice el barman cariñosamente.

Norris mira a Brady.

—¿Es mi imaginación o adelgazaste?

Brady menea la cabeza, pero su mano busca el cinturón.

—Más bien engordé.

Big Sean envuelve los sándwiches en plástico transparente y los guarda en la heladera. Brady extiende la mano, que se cierra sobre el vaso. El vaso está frío. No está bien estar bebiendo a esa hora, y la cerveza negra es amarga.

—¿Tendrás una gota de casis por ahí, Sean?

—¿Qué estás haciendo con ese veneno? —pregunta Leyden—. Arruinando una buena pinta.

Brady traga un buen sorbo.

—Al menos no destruí cuatro buenos cascos —dice, recuperando finalmente la voz.

Todos se ríen.

—No me digas —dice Leyden sonriente—. ¿Y qué es lo que sabes tú? Los únicos caballos que hay en Monaghan son para tirar de carretas.

—Todo buen caballo de tiro necesita herraduras —dice Brady.

—Las tienen por los baches en Cavan —dice McPhillips, un hombre del pueblo de Newbliss.

—Ahora sí que nos queda claro —grita Norris.

Cuando las bromas amenguan, McPhillips sale a hacer las apuestas.

Terminadas las noticias, Sean apaga la radio. El silencio es como todo silencio; cada hombre está contento de que exista y, también, contento de que no dure.

Mientras están allí sentados, Leyden inspira y se le ensanchan las narinas.

—¿Cuál de ustedes desenterró a Elvis?

—Dios santo —exclama Long Kearns, volviendo repentinamente a la vida—, ese hedor despertaría a un muerto.

Leyden se traga la mitad de su pinta. La hierra le dio sed, así

que Brady, a quien no le gusta irse con el dinero, ordena otra ronda.

En la calle, los escolares están comiendo papas fritas que sacan de bolsas de papel madera. Hay olor a cebollas fritas, aceite caliente y vinagre. Ya está más oscuro y la lluvia sigue cayendo. Cuando Brady entra en la cafetería, la chica del mostrador levanta la vista.

—¿Bacalao fresco y papas fritas?

—Sí —asiente Brady—, y té.

Se sienta junto a la ventana y contempla el día. Nubes negras se están deslizando sobre los *bungalows*. Vuelve a pensar en esa noche en Cootehill. En The White Horse había una banda del norte. Se sentaron a cierta distancia del escenario y charlaron. Ella tenía un pura sangre de dos años y uno de tres que, pensaba, podría ser un buen caballo de caza. Mientras hablaba, un foco verde brillaba en su cabello. Bailaron un poco y ella se tomó una copa de vino. Después, le pidió que la llevara a la casa. *Si traes las papas fritas, encenderé el fuego y pondré a calentar la tetera*. Cenaron a la luz del fuego. Sobre la mesa tendieron un mantel amarillo. Ella puso individuales de mimbre, pimienta y sal, platos calentados. Los cubiertos de plata destellaban. En su dormitorio, persistía el olor a desodorante, se quemaba una pequeña vela y los faros atravesaban las cortinas. Cuando él se despertó, al alba, ella dormía. Tenía la mano en el pecho de él. En ese entonces, él trabajaba a jornada completa para Leyden. Esa mañana, bajando por la calle principal, comprando leche y tocino, se sintió como un hombre.

Viene la chica con su pedido. Brady come lo que tiene delante, paga y se dirige a la calle. Tiene que pensar un rato antes de recordar dónde estacionó la furgoneta. Pasa por un puesto de frutas y verduras, un balde de flores mustias, cajas con tarjetas de Navidad, ristras de temblorosas guirnaldas rojas y amarillas. Cuando pasa caminando por el hotel, reconoce una canción cuyo nombre no recuerda. Se detiene a escuchar, y luego se encuentra en la barra pidiendo una pinta. El día ya no es suyo. Tocan unas pocas canciones más. En algún momento, alza la vista y se da cuenta de

que McQuaid está ahí, vestido con un traje oscuro, con su mujer. Al verlo, McQuaid saluda con un gesto de la cabeza. Poco después, se baja una pinta. Los labios de Brady sienten esta cerveza más fría que la anterior.

—¡Pero si es el valiente! ¿Acaso no tienes casa adonde ir?

Es Leyden. Le echa un vistazo a Brady y dice:

—¿Qué problema tienes, hombre?

Brady mueve la cabeza.

Leyden ve a McQuaid. La mesera trae servilletas, cuchillos para el pescado.

—No te preocupes —le dice—. La tierra seguirá estando mucho después de que hayamos muerto. ¿Acaso no fue solo un préstamo?

Brady asiente y pide bebidas. Leyden acerca su taburete y espera que la pinta se asiente. Brady casi lamenta haber entrado. Cuando la pinta está lista, Leyden pone el posavasos, lo hace girar.

—No te preocupes por la tierra. Es la mujer lo que perdiste —dice inútilmente—. Era la mujer más hermosa que alguna vez pasó por acá.

—Sí —dice Brady.

—Hay hombres que darían su brazo derecho por tener una mujer como esa —dice Leyden, acercándose a Brady y agarrándole el brazo.

—Seguramente lo harían.

Pasa la camarera con dos platos muy calientes.

—Vamos, ¿qué pasó?

Brady se siente clavado al taburete. Retrospectivamente, algunos días fueron difíciles, pero ninguno fue desperdiciado. Mira para otro lado. Crece el silencio. Levanta el vaso, pero no puede tragar.

—Fue por el caballo —dice finalmente.

—¿El caballo?

Leyden lo mira, pero Brady no desea continuar. Incluso la mención del caballo resulta demasiado.

—¿Qué pasa con el caballo? —insiste Leyden, pero luego mira para otro lado como para dejarle espacio a Brady.

—Una noche llegué a casa y ella me dijo que tenía que comprar

comida, pagar cuentas. Me dijo que tenía que sacarla a cenar.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Le dije que se fuera a la mierda! —dice Brady—. Le dije que me desharía de sus caballos.

—Qué horror —dice Leyden—. ¿Habías estado bebiendo?

—Solo una gota —dice Brady, dudando.

—Bueno, todos decimos cosas…

—Salí y abrí el portón, y saqué sus caballos al camino —dice Brady—. Me dio una segunda oportunidad, pero nunca fue lo mismo. Nunca nada fue lo mismo.

—Cristo —dice Leyden, echándose hacia atrás—. No pensé que fueras capaz.

Ya es bien pasada la hora de cierre, cuando Brady encuentra la furgoneta. Se sienta detrás del volante y desanda los caminos en dirección a su casa. Todo saldrá bien; el sargento lo conoce, él conoce al sargento. No lo detendrán. A cada lado de esos caminos hay grandes árboles mojados, postes de teléfono, cables colgando. Atraviesa las hojas caídas, manteniéndose sobre la izquierda. Cuando llega a la puerta de adelante, el pan todavía está en el escalón. El perro no ha regresado a la casa, pero sabe que los pájaros se lo habrán comido para la mañana. Mira la mesa de la cocina, el cuchillo en el frasco vacío y sube las escaleras.

Va a la cama y se saca el buzo. Quiere sacarse las botas, pero le da miedo. Si se las saca, sabe que nunca podrá volver a ponérselas al día siguiente. Se arropa debajo de las sábanas y mira la ventana pelada. Ya es invierno. ¿Qué es lo que está haciendo allí? El viento produce notas terribles en el jardín y, en alguna parte, brama una bestia. Espera que sea de McQuaid. Yace en su cama y cierra los ojos, pensando únicamente en ella. Puede oír cómo late su propio corazón. Pronto ella va a volver y lo perdonará. La brida volverá a estar en su lugar, el mantel sobre la mesa. En su mente hay un destello de plata. Cuando el sueño lo reclama, ella ya está ahí, con su mano pálida sobre el pecho de él y su caballo oscuro, atrás, pastando

en sus campos.

LA HIJA DEL GUARDABOSQUES

Deegan, el guardabosques, no es el tipo de hombre que recuerda el cumpleaños de sus hijos, menos probablemente el de la menor, quien, con su expresión de bruja, se parece muchísimo a su madre. Si se le cruzan por la mente dudas ocasionales a propósito de su hija, Deegan no piensa demasiado en ellas; hay que reconocer que no tiene mucho tiempo para pensar en nada. En Aghowle hay tres adolescentes, el ordeñe y la hipoteca.

Algunas de las dificultades de Deegan se las buscó él mismo. Cuando su padre falleció y les dejó el lugar a sus hijos, Deegan, quien en ese entonces todavía no tenía treinta, solicitó un préstamo hipotecario y les compró la parte a sus hermanos. Estos, que tenían otras ambiciones, se quedaron contentos con el dinero y se fueron para hacer sus vidas en Dublin. La noche anterior a que el banco se quedara con la escritura, Deegan caminó por los magníficos prados que daban al sur. Hipotecar el lugar le rompía el corazón, pero no veía otra solución. Compró unas vacas frisonas, instaló alambrados eléctricos alrededor de la propiedad y un tambo. Poco después, condujo hasta Courtown Harbour para conseguir esposa.

Conoció a Martha Dunne un sábado por la tarde en el salón de baile Tara. Sentado ahí, con un traje azul oscuro a rayas y la barba recortada, Deegan observó a esa mujer de anchas caderas, que describía atrevidas figuras en brazos de un extraño. Tenía la piel suave como un plato y su perfume, cuando bailaban el vals, le recordaba el de la aulaga al quemarse.

Mientras la banda tocaba la última canción, Deegan le preguntó si volvería a verlo.

—Ah, no —le respondió.

—¿No? —preguntó Deegan—. ¿Por qué no?

—No me parece.

—Ya veo —dijo Deegan.

Pero Deegan no vio nada y por esa simple razón, persistió. El domingo siguiente volvió a Courtown y encontró a Martha comiendo sola en el hotel. Sin preguntarle, se sentó y le hizo compañía. Mientras ella comía, llevó la conversación del buen tiempo a los titulares del diario, y terminó hablando de Aghowle. Mientras le describía su casa, comenzó a imaginarla allá, untándole manteca a los nabos, remendándole los pantalones, colgando a secar sus camisas en una cuerda.

Pasaron los meses y, aunque más no fuera por nada más fuerte que el hábito, siguieron viéndose. Deegan siempre la sacaba a cenar y a bailar, asegurándose de pagar por todo lo que pasaba por sus labios. A veces, caminaban por el mar. En la playa, las huellas de las gaviotas se veían durante un rato y luego desaparecían. Deegan odiaba la sensación de la arena bajo sus pies, pero el andar de Martha era libre y sus ojos marrones sostenían la mirada. Paseaba, agachándose de tanto en tanto para recoger caracoles. Martha era el tipo de mujer contenta con su cuerpo, pero lenta para hablar. Deegan confundió su silencio con pudor y, antes de un año de cortejo, se le declaró.

—¿Considerarías casarte conmigo?

Mientras la pregunta flotaba en el aire, Martha dudó. Deegan estaba de espaldas a la sala de juegos recreativos. Con todas las luces detrás de él, Martha apenas podía verlo; lo único que veía eran las máquinas tragamonedas y estantes con peniques que, de vez en cuando, empujaban a los que sobraban a una artesa inclinada para permitir que alguien ganase. Un niño se servía algodón de azúcar de una furgoneta. El gentío se hacía menor; el verano llegaba a su fin.

El instinto le aconsejó a Martha que dijera que no, pero tenía treinta años, y si decía que no, tal vez nunca le volvieran a hacer esa propuesta. No estaba segura de Deegan, pero ninguno de los otros le había mencionado jamás casamiento, de modo que Martha, con su propia lógica, concluyó que Victor Deegan debía quererla y

aceptó. A lo largo de los años siguientes, Deegan nunca lo pensó, pero la amó; nunca lo pensó, pero le demostró su amor.

La primavera siguiente, mientras las aves buscaban la rama perfecta y el azafrán se extendía por el pasto, se casaron. Martha se mudó a la casa que Deegan le había descrito en detalle, pero Aghowle le pareció una maraña de cuartos oscuros e invivibles y de muebles inestables. De las ventanas colgaban cortinas de nylon sucias. Los pisos de madera estaban pelados de alfombras; los techos, llenos de carcoma, pero, al no ser ama de llaves, a Martha no le importaba realmente. Ella se levantaba tarde, bebía su té en la puerta e improvisaba comidas como quien llena una valija. A menudo Deegan volvía a la casa del trabajo con la expectativa de que ella estuviera esperándolo con una cena caliente, pero por lo general la casa estaba vacía. Deegan entonces se agachaba y encontraba una gran fuente enlozada con papas fritas y un par de huevos completamente secos en el horno.

Martha prefería estar afuera, con sus botas de goma, recogiendo una hilera de cebollas o cortando ortigas por el sendero. El guardabosques le traía almácigos que había hallado en el bosque, sicomoros y castaños de Indias que ella colocaba en la tierra, en aquellos lugares donde los setos se habían quebrado. A modo de compañía, se había comprado dos docenas de gallinas Rhode Island Red y un gallo. A veces se quedaba de pie en el granero, observando cómo sus aves picoteaban las semillas, sintiéndose feliz hasta que se dio cuenta de que no lo era.

Antes de que hubiese pasado un año, la futilidad de la vida de casada se le impuso dolorosamente: la futilidad de hacer la cama, de correr y descorrer cortinas. Se sintió más sola de lo que jamás se había sentido cuando era soltera. Y poco y nada había alrededor de Aghowle para distraerla. Cada semana iba en bicicleta hasta el pueblo, pero Parkbridge consistía solo en una estafeta de correo y un *pub* con almacén, cuyo encargado era muy curioso.

«¿Victor está bien? Es un gran hombre, un gran trabajador. No perderá el tiempo». «A usted debe de gustarle vivir allí, ¿no? Una linda casa, ¿no?». «Y entonces, ¿dónde fue que la encontró?

¿Courtown? No tuvo que ir muy lejos para encontrarla, ¿no?». Un jueves, cuando estaba por ir en bicicleta a comprar provisiones, se le apareció un extraño con un remolque. Era un hombretón apuesto, con un bigote grueso, que estacionó en el centro del patio y se dirigió a la puerta.

—Por casualidad, ¿le interesan las rosas?

Allí, en el remolque, el extraño tenía todo tipo de plantas: rosales, brotes de arces, ciruelos Victoria, frambuesos. Era finales de abril. Ella dijo que ya era tarde para plantar, pero el vendedor le dijo que lo sabía y que no le iba a cobrar caro. Ella le preguntó cuánto pedía por las rosas, y su precio parecía justo. Con el té, hablaron de vegetales, de lo mágico que era recoger las papas ya que uno nunca sabía exactamente cuántas habría. Cuando él partió, ella juntó con la pala caca de las gallinas y plantó profundamente los rosales, a ambos lados de la puerta de entrada, desde donde podría guiarlos para que trepasen alrededor de las ventanas.

Cuando Deegan volvió a la casa, le contó lo que había pasado.

—¿Te gastaste mi dinero en rosas?

—¿Tu dinero?

—¿Con qué clase de estúpida me casé?

—¿Así que soy una estúpida?

—¿Qué otra cosa?

—Supongo que fui lo bastante estúpida como para casarme contigo.

—¿Conque esas tenemos? —dijo Deegan y se agarró la punta de la barba, como si pensara que podía arrancársela—. Los tiempos difíciles se acabaron. Todo está perfecto para ti, sentada aquí todos los días. No trajiste ni un penique a este lugar. Y un hombre que trabaja precisa algo más que papas quemadas para la cena.

—No parece que eso te haya afectado para nada.

Y era verdad: Deegan había ganado peso, tenía la lozanía que los hombres tienen después de casarse.

—Si es así, no es gracias a ti —dijo Deegan y se fue a ordeñar las vacas.

Ese verano, las rosas de Martha se abrieron color escarlata, pero

mucho antes de que el viento les hiciera perder los pétalos, la mujer se dio cuenta de que había cometido un error. Lo único que tenía era un marido que, desde que se había casado con ella, apenas hablaba, una casa vacía y ningún ingreso propio. Se había casado con un hombre al que no amaba. ¿Qué había esperado? Había esperado que la relación creciera y se convirtiese en amor. Y ahora se moría de ganas de tener intimidad y el tipo de conversación que superara los malentendidos. Pensó en buscarse un trabajo, pero era demasiado tarde: estaba por llegar un hijo, listo para la cuna.

Martha dio a luz a hijos a quienes crio despreocupadamente, sin amenazarlos nunca con nada más filoso que una cuchara de madera. Cuando le entregaron al primogénito, la risa de Martha fue como un faisán surgido de entre las matas. El niño, un muchachito chillón, resultó ser alto, pero pronto se hizo evidente que no sentía cariño por las tareas agrícolas; cuando el niño se sentaba a ordeñar, en vez de salir leche, esta le subía a la vaca hasta los cuernos. Iba a ver a sus tíos, a quienes visitaba de vez en cuando en Dublin, y era difícil hacerle mover un dedo. Se escapaba apenas veía la oportunidad.

El segundo hijo resultó lelo: un chico hermoso y pálido, con un par de ojos verdes que miraban desde una cáscara de cabello castaño. No iba a la escuela, sino que vivía en un mundo propio y tenía el alarmante talento de decir la verdad.

La niña fue la que tuvo cerebro, la niña que atravesó la juventud como si la juventud fuese un cálido trecho de agua que podía cruzar con facilidad. Terminaba la tarea antes de que el bus escolar llegase al sendero, se negaba a comer carne y tenía mano con los animales. Cuando otros tenían miedo de entrar en el campo donde estaba el toro, ella podía entrar y sacarle la argolla del hocico. Y sentía afición por su hermano lelo. Siempre estaba instándolo a que hiciera las cosas que nadie más creía que era capaz de hacer. Le enseñó a hacer nudos y anzuelos, a encender fósforos y a escribir su nombre.

Rara vez los vecinos entraban en esa casa, pero cuando lo hacían, Martha les contaba historias. De hecho, lo que mejor hacía era contar historias. En esas raras noches, la veían inventar cosas de la

nada y desplegarlas delante de sus ojos. Cuando se iban, los vecinos no se acordaban de la magnífica casa antigua que siempre les había impresionado, ni del hombre con mirada preocupada que era su dueño, ni del extraño rebaño de adolescentes, sino de la mujer con el cabello castaño oscuro, que se iba soltando a medida que transcurría la noche y de sus manos pálidas que arrancaban historias inverosímiles como ciruelas verdes que maduraban con el relato en su chimenea. Al cabo de esos cuentos, a veces, los vecinos tenían demasiado miedo de salir a la noche y Deegan tenía que acompañarlos hasta el camino. Después de tales noches, siempre se llevaba a la mujer a su cama para que no solo ella supiera, sino también él mismo, que Martha no era de nadie más que de él. A veces él creía que por eso ella había contado tan bien la historia.

Pero en esa casa, como en cualquier otra, llegaban los lunes. Ya sea que el alba fuese rojo sangre o húmeda y gris ceniza, Deegan se levantaba y apoyaba los pies descalzos sobre el piso frío y se vestía. A menudo sus piernas estaban entumecidas, pero, sin quejarse, ordeñaba, tomaba el desayuno y se iba a trabajar. Trabajaba todo el día y algunos días eran largos. Si por las noches los ojos se le cerraban solos al ocuparse nuevamente de las vacas, era un consuelo manejar por la colina y ver las ventanas iluminadas, el colmillo de humo de la chimenea y saber que su trabajo no era en vano. Antes de jubilarse, el banco le devolvería la escritura y, por fin, Aghowle sería suya.

El hecho de que la hubieran levantado en una hondonada, de que sus paredes interiores no fueran más anchas que cartón no importaba. Ahora que sus padres habían muerto y que sus hermanos se habían ido, Deegan se estaba poniendo sentimental. Recordaba no que su madre se había pasado buena parte de su juventud en cama con las cortinas corridas o las noches en que su padre se quitaba el cinturón diciéndole que él no podía hacer todo lo que quisiera, sino cosas más sencillas, hechos básicos. La fila de robles del sendero de Aghowle había sido plantada por su bisabuelo. No importaba lo duro o lo alto que sus hijos se hamacaran, esas ramas nunca se romperían. Secretamente, sabía que el lugar le daba más

satisfacciones que las que alguna vez le darían su mujer y sus hijos.

Deegan ahora es un hombre maduro. Si ese es el momento en que algunos creen que buena parte de la vida ya pasó, y suponen que lo que queda es una pendiente en la que hay que vivir con las limitaciones propias de las elecciones, para Deegan es al revés. En su caso, la jubilación será la recompensa por todos los riesgos que siempre corrió. Para cuando le llegue la pensión, sus hijos se habrán criado. Se imagina en Aghowle, con un Shorthorn para la casa. Se levantará cuando le convenga, revisará las piedras y reparará los muros del huerto. Sacará la pala, plantará más robles en la tierra. Ya puede sentir la piedra seca, la sombra azul del roble. El hijo mayor se habrá casado, tendrá hijos y transmitirá el apellido. Pero entretanto, antes de que pueda jubilarse tempranamente y retirarse a esa vida fácil que ansia, hay hijos a los que hay que terminar de criar, cuentas que pagar y años de trabajos que deben ser hechos.

Un día húmedo, mientras está trabajando más allá de Coolattin, podando una hilera de abetos Douglas, Deegan se tropieza con un perro de caza. El perro se ha refugiado debajo de los árboles para pasar la noche y el guardabosques, de hecho, lo ha despertado de un sueño en el que unos ponis lo perseguían por el pantano. Intrigado al principio por la presencia de un extraño, el perro mira a su alrededor y, de pronto, recuerda el día anterior: O'Donnell intentó dispararle, pero en ese momento su enojo fue como siempre mayor que su puntería. En una palabra, un caso de mal cazador que culpa a su perro. Ahora ese extraño barbudo, que huele a resina y a leche de vaca, está allí parado, ofreciéndole pan con manteca. El perro lo come y deja que el extraño lo acaricie.

Deegan hace eso sabiendo que algún día —si no viene el dueño a reclamarlo— se va a quedar con el animal, porque el perro es magnífico. Oleadas de oro blanco descienden del lomo del animal. El hocico está frío, sus ojos son marrones y están alertas. Llegado el atardecer, Deegan no tiene que convencerlo de que suba al auto. El perro salta y apoya las patas sobre el tablero. Con el sol dándole

sobre el pelaje y el viento en las orejas, bajan por las colinas hacia Shillelagh y la carretera.

Cuando llegan a Aghowle, como siempre, Deegan está contento de ver su casa con la chimenea que envía humo a los cielos, y no es porque crea en el cielo. Deegan no es un hombre religioso. Sabe que más allá de este mundo no hay nada. Dios es un invento creado por un hombre para mantener a su mujer y a la tierra a una distancia segura de otro hombre. Pero siempre va a misa. Sabe el poder que tiene la opinión de los vecinos y no permitirá que digan que algún domingo faltó. Es otoño. Las hojas marrones de los robles giran con espasmos secos alrededor del patio. Exhausto, Deegan le da el perro al primer hijo que ve. Ocurre que es la menor y sucede que es el cumpleaños de la niña.

Y así, la niña, cuyo padre jamás le ha dicho nada cariñoso, abraza al perro y, con él, la posibilidad de que, al fin y al cabo, Deegan la quiera. Siendo una niña astuta, mitad inocencia y mitad intuición, se queda allí, de pie, con un vestido amarillo, y le agradece a Deegan por su regalo de cumpleaños. Por alguna razón, oírla decir eso casi le rompe el corazón al guardabosques. Después de todo, es humana.

—Ahí está —dice él—. ¿Te estás haciendo fuerte?

—Tengo doce —responde—. Alcanzo la parte de arriba del aparador sin usar el banquito.

—¿De veras?

—Mami dice que seré más alta que tú.

—No hay duda de ello.

Arrojándole cebada a las gallinas, Martha alcanza a oír la conversación y sabe la verdad. Victor Deegan nunca se metería la mano en el bolsillo para el cumpleaños de la pequeña. Recogió el perro en algún lado: tal vez ganó en uno de esos juegos de cartas suyos, o quizás está perdido y lo encontró por el camino. Pero como su hija, que es su favorita, está contenta, no dice nada.

Martha es todavía lo suficientemente joven como para recordar la felicidad. Vuelve a ella el día en que la niña fue concebida. Empezó como un día poco prometedor, con nubes suspendidas

sobre un difícil cielo de febrero. Se acuerda del sol matinal en el tambo, del viento trayendo la lluvia al establo, de lo extrañas y suaves que le parecieron las manos del vendedor comparadas con las de Deegan. El vendedor se había tomado su tiempo, recostado sobre la paja, y le había dicho que sus ojos eran del color de la arena mojada.

Desde entonces, se había preguntado a menudo dónde estaba el muchacho, porque, ese día, sus pensamientos estaban fijos en la posibilidad de que Deegan volviera a la casa. Cuando volvió, se sentó a la mesa y comió como siempre, preguntando si había más. Martha esperó la sangre, pero al noveno día de la fecha en que tenía que venir, se rindió e invitó a los vecinos, y les contó una historia, sabiendo cómo terminaría la noche. Esa parte no fue fácil.

Pero todo eso formaba parte del pasado. Ahora, su hija está sentada sobre la tierra otoñal, mirando adentro de la boca del perro.

—Tiene una mancha negra en la lengua, mami.

No podía dudarse de que era una niña extraña. La hija menor de Martha organiza funerales para mariposas muertas, se come las rosas y recoge renacuajos de las huellas dejadas por el ganado y los libera para que les crezcan las patas en las charcas.

—¿Es varón o nena?

Martha hace que el perro se ponga de espaldas.

—Es varón.

—Voy a llamarlo Judge.

—No te encariñes demasiado.

—¿Qué?

—Bueno, ¿qué pasa si alguien quiere que se lo devuelvan?

—¿De qué estás hablando, mami?

—No sé —dice Martha.

Arroja lo que queda de centeno al piso y entra para escurrir las papas.

Mientras los Deegan comen, Judge explora el patio. No hay duda de que el lugar está bien. Hay un tambo cuyo acero le devuelve su reflejo, un gallinero vacío con un último huevo y un granero lleno de heno. Recorre el sendero, orina sobre los troncos de los robles,

caga y patea las hojas caídas. La urgencia por rodar en la bosta de las vacas es casi irresistible, pero esta es la clase de casa donde tal vez dejen que el perro duerma adentro. Se queda un buen rato observando el humo, considerando sus circunstancias. O'Donnell debe andar por ahí, buscándolo. Judge levanta un pedazo de turba y se lo lleva adentro de la casa. Los Deegan, que están comiendo en silencio, lo observan. El perro deja caer la turba dentro de la canasta que está al lado del hogar y, antes de que puedan pronunciar palabra, sale en busca de más. No para hasta que la canasta está llena. Los Deegan se ríen.

—Ver para creer —dice Deegan.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunta Martha.

Deegan la mira y menea la cabeza.

—¿Encontrarlo? Se lo compré a uno de los ingenieros forestales.

La niña le da a Judge una porción de torta de cumpleaños y pisa manteca en las sobras de las papas para darle de comer en el umbral.

Mientras están en el patio, ordeñando, Martha sale. La noche es agradable. En el cielo, unas pocas estrellas tempranas brillan por cuenta propia. Observa al perro lamiendo el bol limpio. Está segura de que ese perro le va a romper el corazón a su hija. Su deseo de echarlo es más fuerte que cualquier emoción que haya sentido en los últimos tiempos. Mañana, cuando la niña esté en la escuela, se deshará de él. Lo llevará bosque arriba, le lanzará piedras y le dirá que vuelva a su casa. El perro se lame los labios y se queda mirando a Martha, agradecido. Le apoya la pata encima de la rodilla. Martha lo mira y le llena el bol de leche. Esa noche, antes de irse a la cama, encuentra un viejo edredón y le hace una cama al perro debajo de la mesa, de modo que nadie vaya a pisarle la cola.

Judge está echado en su nueva cama, rueda sobre su lomo y observa los cajones que hay debajo de la mesa. Es un tipo de casa diferente, pero Deegan lo venderá tan pronto como se presente la oportunidad. A la mujer la entiende: es solo la perra protectora preocupada por su cachorro. El hijo mayor es muy reservado. El olor del muchacho del medio no se parece a nada con lo que antes se haya topado. Es algo que se aproxima a la ambrosía, más cercano a

una planta que a un animal, como las raíces debajo de las cuales enterraste algo. Receloso de ese extraño lugar, Judge lucha contra el sueño tanto como puede, pero la oscuridad de la cocina y el calor del fuego no se parecen en nada a las comodidades que antes conoció, y su voluntad de permanecer despierto pronto se desvanece. Dormido, vuelve a soñar con encontrar leche en una segunda teta. Su madre fue campeona de cobradores en el *Tinahely Show*[3]. Solía lamerlo hasta dejarlo limpio, cargarlo para cruzar los arroyos, orgullosa de que él fuera suyo.

A la mañana siguiente, el lelo, quien duerme a las horas más extrañas, es el primero en levantarse. Judge se despierta, se estira y sigue al muchacho hasta el cobertizo. Traen ramas secas y el muchacho, sabiendo que Judge espera eso, se esfuerza para encender el fuego. Dispone las ramas sobre las cenizas del día anterior y sopla sobre ellas. Sopla hasta que la ceniza vuelve grises sus rostros. Cuando la niña desciende, no se ríe de su hermano; sencillamente se arrodilla y, con su voz de maestra, le muestra cómo debe hacerse. Retuerce lo que queda del diario del domingo, levanta la madera seca y enciende un fósforo. El muchacho la mira intrigado. La extraña llama azul se hace más grande, cambia y, en cierto momento, se convierte en fuego. Hay algo en ello que lo hace feliz, que lo maravilla. Él tiene la capacidad de maravillarse, ve la mayor trascendencia en cosas comunes que otros desestiman, simplemente porque suceden a diario.

Cuando Martha baja, la puerta está abierta de par en par y no hay señal del perro. La noche anterior, ella deseó que huyera de algún modo. Entra un viento frío. Ella cierra la puerta y se mete en el lavadero para llenar la tetera. Allí, en la pileta, está el perro y sus dos hijos menores, con tazas de la mejor porcelana de Deegan, le están sacando del lomo el agua con jabón. En realidad, no le importa, pero la niña la ve y Martha se siente obligada a regañarlos.

—¿Acaso les dije que podían lavar a ese perro aquí?

—No dijiste nada sobre Judge.

—Judge. ¿Así se llama?

—Así le puse ayer.

—No vuelvas a bañarlo otra vez en esa pileta. ¿Oíste?

—Es mi regalo de cumpleaños. Al menos papi me compró un perro. Tú no me compraste nada.

—¿Estás celosa? —pregunta el muchacho.

—¿Qué dijiste? —pregunta Martha.

—¿A quién le importa? —dice el chico. Es una frase que le oyó usar a un vecino y que cree que vale la pena repetir.

—A mí —dice la niña, buscando más agua.

Martha toma el té afuera, en el patio, donde las cosas siempre se ven un poco más fáciles. Mira hacia el sendero. Los robles ahora parecen estar perdiendo las hojas muy rápido. Bebe el té, saca la traba de la puerta del gallinero y la abre totalmente. Sus gallinas salen en tropel, en un revuelo de plumas rojas y polvo, corriendo hacia la comida y el aire. Martha se agacha y busca huevos en sus nidos.

Vuelve a entrar para preparar el desayuno, sintiéndose una traidora. A menudo se siente una traidora por las mañanas. Desea que su marido e hijos se vayan todo el día. Siempre, una parte de ella anhela la soledad que le permitirá a su mente calmarse y que sus recuerdos surjan.

Observa cómo los huevos, en una sartén caliente, se van poniendo blancos y consistentes. Nunca fue capaz de comerlos. Esta mañana vuelve a desear hígado de oveja o un riñón. A ella siempre le gustaron esas cosas, pero Deegan no lo acepta. ¿Qué pensarían los vecinos? Los Deegan solo comen lo mejor, y él no ve a su mujer ante el mostrador del carnicero, pidiendo hígado. Ella está ahí, con su delantal, un martes y deseando haberse casado con otro hombre, un dublinés quizás, que se fuera caminando hasta lo del carnicero y le comprara lo que ella quisiera, un hombre que pudiera no preocuparse de lo que piensan los vecinos.

Con la sartén chisporroteando, sale y grita lo más fuerte que puede. La desesperación que hay en su voz viaja a lo largo del valle de Aghowle, y el valle le devuelve sus palabras.

—Dios mío —dice Deegan, cuando regresa de ordeñar—, tendremos suerte si no viene toda la parroquia.

Los Deegan comen y, con los estómagos llenos, cada cual emprende su camino. El hijo mayor pedalea hasta la Escuela de Oficios. Acaba de cursar el primer año y luego se hará aprendiz con su tío, el yesero que vive en Harold's Cross. El lelo va al salón de las visitas, se arrodilla y se pone a trabajar en su granja. Hasta ese momento, ha construido un límite con piñas secas y marcado los campos. Ese día comenzará con la vivienda. Antes de que termine la semana, la habrá techado. Judge acompaña a la niña por el sendero hasta el bus escolar. Cuando vuelve, Martha pone la sartén sobre el piso de la cocina y lo mira mientras la lame. Sin más que pasarle el trapo, la vuelve a colgar de su gancho. Que se enfermen todos, piensa. No le importa. Algo tiene que pasar.

Lleva a Judge al bosque. El sol pega contra el avellano. Son casi las diez. Para ese entonces, Martha puede decir la hora sin siquiera mirar el reloj. El cielo azul derrama lluvia. Hay cosas que jamás entenderá. ¿Por qué el sol invernal es más claro que el de julio? ¿Por qué el padre de la niña nunca escribió? Esperó demasiado. Sacude la cabeza ante la absurda parte de sí misma que nunca se dio por vencida, y se guarece, por un rato, debajo del castaño.

Judge está contento de no poder hablar. Nunca entendió la compulsión humana por la conversación: cuando habla, la gente dice cosas inútiles que rara vez mejoran sus vidas. Sus palabras los entristecen. ¿Por qué no dejan de hablar y se abrazan? Ahora la mujer llora. Judge le lame la mano. Hay rastros de grasa y manteca en sus dedos. Debajo de ese olor, el olor de ella no es como el de su marido. Mientras el perro le lame la mano, el deseo que Martha tenía de hacer que se fuera se evapora. Ese deseo era del día anterior, se ha convertido en otra cosa más que nunca será capaz de hacer.

De vuelta en la casa, se pasa espuma por los antebrazos y se los afeita, se corta las uñas de los pies, se cepilla el cabello y se lo ata en un nudo húmedo en la nuca, como cuando va a algún lado. Acto seguido, está en su bicicleta, pedaleando debajo de la lluvia, camino a Carnew. En Darcy's se compra una blusa azul intenso de confección, cuyos botones parecen perlas. No sabe por qué la compró. Será un desperdicio en Aghowle. La usará para la misa del

domingo y la mujer de otro granjero se le acercará en el mostrador del carnicero y le preguntará dónde la compró.

Cuando regresa, vuelve a ponerse la ropa vieja y sale a ver a las gallinas. A Jimmy Davis le robaron tres corderos, y últimamente ella tiene miedo.

—¡Cocococó! ¡Cocococó! —grita Martha, golpeando el balde.

A su llamada, las gallinas acuden, desconfiadas como siempre, cruzando la cerca. La mujer las cuenta, las llama por sus nombres y se siente aliviada. Luego, está arrodillada, arrancando hierbajos de los canteros de flores. Para entonces, todas las flores se han marchitado, aunque no hay escarcha por las mañanas. La sombra de la escoba se inclina sobre el segundo cantero. Son casi las tres. Pronto, los chicos habrán vuelto a casa, hambrientos, preguntando qué hay de comer.

Mientras reaviva el fuego, llega Judge y le pone una pata en la pierna. Menea la cola. Le apoya la pata varias veces antes de que Martha advierta que trae algo en la boca. La mujer se acuclilla y abre la mano. El perro deja caer algo sobre su palma. La mano sabe lo que es, pero ella tiene que mirar dos veces. Es un huevo cuya cáscara no está rajada.

Martha se ríe.

—¿De verdad eres un perro?

Martha le sirve leche de la olla y le dice que la niña pronto volverá a casa. Van por el sendero a buscarla. Ella desciende del bus escolar y les cuenta que resolvió un problema de palabras en matemática, que hace mucho Cristina Colón descubrió que la tierra era redonda. Dice que permitirá que el primer ministro se case con ella y luego cambia de opinión. No se casará, pero se hará capitana de un barco. Se ve a sí misma, de pie, sobre el puente, con una tormenta que hace que su limonada se salga de la taza.

De vuelta en casa, el hijo lelo sigue adelante lo más bien. En el salón, plantó robles con hojas de papel madera para proteger su vivienda. Al muchacho le gusta estar solo y no le preocupa el hecho de que la gente se olvide de que está ahí.

El hijo mayor vuelve de la Escuela de Oficios apestando a

cigarrillo. Martha le dice que se lave los dientes y sirve la cena. Luego, sube. Tiene cosas en qué pensar. Lo que piensa no es nuevo. Saca su vestido de novia del ropero, abre la costura y mira el dinero. No tiene que contarlo. Sabe cuánto hay allí. Hasta ese momento, quinientas siete libras que ha ahorrado, mayormente de los gastos de la casa, al no haberlos destinado a comida. Ya no es cuestión de tal vez o por qué. Ya ha decidido exactamente cuándo partirá.

Deegan llega a la casa más tarde que de costumbre.

—Habría que vigilar al tipo nuevo. Si uno no lo vigilara, ya se habría ido para las tres.

Deegan come todo lo que le pongan delante, se levanta y enfila para el tambo. Las vacas ya están en el portón, mugiendo.

Esa noche él se va temprano a la cama. Le duelen las piernas de caminar por los empinados plantíos y tiene los pies fríos, pero antes de que pueda darse vuelta, ya está dormido. Entonces sueña que está debajo de los robles. En el sueño no es otoño, sino un hermoso día estival. Una ráfaga de viento sopla desde el valle. Es tan fuerte y repentina que, venga de donde venga, asusta a Deegan y los robles se estremecen. Las hojas empiezan a caer. Todo parece equivocado, pero, cuando Deegan mira hacia abajo, alrededor de sus pies hay billetes de veinte libras. Hacia el final del sueño, es como un niño que trata, sin demasiado éxito, de atrapar esos billetes. Al final tiene que traer una carretilla. La llena hasta el borde y la empuja todo el camino hasta Carnew. Mientras recorre los caminos, los vecinos salen y se quedan mirando. La envidia que hay en sus ojos es inconfundible. Algunos billetes caen revoloteando de la carretilla, pero no le importa: tiene más que suficiente.

Cuando se despierta, se levanta, va hasta la ventana y mira los robles. Allí están, como siempre, en la oscuridad. Deegan se rasca la barba y repasa su sueño. Soñar se ha transformado en la cosa más parecida a tener alguien con quien hablar. Mira a Martha. Su mujer se duerme enseguida, los pálidos pechos apretados contra el algodón fino de su camisón. Le gustaría despertarla y contarle su sueño. A veces le gustaría sacarla de ese lugar y contarle lo que tiene en mente y volver a empezar.

Ese invierno templado, llega la Navidad. La escarcha es frágil, los pájaros están confundidos. Para ese entonces, el pelaje de Judge está inmaculado y su sombra, nunca demasiado lejos de la niña. El humor de Deegan mejora porque ha trabajado más horas y atrapado ladrones robándose árboles de Navidad. El Departamento Forestal le ha dado una bonificación, que él gasta en nuevas tablas para el techo de la casa. A lo largo de las vacaciones, mide y serrucha, martilla y pinta. Cuando ha terminado con la última capa de barniz, lleva a Martha a la ferretería y le dice que elija un empapelado para la cocina. Ella lleva unos rollos que representan madreselvas, cuyo diseño es poco económico y difícil de combinar.

Esa Navidad, los vecinos van a la casa y observan cómo, cada vez que van de visita, la casa ha mejorado.

—Oh, una casa vieja es difícil de mantener —protesta Deegan —. Uno puede pasarse toda la vida haciéndolo, sin notar la diferencia —agrega, pero se ve que está contento, y la cerveza corre.

—Es fácil, sabiendo que hay una buena mujer detrás de uno —dicen—. Donde hay una mujer hay un hogar.

—Eso es muy cierto.

Martha no dice nada. Sonríe y bebe dos grandes *whiskies* calientes, pero, a pesar de que tratan de convencerla, se niega a contar una historia.

Para Navidad, la niña recibe un disco de Abba, que pone dos veces seguidas y se aprende de memoria. «Waterloo» es su canción favorita. Santa Claus baja por la chimenea y deja una bicicleta de segunda mano para el hijo del medio. Él esperaba maquinaria para su granja: una rastra para cargar el trigo temprano o una cosechadora, para su remolacha azucarera casi lista para la fábrica. A veces desea que llueva. Sus hojas, que hizo con gomas de bicicleta, parecen secas y no están creciendo.

El mayor va a Dublin para las vacaciones. Deegan le da un poco de dinero, de modo que no tenga que pedirle nada a sus tíos. No importa que la mente del muchacho esté en la ciudad. Deegan le legó el lugar y sabe que algún día Aghowle lo traerá de vuelta. A su mujer le obsequia un costurero, y con dinero de los huevos, Martha

le compra a su marido un par de pantuflas escocesas de Clark's.

La noche de Saint Stephen, un zorro llega al patio. Judge puede olerlo, detecta su orín en el barril, por debajo de la puerta antes de que el animal llegue al gallinero. Judge se levanta, pero la puerta tiene puesta la traba. Sube y tira del edredón de la niña hasta sacarlo de la cama. La niña se levanta, lo mira y despierta a su madre. Martha oye la conmoción en el gallinero y sacude a Deegan, quien baja en pijama y carga el arma. Crece la excitación del perro. No sabía que Deegan poseía un arma. Ambos corren al patio. Hay una luna blanca, que desgarra las nubes con su luz. El gusto en la lengua de Judge es picante como mostaza, pero llegan demasiado tarde: la puerta del gallinero está entreabierta y el zorro se escapó. Mató dos gallinas y se llevó una tercera. Los pollitos parecen enloquecidos. En el caos, siguen buscando, pero cada ala que encuentran no es la de su madre. Judge se queda mirando a Deegan, pero lo único que este hace es disparar algunos tiros al aire, como si fueran a hacerle alguna diferencia al zorro.

A la mañana siguiente, el guardabosques sale a desplumar las gallinas. Levanta la vista hacia el clavo donde las colgó, pero allí no hay nada, apenas lo que queda del cordel de embalar del que las colgó. Martha ya está enterrándolas en el jardín. Tiene los ojos rojos.

—Qué desperdicio —dice Deegan y sacude la cabeza.

—Qué mal que estaríamos, si tuviéramos que comernos a Sally y a Fern. Desentiérralas. Cómetelas. Haré la salsa.

—Nunca, en tu vida de casada, hiciste salsa.

—¿Sabes qué, Victor Deegan? Tú tampoco.

Las noches entre Navidad y Año Nuevo son largas. El lelo, con trocitos de las tablas para el techo, construye establos para su granja, en la que va avanzando. La niña escribe sus objetivos y con esa capacidad de asombro de su hermano lee el capítulo titulado «Reproducción» en el nuevo libro de biología del mayor. Aghowle apesta a barniz y no queda demasiado dinero. Deegan está intranquilo. Sigue teniendo el mismo sueño: cada noche se mete la mano en el bolsillo y ahí, la billetera, repleta con todo el dinero que

se ganó en la vida, está cortada en dos. Todos los billetes están cortados por la mitad y no puede convencer ni al comerciante ni al empleado del banco de que son auténticos. Hacia el final, todos los vecinos están ahí, riéndose, diciendo que ahora ya no habrá mejoras.

También sueña otro sueño extraño; con que vuelve a casa atravesando el anochecer azul y se siente angustiado porque no ve nada de humo, entra y la casa está vacía. Hay una nota que lo pone triste por un rato, pero la tristeza no dura y, finalmente, vuelve a ser un jovencito, de rodillas, encendiendo el fuego. Después de este sueño se despierta y, en una tentativa de lograr intimidad, se lo cuenta a su esposa.

Martha, todavía medio dormida, le dice «¿Por qué te dejaría?», y se da vuelta.

Deegan se endereza. Qué cosa extraña para decir. Jamás pensó que ella lo dejaría, jamás tal cosa se le cruzó por la mente. Esa noche la casa misma parece extraña. Las rosas de Martha, con el paso de los años, se fueron trepando a las paredes y, con el viento, raspan las ventanas. En la escalera, tiembla como agua una sombra verde. Crispado, Deegan baja a tomar un trago. Algún día todo se habrá terminado. Le devolverán la escritura, comprará una caja fuerte y la enterrará debajo de los robles. Sin tener que preocuparse por Aghowle, su futuro será como una mano abierta. Martha, la madre de sus hijos, será feliz, porque habrá noches en casas de huéspedes y ropas flamantes. Viajarán por el oeste de Irlanda. Ella comerá hígado con cebolla para el desayuno. Caminarán nuevamente por una playa cálida y Deegan no se preocupará por la arena debajo de sus pies.

Bebe el trago en el salón. El perro está echado sobre la alfombrilla del hogar, absorbiendo lo que queda de calor. Deegan nunca encontró a nadie que se lo comprara. El perro lleva un abrigo de terciopelo rojo que Martha, para complacer a la niña, ha cosido durante las vacaciones. Su mujer le ha puesto una cremallera en el vientre y le ha recortado las mangas. Deegan menea la cabeza. En todo el tiempo que llevan juntos, ni siquiera le ha cosido un parche en los pantalones.

Abre el libro de contabilidad y le echa un vistazo a las cuentas. El precio de los manuales escolares está fuera de proporción. El termostato del refrigerador deberá ser reemplazado. Hay un seguro de la casa que renovar, pero puede dejar eso por un tiempo más porque tiene que pagar los impuestos del auto. Saca el total de sus ingresos y de sus egresos, se sienta y aspira. La primavera será mala, pero él tendrá cuidado y la pasará como siempre lo hace. Algo que los vecinos no pueden decir es que Victor Deegan es un mal sostén. No hay el menor indicio de haraganería en la cabeza de ese hombre. Cincuenta y nueve pagos más. Hace la cuenta mentalmente. Cinco veces doce da sesenta. Le tomará casi cinco años, pero ¿acaso los años no pasan de todas maneras? Deegan vuelve a mirar los números, suspira.

El muchacho, quien durante todo ese tiempo ha estado acostado adentro de su granero, mira.

—¿Es el dinero, papi?

—¿Qué?

—Mami dice que solo piensas en eso.

—¿Acaso lo sabe?

—Sí. Y dice que puedes coserte tu *propio* culo a los pantalones. ¿Por qué te coserías el culo a los pantalones?

—Cuidado con lo que dices —dice Deegan, pero de todos modos se ríe. El muchachito, como muchas otras cosas de la vida, ha sido una decepción. Se levanta y abre las cortinas. El cielo se ve claro; la luna, cambiante. Ese año el acebo fue rojo con bayas. El guardabosques pronostica un mal año y vuelve a cerrar las cortinas. Sobre el aparador están los cuadernos de la niña, con el nombre escrito prolijamente en las portadas. Victoria Deegan. El nombre de la niña le produce orgullo; se parece tanto al suyo. Por la espalda le sube un escalofrío. Trata de no pensar en nada, pero en lugar de ello piensa en Martha, diciéndole «No te abandonaré».

Con cuentas, uniformes escolares y el tácito deseo de irse de su mujer, comienza otro año. El deseo de abandonarlo que siente Martha disminuye cuando la gripe le nubla la mente y vuelve casi inmediatamente cuando ella se siente bien otra vez. Judge sigue a la

niña a todas partes.

Una noche prepara un baño sin haber trancado la puerta. El perro mira por encima del borde de la bañera y olfatea el agua. Huele raro, pero está caliente, y antes de que la niña advierta lo que está haciendo, está al lado de ella.

En enero, los negocios de Dublin promocionan sus ventas. Martha toma el bus hasta O'Connell Street, pero no pasa cerca de los negocios. Deja atrás las tiendas Clery's, sigue, cruza el Liffey y termina en un cine de D'Olier Street, comiendo dulces y llorando, mientras en la pantalla pasan una tragedia relacionada con una muchacha irlandesa que partió a los Estados Unidos. Martha vuelve con su hijo mayor y barritas de regaliz, desilusionada con su idea de irse. ¿Adónde se iría? ¿Cómo ganaría dinero? Recuerda la frase «más vale malo conocido» y se pone de mal humor. Deegan lo atribuye al hecho de que ella esté atravesando ese cambio que hay en la vida de las mujeres, y no dice nada. Ha empezado a estar muy preocupado por su esposa y, para sentir algún tipo de ternura, a menudo sienta a su hija en sus rodillas.

—Pichona —le dice—. Mi pichona.

Un viernes a la noche, cuando se siente deprimido, apretado de dinero, Deegan va hasta la casa de los vecinos a jugar a las cartas. Piensa que ver a los vecinos y jugar a las cartas puede levantarle el ánimo, pero cuando está ahí no puede concentrarse. Después de cinco partidas, ha perdido lo que normalmente duplica en una noche, y entonces se levanta para irse. Los vecinos hacen todo lo posible para que se quede, pero Deegan insiste en irse, y les desea buenas noches.

Cuando está llegando a su auto, un extraño que sostiene sus cartas cerca del pecho se le acerca.

—Entiendo que tiene un perro para vender.

—¿Un perro? —dice Deegan.

—Sí —dice el hombre—. Un perro de caza. ¿Todavía lo conserva?

—Bueno, sí —dice Deegan, poniéndose inmediatamente a la defensiva, pero se recobra rápido—. Lo compré el septiembre

pasado, pero tengo poco tiempo para cazar y es una lástima verlo desaprovechado.

Deegan continúa describiendo al animal. Empieza a hablar con soltura sobre faisanes y sobre cómo su perro puede hacer que levanten vuelo, cómo la sopa hecha con faisán tiene un sabor más fino que cualquier otra que uno pueda encontrar en un hotel. Habla de la canasta de turba y de cómo nunca está vacía desde que el perro llegó a la casa. Apenas menciona la turba, el hombre se sonríe, pero Deegan no lo nota, porque recuerda a la niña el día de su cumpleaños y que ahora ella y el perro se bañan en la misma agua. Pero es demasiado tarde para volverse atrás.

—¿Cuánto estaría pidiendo?

—Cincuenta libras —dice Deegan. Es un precio extravagante (sería una suerte tener la mitad de eso), pero el hombre no se mosquea.

—Si es lo que usted dice, podría estar interesado. ¿Cuándo puedo verlo?

Deegan duda.

—Déjeme pensar…

—¿Le viene bien ahora mismo?

—¿Ahora? Bueno, supongo que sí.

—Bien. Entonces lo sigo.

Esa noche, Judge reconoce a O'Donnell antes de que este atraviese la puerta. Siempre avanza primero con el pie malo y el pie siempre duda antes de cruzar la puerta. Si la mente de Judge alberga la menor duda, esta se desvanece cuando percibe el olor del cazador. Es una mezcla de forraje fermentado y algún tipo de fijador que usa para mantener el cabello en su lugar. Deegan entra primero. Judge salta y rasga su abrigo de terciopelo con la punta del sillón.

—Bueno, aquí estás con tus mejores galas —dice O'Donnell y se empieza a reír.

Deegan, sintiéndose ligeramente incómodo, también se ríe.

—Es solo algo que la niña le puso.

Judge hace lo que puede para escapar, pero cada puerta de salida de la cocina está cerrada y es solo una cuestión de tiempo antes de

que los dos hombres lo atrapen y lo pongan, gimoteando, en el baúl del auto de O'Donnell.

—Ya está —dice Deegan. Es todo lo que puede hacer para no darle la mano—. No lamentará haberlo comprado.

—¿Comprado? —dice O'Donnell— ¿Alguna vez escuchó que un hombre comprara a su propio perro?

Cuando Deegan observa las luces traseras surcando el sendero, trata de no pensar en la niña con su vestido amarillo, agradeciéndole. Trata de no pensar en ella, sentada sobre sus rodillas. Se dice que no importa, que no hay nada que él hubiera podido hacer. Cuando se da vuelta para entrar, algo se mueve arriba. Mira. Martha está en camisón, observando desde la ventana de su dormitorio. Ella levanta la mano y Deegan, sintiéndose sorprendido, levanta la suya. Tal vez una parte de ella está contenta de que el perro se haya ido. Mientras él está parado ahí observando, la mano de su mujer se cierra en un puño y el puño tiembla. Entonces todo sale a la luz.

Inútil decir que, a la mañana siguiente, la niña se pregunta por qué Judge no la despierta.

—¿Dónde está Judge? —pregunta cuando baja. Mira a sus padres. Deegan está sentado en la cabecera, tratando de untar con manteca dura una rebanada de pan blanco. La madre de la niña sostiene una taza de té negro contra los labios, mirando fijo a su marido a través del vapor.

—Pregúntale a tu padre —dice Martha.

—Papi, ¿dónde está? —dice la niña. Tiene la voz quebrada.

Deegan tose.

—Vino a buscarlo un hombre.

—¿Qué hombre?

—Su dueño. Vino a buscarlo su dueño.

—¿Qué quieres decir con su dueño? Yo soy su dueña. Tú me lo regalaste.

—En verdad —dice Deegan—, no. Lo encontré en el bosque y lo traje a casa. Eso fue todo.

—¡Pero Judge es mío! Tú me lo diste.

La niña sale corriendo y lo llama. Busca en el campo y en todos sus escondites. «El tocador» donde él entierra sus huesos, el túnel en el granero, la arboleda más allá de los avellanos donde duermen los faisanes. Busca hasta que asume el hecho de que el perro se fue y cambia su disposición mental. Su padre nunca la quiso, después de todo. Decide que se escapará, pero descubre que ni siquiera es capaz de ir a la escuela. Come poco más que un gorrión. Para cuando ha pasado una semana, dejó de hablar. Cada atardecer sale en su bicicleta llamándolo.

—¡Judge! ¡Judge! —se oye por toda la parroquia— ¡Judge!

Deegan sabe que la niña se ha vuelto un tanto loca, pero la niña lo superará. Solo es cuestión de tiempo. En Aghowle, todo lo demás sigue más o menos igual: las vacas bajan al portón para ser ordeñadas, la leche es puesta en latas de la fábrica de productos lácteos y recogida. Las gallinas de Martha picotean las semillas, entran para dormir y ponen sus huevos. Se baja la sartén a la mañana temprano, se la vuelve a poner en su gancho y se la vuelve a bajar. Y los muchachos se pelean como siempre por lo que es y lo que no es de ellos.

A veces, sentado en el bosque, con su termo y sándwiches, Deegan lamenta lo que pasó con el perro, pero la mayor parte del tiempo no se le cruza por la cabeza. Las consecuencias, no su origen, son las que más le duelen porque su esposa ya no le habla, ya no quiere dormir con él.

A veces Martha se ve a sí misma, esa mañana en el bosque en que le arrojó piedras a Judge. El perro lleva la cola entre las patas y se escapa. Se vuelve a mirar y ella siente lástima, pero sabe que está haciendo lo que debe. La mayor parte de su vida giró alrededor de cosas que nunca sucedieron. Prepara tostadas con queso derretido, pero la niña no las come. Martha se sienta en la cama de la niña y trata de convencerla de que debería tener otro perro, un cachorrito que fuera de su propiedad, un perro al que pueda amar.

—Podemos fijarnos en el diario. Hay una camada a la venta fuera de Shillelagh. Jim Mullins los tiene. Lo querrías…

—¿Qué sabes tú de querer?

Es un golpe doloroso.

—Yo sé lo que es querer —insiste Martha.

—Ni siquiera quieres a papi. Lo único que les preocupa a ustedes es el dinero.

Un atardecer, cuando Deegan va cruzando la colina, se eleva más humo que el habitual. Deegan lo ve. De algún modo casi lo ha sospechado. En el patio hay once autos estacionados. Reconoce cada uno de ellos. Nunca han venido tantos vecinos tan temprano. Está Davis, y Redmond. Y *Mrs* Duffy, el «Evening Herald». El cinco puertas granate pertenece al cura.

Cuando Deegan atraviesa el umbral, un enorme fuego lanza oleadas de calor por el piso de la cocina. Deegan, sintiendo que su ropa vieja es inadecuada, les desea las buenas noches a todos y se saca el sombrero.

—¡Ah, el hombre en persona!

—¡Nada como el hombre trabajador!

—Victor, ¿tienes suficiente espacio para que te sirva la cena?

—Los estamos importunando.

—Para nada, ¿acaso no los invité? —dice Martha.

Pone un plato caliente delante de su marido. Hay una carne bien preparada, papas, cebollas y hongos asados. Un bol de manzanas asadas rebosa de crema. Deegan se sienta a la mesa, bendice la comida, levanta el cuchillo y el tenedor. No sabe comer y ser hospitalario al mismo tiempo. No hay señal de los niños. Su mujer está sirviendo la cerveza negra y el Powers, sonriéndoles a los vecinos.

—¡Beban! —dice—. Hay mucho. ¿No les parece horrible lo de ese jovencito Morrisey?

Su voz es extraña. Su voz no es la de siempre.

Los vecinos están allí sentados charlando, hablando sobre el presupuesto, las golondrinas y la huelga de combustible. Están entrando en calor, preparándose para una noche entretenida. En la conversación, empieza a filtrarse cierto chismorreo. Lo comienza

Redmond, dice que fue hasta lo de las hermanas Whelan para que, después de haber roto la manija de la suya, le prestaran una podadora y las pescó comiendo de un mismo plato. «¡Moja el pan de tu lado, Betty!», dice, imitándolas. Hay un poco de risas y, en la risa, un poco de amenaza.

El tendero les cuenta que llegó Dan Farrell y se comió cinco bombones helados, ahí no más.

—¡Cinco bombones helados! ¡Qué corredera se habrá pescado! Y entonces, cuando se enchastraba con el último, ¡me dice que se los anote en la cuenta!

Martha sonríe. Parece sinceramente divertida. Busca un paño, saca tartas y unas tortas decoradas. La masa está dorada, los panecillos se han inflado.

—Miren esto —dice *Mrs* Duffy—. Ganarían un premio en la televisión. Me hicieron creer que no los había horneado.

Martha los apila en las mejores bandejas de Deegan y los reparte. Deegan se da cuenta de que está actuando. Está actuando bien. ¿Acaso no creería todo el mundo que todos los días son así? Las vacas están berreando en el portón para que las dejen entrar, pero Deegan no puede moverse. Todo en su cuerpo le dice que se levante, pero su curiosidad es más grande que su sentido común. Cruza las piernas y accidentalmente patea al muchachito que está sentado, atento, en la vieja cama de Judge.

—Perdón —le dice.

Al oír su voz, los vecinos se dan vuelta, recordando que está ahí.

Davis dice que caminó hasta Shillelagh, pero, para cuando llegó, uno de sus pies le dolía terriblemente. Se sacó la bota y ahí, en su interior, había una cuchara.

—No una cucharita, ¡sino una cuchara!

—¡No es cierto! —dice Sheila Roche. Es lo que siempre dice después de oír algo en lo que no cree.

Tom Kelly dice que va a cerrar el tambo, que ordeñar ya no da dinero.

—Los granjeros tienen los días contados —dice y menea la cabeza—. ¿Acaso la leche no sigue costando lo que costaba hace

diez años?

El tema los mantiene entretenidos por un rato, pero algo más tarde los asuntos de la granja pierden importancia y dejan de hablar. Hay algunos conatos de conversación que se desvanecen porque nada resulta interesante y terminan en silencio. Los vecinos se sirven más bebidas y empiezan a mirar a Martha. Se ponen silenciosos. Alguno tose. Davis cruza las piernas. Dado que el cura está allí, se le deja el pedido a él:

—He oído que usted cuenta muy bien historias, *Mrs* Deegan —dice—. Nunca he tenido el gusto.

—Ah, padre, no es así —dice Martha.

—Sí. ¡Invéntanos una historia, Martha!

—Dios santo, nadie puede contarlas como ella.

—Lo que necesita es que la convenzan.

—Ah, no —dice Martha y traga lo que quedaba en su vaso. Esa noche necesita un trago. Su madre siempre decía que los del lado de su padre tenían sangre de trashumantes y que esa sangre de gitanos los llevaría al camino. Más de una vez la habían confundido con una gitana. Martha se prepara, sabiendo la historia que contará. Es solo cuestión de decidir dónde, exactamente, debería comenzar.

—Ah, ya las han oído todas antes.

—¡Si no nos cuentas una historia, nos iremos todos a casa! —grita Breslin.

—Esa no es manera de persuadir a la mujer —dice el cura.

Martha se concentra en el cuarto. Sabe cómo hacer para dar miedo. Se mira los pies y se concentra. Antes de que pueda comenzar, debe encontrar el aroma; cada historia tiene su propio y particular aroma. Se decide por las rosas.

—Bueno, tal vez pueda contarles esta.

La mujer de Deegan se echa el cabello para atrás y se humedece los labios.

—Ahora sí que estamos listos —dice Davis y se frota las manos.

Ella vuelve a esperar hasta que el cuarto queda en silencio. No tiene idea de lo que dirá, pero la historia está ahí, lo único que tiene que hacer es desenterrarla y encontrar las palabras.

—Había una vez una mujer que tenía un trabajo con cama en una casa de huéspedes al lado del mar —dice Martha—. No era de ahí. Era una mujer de Bray que, buscando trabajo, había bajado al sur. La casa en la que trabajaba era un *bungalow* nuevo y luminoso, parecido a esos que se ven por Courtown. Nada lujoso, pero un lugar limpio y ordenado. Mona era una mujer grandota, de piel suave. Era alta y pálida, llena de pecas. La gente a veces la confundía con una gitana, pero, a pesar de lo que pensaran, no tenía ni una gota de sangre de ese origen. Era la hija única de un cartero y bailar era una de las cosas que podía hacer bien. Esa mujer podía contonearse en el reducido espacio de una moneda de tres peniques.

—Un tipo de mujer encantador —dice Breslin en voz baja, recordando algo propio.

—En todo caso, esa noche salió a bailar. Era verano, había una gran multitud en el salón de baile. No estaba realmente buscando un hombre, pero esa noche el mismo granjero se la pasó invitándola a bailar. Era un tipo enjuto, con una gran barba roja, pero bailaba bien. La llevaba por la pista del mismo modo en que la lengua del gato se mueve en un platillo de crema. Hablaban, pero el granjero no podía hacer otra cosa que hablar de su granja. De los acres, de los árboles a lo largo del sendero, de lo magnífica que era la casa. Hablaba del nuevo tambo y del huerto y de los techos grandes y altos. A falta de un mejor nombre, voy a llamarlo Nowlan.

»Este Nowlan le preguntó a la mujer si podría volver a verla y ella le dijo que no, pero Nowlan no era el tipo de hombre que acepta que le digan no. Siendo hijo mayor, estaba acostumbrado a hacer las cosas según su deseo. Siguió a la mujer de aquí para allá. Cuando ella quería cenar, ahí estaba él, mirándola por la ventana. Acosó a la mujer y la mujer se rindió. Si es que saben a qué me refiero, al final era más fácil ser su novia que no serlo. Pero a su manera él era bueno: le pagaba tazas de té y escones, nunca dejaba que ella hiciera el menor gasto. Y siempre bailaban.

»Bailaban foxtrots y cuadrillas y valses, como si se hubiesen criado sobre la misma pista, pero en su corazón Mona no estaba prendada de él. Él olía raro, como a peras próximas a pudrirse. Su

transpiración era profusa y dulzona. En realidad, ya no era ningún jovencito. Todo estaba bien cuando bailaban, pero tan pronto como la banda se interrumpía y él apoyaba los labios sobre los de ella, la mujer sabía que la pareja no combinaba. Pero como toda mujer ella quería algo propio. Pensó en vivir en el lugar que Nowlan le había descrito. Podía verse a sí misma afuera, debajo de los árboles, sentada a la sombra en un banco, leyendo el diario, un domingo después de misa. También podía ver un hijo jugando en el fondo, golpeando dos tapas de cacerola como lo hacen los niños.

»Una noche, Nowlan le pidió que se casara con él. "¿Considerarías casarte conmigo?" Le dijo eso con la luz a sus espaldas, de modo que ella no pudo verlo debidamente. Estaban cerca del mar. Mona podía oír las olas golpeando contra la playa y a los niños gritando. Era el final del verano. La mujer no quería realmente casarse con él, pero ya no era tan joven y sabía que, si se negaba, tal vez esa proposición fuera la última.

—Ahora estamos yendo al grano —dijo Redmond.

—Bueno, para abreviar…

—Pero ¿qué apuro hay? —dijo el cura—. Si es una historia larga, no hay que abreviar.

—¿No es eso exactamente lo opuesto de lo que decimos de sus sermones? —dice Davis, achispado. Se había apoderado de la botella de *whiskey*, y se servía las medidas más grandes mientras todavía había.

El cura alzó un hombro y lo dejó caer.

—Mis historias no tienen ni punto de comparación con sus sermones, padre —dice Martha y mira a Deegan. Los brazos de su esposo están congelados sobre su pecho. Ella ve al muchachito debajo de la mesa, pero ya es demasiado tarde para echarse atrás. Recuerda a la niña y el informe que recibió de la escuela, y prosigue.

—Bien, esa mujer, Mona, aceptó la proposición. Se casó con ese hombre y se fue a vivir a la granja. Por todo lo que él le había dicho, pensaba que el lugar sería una mansión, de modo que, cuando cruzó la puerta, el impacto que recibió fue terrible. Lo único que se podría decir sobre esa vieja casa es que no era húmeda. Nowlan tenía

hacienda, bien, y un tambo, pero el mobiliario estaba lleno de carcoma y había cuervos anidando en las chimeneas. Hizo todo lo posible por limpiar el lugar, pero cuando halló dos pares de dentaduras postizas mezcladas con las cucharas, se rindió. En su noche de bodas, sintió que los resortes de la cama atravesaban el colchón como pecados mortales. Y eso era lo único que podía hacer a veces para no llorar.

»Nowlan se la pasaba todo el día y la mitad de las noches en los campos. Ya ven, tan pronto como la conquistó, le prestaba poca o ninguna atención. La mayor parte del tiempo no estaba. Mona no siempre sabía cuándo se iba. No es que ella pensara que había salido con otras mujeres. Lo había visto mirar a otras mujeres durante la misa, pera sabía que, salvo a ella, nunca había tocado a ninguna. Si hubiera tocado a otra mujer, los vecinos se habrían enterado. Todo el mundo lo sabría y Nowlan, por encima de todo, les temía a los vecinos.

»Cada noche llegaba quejándose de que tenía hambre y esperaba la cena. A Mona no le preocupaban demasiado la comida o sus detalles, pero siempre tenía un puñado de papas con carne o un guiso. Pasaron unos pocos años y todavía no había el menor signo de hijos. Los vecinos empezaban a preguntar. Empezaron a hablar. Hubo una serie de comentarios; algunos de ellos, observaciones obscenas. Un hombre, un comerciante, le preguntó a Mona dónde se habían conocido, y cuando ella le respondió, él le dijo: "¿No es haber ido demasiado lejos por un hombre mal equipado?". Algunos empezaron a sentir lástima por Nowlan. Y Nowlan, enterado de lo que la gente andaba diciendo, empezó a sentir lástima de sí mismo porque —y discúlpeme, padre— pensaba, como muchos hombres que no han tenido hijos, que su semilla caía en tierra mala. Naturalmente, culpaba de eso a su mujer, sin importar cuántas veces habían…

—Me parece que no debe de haber nada peor que estar casado y no ser capaz de tener un hijo —dice *Mrs* Duffy—. Desde que nació el mío, a menudo he pensado que es una bendición.

—Y lo es —dice Sheila—. ¿Acaso no tienes al chiquillo más

lindo que haya cruzado las puertas de la capilla?

—Ah, pero no es eso lo que decía.

—Igual es la verdad.

—¿Quieren callarse? —dice Davis—. ¿Por qué no se callan todas y dejan que la mujer cuente? He estado esperando que cuente esto.

—Bueno, estaba haciendo una contribución.

—De eso se trata —dice Martha.

Martha vuelve a mirar a Deegan. Sus ojos le están pidiendo que se detenga. Ella baja la cabeza y espera que se haga silencio para volver a levantarla y continuar. Ahora está determinada. Pensó que contaría la historia disfrazándola y que haría que el disfraz fuera lo más efectivo posible. Ahora ya no está tan segura.

—¿Por dónde iba?

—No la culparía por no saber por dónde iba —dice el cura.

—Oh, sí —dice Martha, que sabe exactamente dónde está—. Se habían casado. Habían estado casados por seis años sin que hubiera señal de hijos y entonces, un buen día, cuando Mona estaba sola, ¿quién llega a la puerta de adelante con rosales? Un extraño. Mona nunca lo había visto y no pensó que él se viera como ningún otro de esa parroquia. Ese día, Nowlan había salido a comprar semillas en la cooperativa y cada vez que iba a la cooperativa nunca volvía rápido. Para entonces, Mona estaba un poco delgada. Ahí, en la puerta de adelante, estaba ese vendedor…

—Oh, ¿qué era lo que vendía? —pregunta Davis en un susurro.

—¿Quieres callarte, Davis?

Martha hace una pausa y deja crecer su enojo. Todos lo sienten. *Mrs* Duffy la mira con simpatía, pero a Martha la simpatía ya no le interesa.

—¡Rosas! —dice casi gritando—. Él vendía rosas. «¿Estaría interesada en rosas?», le preguntó. Era un tipo de buena apariencia, alto y bien afeitado. No tenía la barba sucia que tenía Nowlan y Mona tuvo la posibilidad de echarle una buena mirada a la barbilla de él. Quería extender la mano y tocarle la barbilla, pero él era muchos años menor que ella.

—¡Una criatura!

—¡Podría ser su madre!

—En la parte de atrás de su camioneta, el extraño tenía todo tipo de rosales y árboles frutales, todo lo que existe. Ella le compró todos los rosales y lo llevó adentro para ofrecerle té. Mientras ella calentaba el jarro, él le preguntó si era casada.

»—Sí, pero mi marido salió a comprar semillas.

»—¿Qué? ¿No tiene sus propias semillas? —preguntó el vendedor. Él estaba hablando de papas, pero entonces la mujer se lo quedó mirando.

»—No —respondió ella con franqueza—. No tiene ninguna semilla propia.

»Lo dijo de tal modo que puso nervioso al vendedor. Él se levantó y fue hasta la ventana. Le dijo que la hortensia de la mujer era la más azul que había visto en su vida. Salió y tocó la flor. Fue el sol brillando sobre el hombre que tocaba la hortensia lo que atrajo a la mujer. Cuando se le acercó, la mano de ella tocó la garganta de él y entonces, con el pulgar, él le acarició los labios. Comparada con la de Nowlan, sus manos eran suaves.

»—Tus ojos son del color de la arena mojada —le dijo él.

Debajo de la mesa, el muchachito se concentra en las palabras de su madre. Esta es un tipo de historia distinta. Esa historia es lo que realmente sucedió, porque él se acuerda del hombre y de la hortensia. Y además, están esas cosas que su hermana le enseñó en Navidad, las cosas que ella leyó en el libro de biología. Quiere que su madre continúe, que termine. Le gustan las personas en la cocina. Le gustaría que pudieran estar así de felices todo el tiempo.

—La mujer plantó los rosales en el lado exterior de la puerta de entrada —continúa Martha—. Esa noche, tarde, cuando Nowlan volvió a casa le dijo que era una estúpida por gastar todo el dinero.

»—¿Qué clase de mujer gasta todo el dinero en flores? —dijo. Y no solo eso, sino que también la acusó de nunca haberle preparado una cena decente—. Papas y calabaza no es cena para un hombre que trabaja.

—Se la estaba buscando.

Deegan ya no aguanta más. Hay cosas que no necesita escuchar.

Martha sacará lo del perro, la niña. Solo Dios sabe dónde se detendrá. Los vecinos escuchan de un modo en que nunca antes escucharon, como si esa fuese la única historia que ella les contó. Deegan se pone de pie. De inmediato; los vecinos se dan vuelta para mirarlo.

—No puedo escuchar más a esas pobres vacas mugiendo —dice —. Tendrán que disculparme.

Los vecinos corren las sillas para abrirle paso. Las patas de madera hacen ruido sobre el suelo a medida que lo dejan pasar. Cuando llega a la puerta, él no sabe de dónde saca la fuerza para correr el pestillo. Afuera, se las arregla para cerrar. Se apoya contra la pared y hace lo imposible por no escuchar. En lo profundo de su corazón, siempre supo que la niña no era suya. Era demasiado extraña y encantadora como para ser suya.

Oye por un rato la voz de Martha, tratando de no escuchar las palabras. Pero no puede impedirse oír los detalles. Se esfuerza para escuchar las palabras. Algo en la manera en que se cuenta le hace saber que Martha es consciente de que él está escuchando. Finalmente, oye a su hijo, el lelo, que grita: «¡Mami tuvo un novio!».

Los pies de Deegan lo llevan al patio, su mano se levanta para encender luces y, de algún modo, una por una, hace entrar las vacas en sus compartimientos, busca las pezoneras y ordeña. No se toma su tiempo; tampoco se apresura. Es meticuloso, eso es todo. Cuando está terminando su trabajo, salen los vecinos. Se están yendo, pasan por la puerta de adelante. Él tenía otras ambiciones para su puerta principal, pero ahora ya no. Saluda con la mano a unos pocos que le responden, pero ninguno dice nada.

Deegan se queda un buen rato en el tambo. Friega los pasillos con el cepillo del patio, lava la bosta de los compartimientos. Pone heno fresco en los comederos, reemplaza un eslabón flojo de una cadena. Hacía mucho tiempo que quería hacerlo.

Finalmente, entra en la casa. Al fin y al cabo, es su casa. Martha no se fue a la cama. Todavía está allí, sentada ante el fuego. A su alrededor están las sillas vacías, los vasos vacíos. Deegan mira debajo de la mesa, pero el muchachito ya no está.

—¿Estás contenta ahora? —dice.

—Después de veinte años de casamiento, finalmente lo preguntas.

—¿Era eso lo que querías?

Martha levanta un vaso de *whiskey* y se queda mirando a su marido.

—Feliz cumpleaños, Victor —dice—. Qué cumplas muchos más.

Un manto de silencio cae sobre la casa de Deegan. Ahora que se ha dicho tanto, no queda nada que decir. Los vecinos permanecen apartados. Deegan no va más a misa; ya no ve razón de ir. Trabaja hasta tarde, come, ordeña las vacas y, cada jueves, arroja el dinero sobre la mesa.

Martha ya no prepara el desayuno, pero a Deegan no le importa. La niña vuelve a la escuela y, a pesar de que le va bien, ya no es la misma. Ya no habla de ser la capitana de un barco, o de casarse con el primer ministro. El lelo es el único que es feliz. Ha convertido todo el salón de visitas en una granja. Sus establos tienen pesebres, su cosechadora está estacionada contra el zócalo. Los campos han ocupado completamente el piso. En los bordes de su tierra, los cortinados de nylon descienden como cortinas de lluvia.

Una noche, cuando está arreando su hacienda, el muchachito oye algo del lado de afuera de la ventana. Es el viento que empuja los rosales. O tal vez es un ratón. El muchachito se levanta y se pregunta si será capaz de matarlo. Dos veces ha visto cómo su padre le partía el lomo a una rata con la pala. Son fáciles de matar. Sostiene el atizador y avanza en dirección a la puerta tan lentamente como puede, y escucha. Oye las patas. Cuando abre la puerta, hay un perro, uno perdido. Hay algo en él que le sugiere otra cosa. El muchachito lo acaricia, siente los huesos debajo del pelaje sucio. El perro está temblando.

—Acércate al fuego —le dice, con un empujón. Eso fue lo que su madre le dijo al extraño y el extraño la siguió. Ahora el perro

perdido lo sigue, baja los escalones y entra en la casa. En ese momento, el muchachito es el hombre de la casa. Cierra la puerta y trata de recordar cómo encender el fuego. No puede ser difícil. ¿Acaso no construyó una granja él solo? Saca diarios del cubo para el carbón y los retuerce. Su hermana le enseñó cómo hacerlo. Pone los diarios en el hogar de su casa, donde la alfombra se une con el contrachapado. Le toma mucho tiempo, pero finalmente se las arregla para encender uno de los fósforos.

—Húmedos —dice—. Están húmedos.

Los robles de papel se prenden fuego y el muchachito hace una pila con los setos.

—Está bien —le dice al perro—. Acércate al fuego y caliéntate.

Intrigado, el muchachito contempla las llamas. Estas hacen que el papel se vuelva negro y cruzan hasta el establo del heno, queman el techo y se propagan por el nylon a las cortinas de lluvia. Es la cosa más linda que ha hecho. Abre la puerta para dejar que el aire corra por la chimenea. Una pequeña parte de él está molesta, sin embargo retrocede y se ríe.

Mira a su alrededor, pero el perro se fue escaleras arriba. Cuando salta sobre la cama, aterriza sobre Martha.

—Judge —dice la niña—. Judge.

Hay olor a humo que sube por las escaleras. Martha también lo siente. Deegan está en el cuarto más alejado. Tiene el sueño muy pesado.

—¡Papi! —grita la niña.

El humo avanza por los cuartos, llenando la casa. Intrigado, el muchachito está con las puertas abiertas, observando las llamas azules que cruzan los techos de madera. Martha, en camisón, lo arrastra afuera. Deegan no quiere levantarse. En sueños mira al perro. Por alguna razón está contento de verlo en casa. Se da vuelta y trata de volver a dormirse. Parece que pasa una eternidad antes de que admita que la casa está en llamas y que reúna el coraje para bajar las escaleras.

Cuando todos están afuera, no pueden hacer otra cosa que quedarse allí, mirando la casa. Aghowle está en llamas. Deegan

rompe la ventana del salón para arrojar agua al fuego, pero cuando el vidrio se rompe, las llamas salen hacia afuera y alcanzan los aleros. Las piernas de Deegan no funcionan. Mira a sus hijos. El muchachito está bien. La niña tiene los brazos alrededor del perro. Hay un instante durante el cual Deegan todavía cree que puede salvar su casa. El instante pasa. La palabra «seguro» pasa por su mente. Se ve a sí mismo, sobre el camino, pero eso también pasa. Deegan, descalzo, va hasta donde está su mujer. No hay lágrimas.

—¿Te arrepientes ahora?

—¿Arrepentirme de qué?

—¿Te arrepientes ahora de haberte descarriado?

La mira y le resulta claro que ella no siente el menor arrepentimiento. Ella sacude la cabeza.

—Lamento que te hayas descargado en la niña —dice Martha —. Eso es todo.

—No sabía lo que estaba haciendo —dice Deegan. Es la primera vez que admite algo. Si sigue por ese camino, puede que no termine. Incluso en sus momentos de mayor seguridad, Deegan nunca creyó realmente que habría un fin para todo. Se quedan ahí hasta que el calor se vuelve demasiado fuerte y tienen que retroceder.

Ahora deben darle la espalda a Aghowle. A algunos el sendero nunca les pareció tan corto. Para otros es al revés. Pero el sendero nunca ha estado tan brillante: chispas y ceniza vuelan por el aire. Parece como si los robles también pudieran incendiarse. Las vacas se han acercado a la cerca para observar, para calentarse. Son figuras espantosas y, sin embargo, parecen medio cómicas a la luz del fuego.

Martha se agarra de la mano de su hija. Piensa en el dinero que tenía, en el vendedor y esas rosas rojas obsoletas. La niña nunca ha conocido tal felicidad; Judge ha vuelto, es todo lo que le importa, por ahora. Todavía no se le ocurrió pensar que es la que le enseñó a su hermano cómo encender un fuego. La culpa de eso saldrá a la luz más tarde. Deegan está entumecido y, no obstante, se siente más ligero que antes. La monotonía del pasado se fue y el nuevo trabajo todavía no ha comenzado. En el sendero, los charcos reflejan el fuego, brillando tan vivamente como plata. Deegan se aferra a

pensamientos: que tiene trabajo, que es nada más que una casa, que están vivos.

Es más difícil para el muchachito, cuya granja desapareció. Todo su trabajo, por su propia culpa, se ha perdido. Sin embargo, está intrigado. Se vuelve para ver su creación. Es el fuego más grande que alguien haya producido. Al pie del sendero, se están juntando los vecinos, acercándose lentamente hacia ellos. Ahora están más cerca, ofreciendo camas para pasar la noche.

—¿A quién le importa? —sigue murmurando mientras va—. ¿A quién le importa?

CERCA DE LA ORILLA DEL AGUA

Esa noche él está afuera, en el balcón, con su oscuro y deslumbrante bronceado contra el blanco de la camisa de vestir. Transcurrieron cinco días desde que dejó Cambridge para pasar algún tiempo con su madre en la costa de Texas. Aquí, el viento es fuerte. Las hojas de plástico de las altas plantas en sus macetas golpean contra la ventana corrediza. No le preocupa el penthouse, con su pez espada con la boca abierta en la pared, los azulejos azules y todos los espejos que vuelven imposible hacer la mínima cosa sin reflejarse en ellos.

Temprano a la mañana, los porteros arman las reposeras de madera y clavan sombrillas azules en la franja de arena privada. A medida que se calienta la mañana, los residentes salen a tirarse al sol casi desnudos. Traen novelas, toallas y buscan en sus heladeritas Coca Diet y Coppertone. Él está a la sombra y observa la procesión de muchachos con estómagos de tabla de lavar, que caminan por la orilla. Son jóvenes universitarios de su misma edad, que se quedan en los moteles cercanos a la playa.

Hacia el mediodía, cuando el calor se hace insoportable, nada fuera de la barra, a una buena media milla de la costa. Puede ver la franja de olas embravecidas rompiendo en los bajíos. Ahora la marea está avanzando, borrando las arenas blancas y trilladas. Hace diez años que la prohibición de usar DDT se hizo efectiva y los pelícanos pardos están de vuelta. Lucen prehistóricos, planeando sobre el agua, sacando sus presas con sus picos inmensos, sus profundas zambullidas en picada. Hay un hombre vestido de corredor, parado sobre la arena dura, cerca de la orilla del agua, con su sombra a su lado.

Adentro, su madre está peleándose con su padrastro, el republicano que es dueño de ese complejo. Es un hombre de orígenes humildes, que hizo su dinero a partir de exportaciones y de negocios inmobiliarios. Después de que los padres del muchacho se divorciaron, su madre le dijo que la gente no controla de quién se enamora, y algunos meses más tarde se casó con el millonario. Ahora los escucha hablar, oye sus susurros furiosos que ganan en intensidad en la parte culminante de la pelea. Es una vieja historia.

—Te lo advierto, Richard, ¡no saques ese tema!

—¿Quién sacó el tema? ¿Quién?

—Es su cumpleaños, por amor de Dios.

—¿Quién dijo nada?

El muchacho mira hacia abajo. Una madre se apoya en el *jacuzzi* de madera y entra en el agua burbujeante. Los gritos de niños que corren perforan la noche. Siente la misma inquietud que siempre siente en estas ocasiones familiares, y se pregunta por qué volvió, cuando podría estar en Cambridge, con su camiseta y sus *jeans*, jugando ajedrez con la computadora, bebiendo cerveza australiana. Saca unos gemelos del bolsillo, un regalo que su abuela le dio poco antes de morir. Son gemelos bañados en oro, cuyo oro poco a poco se fue perdiendo, revelando el acero que hay debajo.

A poco de haberse casado, la abuela le rogó a su marido que la llevara al océano. Eran gente de campo, tenían una granja donde criaban cerdos en Tennessee. Su abuela decía que nunca había visto el Atlántico. Decía que si veía el océano, podría establecerse. No era algo que pudiera explicar, pero cada vez que se lo pedía al marido, la respuesta de este era la misma.

—¿Quién se hará cargo de las cosas aquí?

—Podríamos pedirles a los vecinos…

—¿Qué vecinos? Es nuestra forma de ganarnos la vida, Marcie. Lo sabes.

Pasaron los meses, quedó embarazada y, finalmente, dejó de pedir ver el océano. Entonces, un domingo, su marido la sacudió

para despertarla.

—Empaca, Marcie —le dijo—. Vamos a la costa.

Todavía no había luz cuando subieron al coche. Viajaron todo el día, a través de las colinas de Tennessee hacia la costa. El paisaje cambió de verdes y accidentadas tierras de labranza a planicies secas, con altas palmeras y cortaderas. El sol se estaba poniendo cuando llegaron. Ella bajó y dio un grito ahogado ante el mismísimo sol que se hundía en el océano. El Atlántico se veía verde. La costa parecía un lugar solitario con la hediondez de las algas y las gaviotas disputándose las sobras en la arena.

Entonces, el esposo sacó su reloj de bolsillo.

—Una hora, Marcie. Te daré una hora —dijo—. Si para entonces no estás de vuelta, puedes procurarte tu propio camino a casa.

Ella caminó descalza durante media hora por la espumosa orilla del mar, luego se volvió por el sendero del acantilado y observó cómo su esposo, pasados cinco minutos de la hora establecida, cerraba el coche de un portazo y encendía el motor. Justo cuando estaba arrancando, ella saltó al camino y detuvo el auto. Entonces subió y pasó el resto de su vida con un hombre que se habría ido sin ella.

Su cumpleaños número veintiuno se celebra con una cena en Leonardo's, el lujoso restaurante de mariscos que da al mar. Su madre, vestida con un trajecito de pantalones blancos y cinturón de estrás, se reúne con él en el balcón.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño.

—Ma —dice y deja que ella lo abrace.

A su madre, una mujer bajita con un carácter explosivo, le gusta ir a hacer las compras. Antes de ir, bebe un vaso de jugo de pomelo fresco con vodka y va y hace una lista sobre la mesada. Aceite de oliva, corazón de alcaucil, vinagre balsámico, ternera. Todas las cosas que nunca pudo permitirse. Evita el pasillo del papel higiénico y de la comida para perros, va derecho a la rotisería y señala el rape,

el jamón, el queso orgánico. Una vez compró una jarra de diez onzas de caviar de beluga y se lo comió con los dedos en el estacionamiento.

—Estoy tan orgullosa de ti —dice ahora, mirándole fijo el cuello. Deja el vaso y estira la mano para anudarle la corbata—. Así —dice, retrocediendo para volver a mirarlo—. ¿Cuántas madres pueden mirar a sus hijos y decir «Mi hijo está yendo a la Universidad de Harvard»? Soy la hija de un criador de cerdos de Tennessee y mi hijo va a ir a Harvard. Cuando estoy deprimida, siempre recuerdo eso, y me levanta el ánimo.

Bebe un sorbo del vaso. Tiene las uñas pintadas de un rojo fuerte y brillante.

—No es gran cosa, ma.

Ella mira hacia el agua y baja la vista a la playa. Él nunca sabe realmente qué es lo que le pasa por la mente.

—Juega bien tus cartas y esto podría ser tuyo algún día —dice, señalándole el complejo. El gesto se refleja, desde diferentes ángulos, en el cuarto espejado que hay detrás de ella—. Te preguntas por qué me casé con él, pero todo el tiempo estaba pensando en ti.

—Ma, yo no… —empieza el hijo, pero justo en ese momento aparece el millonario con un cigarro encendido y lanza una bocanada de humo a la noche. Es un hombre sencillo, vestido con un traje italiano y los dientes más blancos que el dinero puede comprar.

—¿Están listos? Tengo un hambre de lobo.

Toman el ascensor hasta la planta baja, donde un portero abre la puerta principal. Otro hombre, con un uniforme con galones dorados, hace traer el auto. El millonario le da una propina y se sienta detrás del asiento del conductor, aun cuando el restaurante queda a menos de diez minutos de caminata por la playa.

Cuando llegan a Leonardo's, el dueño los saluda, le da la mano al padrastro. En el medio del restaurante hay una palmera con un papagayo encadenado a una de sus ramas. Los acompañan a una mesa debajo de la araña de luces. Sobre el mantel blanco se

derraman luces amarillas y de las paredes sale música de cello. Hay dispuesta una canasta de pan, manteca, una selección de mariscos sobre una tabla de madera. El padrastro se sirve una ostra, la desprende con el cuchillo y se la traga. Su madre pincha un langostino gordo cuando el *maitre d'hótel*, un hombre delgado de piel marrón oscura, aparece.

—¿En qué los puedo ayudar esta noche?

El padrastro ordena el vino y le dice que traiga *champagne*.

—¿Oyeron hablar de ese tipo Clinton? Dicen que si lo eligen presidente va a dejar que los maricas entren al ejército —dice—. ¿Qué te parece eso, Harvard?

—¡Richard! —dice la madre.

—No hay problema, ma. Bueno, no creo que la tradición de…

—¿Y después qué? Lesbianas entrenando al equipo de natación, postulándose para el senado.

—¡Richard!

—¿Qué tipo de defensa sería esa? ¡Una banda de maricas! No ganamos dos guerras mundiales de ese modo. No sé en qué se va a convertir este país.

De la cocina sale aroma a rábano picante y a eneldo. En la pecera se ha soltado una langosta, pero el mozo hunde una red en el agua y le pasa una gruesa banda elástica por las pinzas.

—Basta de política —dice la madre—. Es la noche de mi muchacho. El último semestre sacó un 3,75 de promedio. ¿Qué te parece eso, Richard?

—¿3,75? No está mal.

—¿No está mal? ¡Bueno, yo diría que no! Es el promedio más alto de su clase.

—Ma.

—¡No, no me harán callar esta vez! Es el promedio más alto de su clase, ¡y hoy cumple veintiún años! Todo un hombre. Brindemos.

—Por fin una buena idea —dice el millonario.

Sirve *champagne* en las copas. Los vasos burbujean, pero él espera que sus contenidos se asienten.

—Brindo por el joven más brillante en todo el estado de Texas

—dice.

Sonríen, súbitamente cómodos. Hay una posibilidad de que esta cena no sea como las otras.

—… ¡y por que no haya maricones en el ejército!

La sonrisa de la madre se desvanece.

—¡Maldita sea, Richard!

Levanta las manos. Cuando estas se mueven, su hijo advierte lo bellos que son sus diamantes.

—¿Qué pasa? Es solo una broma —dice el marido—. ¿Acaso ya nadie sabe cómo tomarse una broma?

Llega el mozo con una bandeja de acero y con las entradas. Rodaballo para la señora, salmón para el joven y una langosta.

El millonario se ata la servilleta alrededor del cuello, agarra las tenazas y abre la pinza de la langosta.

—Ahí en Harvard debe de haber lindas mujeres, ¿no? —dice, sacando la carne de la pinza—. Algunos verdaderos bombones.

—Nos admiten por la inteligencia, no por el aspecto.

—Aun así. Los mejores y los más brillantes. ¿Por qué nunca traes a ninguna muchacha?

En ese momento podría decir algo. Piensa en una réplica, decide hablar; luego mira a su madre y duda. Los ojos de su madre le suplican que se calle.

—Deben de andar a tu alrededor como moscas —dice el millonario—. Un muchacho como tú. ¡Vaya! A tu edad, tenía una mujer distinta cada fin de semana.

—¡Estas aceitunas! —dice la madre— ¡Prueba estas aceitunas!

El millonario baja la cabeza y se concentra en la comida. El muchacho le saca las espinas a un pedazo de salmón. La madre se queda mirando el papagayo en el árbol.

—¿Hay algo que necesites? —pregunta la madre, sonriendo la vieja sonrisa de disculpas.

—No, ma —dice el muchacho—. Estoy bien. Está rico.

Luego de que se llevan los platos y de que el mozo ha limpiado las migas del mantel, vuelve el *maitre* y le susurra algo al oído al padrastro. Se apaga la araña y un nervioso mozo mexicano, cantando

el «Feliz cumpleaños», trae de la cocina una torta con velitas. Es una torta rosada, la torta más rosada que alguna vez haya visto, como la torta que habría en el bautismo de dos mellizas.

El millonario sonríe.

—¡Pide un deseo, cariño! —dice la madre a los gritos.

El muchacho cierra los ojos y, cuando los tiene cerrados, se da cuenta de que no sabe qué desear. Es el momento menos feliz del día, pero sopla fuerte y apaga las velitas.

El millonario agarra el cuchillo y corta la torta en porciones desiguales, como un gráfico. El muchacho se pone un pedazo en la boca y lame el glaseado. El millonario toma la mano de la madre, sujeta sus dedos enjoyados.

—Feliz cumpleaños, hijo —dice y besa a su marido en la boca.

El muchacho se pone de pie y se oye agradecerles por un agradable cumpleaños. Se vuelven a encender las luces y entonces oye que su madre lo llama, oye al mozo diciendo «Buenas noches, señor» en la puerta. Ahora cruza la ruta, busca un espacio entre los autos rápidos. Los otros chicos universitarios salieron al paseo. Se detiene por un momento y observa a una muchacha que salta en *bungee* arrojándose al vacío, gritando. Queda suspendida por un instante sobre el suelo, hasta que viene un hombre y le saca el arnés.

Abajo, en la playa desierta, la marea ha ganado la arena. El agua es negra, el viento nocturno arranca espuma blanca sobre la superficie. Se afloja la corbata y camina, en dirección al muelle. Allí, tiemblan sobre el agua veleros con sus velas atadas.

Su abuela, con quien vivió cuando sus padres se separaron, ya murió. No ha pasado un día en que no haya sentido su ausencia. Ella decía que si hubiera tenido que vivir de nuevo, no se habría vuelto a subir a ese auto. Se habría quedado atrás y convertido en prostituta antes que volver a casa. Nueve hijos le dio. Cuando el muchacho le preguntó qué fue lo que la hizo volver al auto, dijo: «Esos eran los tiempos que me habían tocado. Eso era en lo que yo creía. Pensé que no tenía opción». Su abuela murió, pero él tiene veintiún años, ocupa un espacio en la tierra, saca las calificaciones más altas en Harvard, camina en la playa sin ninguna limitación de

tiempo bajo la luz de la luna.

Se saca los zapatos y camina descalzo por la orilla. Las olas blancas y la barra son claramente visibles en la oscuridad, pero no parecen tan furiosas como de día. En la ropa tiene olor a humo de cigarro. Pone los gemelos a salvo en los bolsillos del pantalón, se desnuda y deja sus ropas un poco más allá de la orilla. Cuando se adentra entre las grandes olas espumosas, el agua es fría. Nada hacia adentro, sintiéndose otra vez limpio. No tiene que quedarse ahí. Puede llamar a la compañía de aviación, cambiar su vuelo y volverse a Cambridge.

Para cuando llega a la barra, está cansado. El agua es más fría, las olas están más embravecidas, ahora es bien de noche, pero puede descansar ahí, como siempre, antes de nadar de vuelta a la costa. Hunde los pies para sentir la arena. Una gran ola lo golpea en la cabeza, haciéndolo caer nuevamente en el agua profunda. Traga agua, se aleja para buscar la parte playa, pero no puede sentir el fondo. No debió haber bebido todo ese *champagne*. Para empezar, no debió haber ido a nadar. Todo lo que quería era un cumpleaños feliz. Pelea largo rato, se mete bajo el agua, creyendo que será más fácil si sube a la superficie solo por el aire. Lo asalta el pánico y luego pasa el tiempo, y el pánico se convierte en algo tranquilo. ¿Por qué los opuestos siempre están tan cerca? Es como esas notas altas y hermosas en el violín, separadas apenas por un pelo del chirrido. Se rinde y siente cómo asciende a la superficie. Flota hasta que se siente capaz de avanzar y entonces se esfuerza lentamente por nadar hasta la costa. Es un largo trecho, pero las luces del complejo son claras contra el cielo y se acercan.

Cuando llega al agua baja, se arrastra hasta la playa y se derrumba sobre la arena. Respira agitado y mira a su alrededor, pero la marea se ha llevado la ropa. Se imagina la primera especie que salió arrastrándose del mar, el enorme coraje que eso implicó. Yace tendido hasta que recupera el aliento, y entonces desanda el camino hasta el muelle, donde están los botes. Un poco más lejos, una pareja pasea un perro. Va por los yates, mirando en los puentes hasta que ve una camiseta amarilla, que cuelga de una cuerda. Se la pone, pero

le queda demasiado corta para cubrir su desnudez, de modo que pone una pierna en el agujero del brazo y, torpemente, ata la tela para cubrirse.

Cuando vuelve al complejo, el portero le abre la puerta. En el *lobby*, aprieta un botón y espera el ascensor. Cuando el ascensor llega, está lleno de gente bien vestida. Una mujer, de vestido rojo, lo mira y se sonríe. Él entra y aprieta el 25. Las paredes del ascensor son espejadas y su reflejo le devuelve a un hombre levemente quemado por el sol, que tiembla. Cuando llega a la puerta, duda y se dice que su madre le va a abrir. Aprieta el botón y escucha la campanilla eléctrica que suena en el interior. No pasa nada. Tal vez todavía están en el restaurante. Tal vez están en algún bar. Tal vez el portero le abrirá la puerta. Se está preguntando si puede llamar a la recepción cuando el millonario abre la puerta y lo mira.

—¡Bueno! —dice—. ¿Pero qué tenemos aquí?

Mira la camiseta amarilla atada como un pañal a su cintura.

—¿La pasaste bien? —dice—. ¿Finalmente saliste de pesca?

El muchacho lo esquiva y corre por el pasillo. Varias versiones de él mismo corren por el pasillo a ambos lados.

—Tu madre se está volviendo loca de preocupación.

El muchacho entra en la ducha, se queda debajo del agua caliente, dándose cuenta de que casi se ahogó. Se queda allí por un buen rato, sale y se envuelve en una toalla en el vestidor. Luego busca un número en la guía telefónica y levanta el auricular.

—Hola —dice una voz de mujer—. Delta Air Lines. ¿Puedo ayudarlo?

Por un instante, no puede responder. Su madre entró en el cuarto y está ahí, con un vaso en la mano. Piensa en la madre de ella, quien, después de haber hecho todo ese trayecto y con apenas una hora para estar allí, no pudo meterse en el agua, aun cuando era una gran nadadora de río. Cuando le preguntó por qué, ella dijo que no tenía idea de lo profundo que era.

—¿Puedo ayudarlo? —pregunta la voz de nuevo.

RENDICIÓN
(A LA MANERA DE MCGAHERN)[4]

Por cinco días, el sargento conservó la carta en el bolsillo interior del uniforme. En la carta había algo duro, pero su deseo de abrirla era proporcional a su temor a lo que podría contener. Las cartas de ella, en los últimos tiempos, sin siquiera cambiar de rumbo, habían asumido un tono distinto y él había oído que otro hombre, un maestro, estaba haciendo pastar a un *pony* en la tierra que tenía el padre de ella. Esos campos estaban en la montaña. Las pasturas que allí había eran malas y estaban cubiertas de juncos. Si el sargento iba a hacer lo que se proponía, había muy poco tiempo. Sintió que la vida lo estaba arrinconando.

Todo ese día se ocupó de sus obligaciones. Si Doherty, el guardia de la sala, lo encontraba seco, no hacía ninguna observación, porque las pocas pulgas del sargento estaban fuera de discusión. Era un día húmedo de diciembre y no había nada que hacer. Doherty mantuvo la cabeza baja y revisó una vez más los detalles mínimos del permiso. Al dar vuelta una página, sintió el papel frío contra la piel. Levantó la vista y observó el hogar, con un cierto grado de deseo. El fuego estaba tan bajo que casi se había apagado. El sargento insistía siempre con el fuego, pero nunca un fuego que despidiera verdadero calor. El guardia se levantó del escritorio y salió lentamente a la lluvia.

El sargento lo observó volver y ubicar dos trozos de leña a cada lado de la llama.

—¿Tienes frío? —preguntó el sargento, sonriente.

—No más que el habitual —respondió Doherty.

—¿Por qué no te le acercas?

—Es diciembre —dijo el guardia, con toda razón.

—«Es diciembre» —lo imitó el sargento—. ¿No sabes que hay una guerra?

—¿Eso qué tiene que ver?

—A la gente de este país le encanta estar sentada al lado del fuego. Al paso que estamos yendo, puede que volvamos a Westminster para calentarnos las manos.

Doherty suspiró y dijo:

—¿Tengo que salir a ver qué está pasando en los caminos?

—No irás a ningún lado.

El sargento se levantó y se puso la gorra. Era una gorra nueva, dura, con una visera brillante. Sacó de detrás de la puerta la gran capa negra y se la puso sobre los hombros de manera dramática. El guardia no lo había visto ni una vez apurado. Cada movimiento que hacía era deliberado y realzado por su buen aspecto. Era difícil no mirarlo, pero en todo caso, no era el tipo de hombre al que se le daría la espalda. Si bien sus humores cambiaban, la expresión de sus ojos siempre era la misma, desmedidamente triste. Los hombres que habían peleado con él decían que jamás se podía prever sus movimientos. También decían que su tropa era siempre la última en saber. Se había arriesgado, pero había mostrado un extraño don para interpretar al enemigo.

La leña chisporroteó al hacerse llama y su luz momentáneamente dio contra los botones de acero del abrigo del sargento. Este se agachó, se arremangó las botamangas del pantalón y se puso los broches para la bicicleta. Cuando abrió la puerta, el viento traía una lluvia fuerte y abigarrada sobre las piedras. El sargento salió y, por un instante, se quedó mirando el día. Siempre le gustaba estarse allí un instante. Cuando se dio vuelta hacia Doherty, el guardia estaba seguro de que podría leerle la mente.

—Que no se te chamusque la parte de atrás de la camisa —dijo y salió, sin preocuparse por cerrar la puerta.

Doherty se levantó y lo observó bajar pedaleando por el camino del cuartel. Había algo medio cómico del sargento yéndose en su bicicleta, pero la observación quedó ahí.

Humillar a alguien era la cosa más fácil del mundo. Una noche,

en la oscuridad, había dicho eso en voz alta en la cama, creyendo que su mujer estaba dormida, pero ella le respondió, diciéndole que a veces era más difícil no humillar a alguien, que el deber cristiano de la gente era resistirse a esa debilidad. Él se había quedado despierto, reflexionando sobre esa afirmación mucho después de que la respiración de su mujer hubiese cambiado. ¿Qué significaba? La mente de las mujeres estaba hecha de cristal: tan claro y, sin embargo, sus pensamientos se quebraban fácilmente, cediendo ante otros pensamientos de cristal aún más duros. Era suficiente como para atraer a un hombre y, al mismo tiempo, asustarlo.

El cuartel estaba en silencio, pero no había paz; nunca había paz alguna en ese lugar. Había llegado el invierno, con lluvia permanente y el viento horadando las colinas desnudas. Doherty sintió la urgencia infantil de salir a buscar más leña, de alimentar el fuego y hacer que ardiera, pero en cualquier momento podía volver el sargento y por una nadería podría perder el empleo. Su puesto era solo una ficción y podría desaparecer fácilmente. Bastaría con una firma. Acercó la silla al fuego y pensó en su mujer y en su hijo. Tenía otro en camino. Pensó en su vida y en poco más, hasta que se dio cuenta de que sus pensamientos difícilmente alcanzarían conclusión alguna; luego se miró las manos, las acercó a la llama. Qué no diría el sargento si volvía y veía la luz de la lumbre en sus palmas.

En el camino, el sargento se había bajado de la bicicleta y estaba inmóvil debajo de los tejos. Los tejos habían sido plantados en diferentes épocas, y le daba gusto estar ahí a su abrigo. El mismo humo oscuro seguía deshaciéndose sobre el techo del cuartel. El sargento se quedó allí por casi una hora, observando, pero la calidad del humo no cambió; tampoco hubo ningún signo de que Doherty volviera a salir al cobertizo. *De la manera en que críes al cachorro, así será tu perro*. No bien la lluvia amainó, salió de la zona de terreno protegido y siguió viaje al pueblo.

Algo más adelante, en el camino, se había detenido una pareja y estaba hablando. El muchacho, un MacManus salido de la colina, estaba apoyado sobre el asiento de su bicicleta, con su gorra bien

echada hacia atrás. La muchacha se reía, pero tan pronto vio al sargento se quedó callada.

—Lindo día para no hacer nada —dijo el sargento expansivamente—. Cómo me gustaría estar a plena luz del día diciéndoles cosas lindas a las jovencitas.

La muchacha se ruborizó y se volvió.

—Mejor me voy yendo, Francie —dijo la joven.

El muchacho se mantuvo en su lugar.

—¿No sabes que estás sobre la mano equivocada del camino? —le preguntó el sargento—. ¿Acaso los jóvenes de este país ni siquiera saben de qué lado están las cosas?

El muchacho puso la bicicleta de la otra mano.

—¿Le gusta más así? —dijo el muchacho para impresionar a la joven, pero esta se había ido.

—Lo que me gustaría es ver que los jóvenes de este país se ponen a trabajar —dijo el sargento—. Los hombres no arriesgaron sus vidas para que los que son como tú estén sin hacer nada.

Si no podemos estar sin hacer nada, ¿qué podemos hacer?: eso es lo que el muchacho quería decirle, pero su valor se había ido con la joven. Pasó la pierna por sobre el caño y continuó, llamando a la muchacha. Esta no se volvió y mantuvo la cabeza baja cuando pasó el sargento. El sargento conocía a la madre de la joven, una viuda que, durante el verano, le daba manteca y ruibarbo, pero que lo único que tenía era un acre agreste detrás de la casa. Resultaba que apenas había una mujer en todo el distrito que tuviera tierra.

Pedaleó hasta el pueblo y apoyó la bicicleta contra la pared de Duignan. La puerta trasera no estaba cerrada. La abrió y entró en una cocina humeante, cuyas paredes estaban pintadas de marrón. No había nadie adentro, pero había olor a pan horneándose y alguien acababa de freír cebollas. Lo acometió una punzada de hambre; no había comido nada desde la mañana. Fue hasta el hogar y observó una olla de hierro fundido colgando de su pesado gancho de hierro, la tapa cubierta de brasas. Al lado había una gata que se limpiaba con una zarpa. Del cuarto de adelante, que servía como comercio, se filtraba una conversación. El sargento podía escuchar

cada palabra.

—Pero ¿acaso no es un mujeriego?

—¿Qué es lo que le ven?

—El tipo tiene lo suyo —dijo otro.

—Seguro, y además el uniforme.

—Maldito el frío de estar en la cama con él en mitad de la noche. —Y se escuchó la risa socarrona de una mujer.

El sargento se quedó quieto. Era la antigua y calma sensación de dominio que hacía que los hombres de menor valía se quedaran paralizados, pero el sargento cobró vida. Volvió a sentirse debajo del espino, con un soldado inglés en la mira de su arma; el antiguo estremecimiento de la conspiración, con el nervio en carne viva. Estaba por acercarse a la puerta del negocio cuando repentinamente esta se abrió y entró la mujer. Apenas se detuvo cuando lo vio.

—¡Hola, sargento! —dijo, con un volumen de voz como si él estuviera lejos.

Las bromas en el negocio cesaron de golpe. Hubo un murmullo ronco y un ruido a botellas de cerveza. La mujer fue, con un trapo, hasta la olla y corrió el gancho del fuego. Sacó la tapa de hierro sin dejar que cayera ni una brasa y sacó la hogaza de pan. Era una hogaza blanca con una cruz bien trazada en la superficie de la masa. El sargento no había visto pan blanco en meses. Tres veces la mujer lo golpeó con sus nudillos y el sonido que se produjo fue un sonido hueco.

El sargento tenía que pasárselo: ella no perdía la calma. En el país quedaban unas pocas mujeres como ella. La mujer fue hasta la puerta del negocio y, sin mirar más allá, la cerró.

—Me imagino que no llegaron.

—Llegaron anoche —dijo la mujer.

—¿Todas?

—Todas están ahí. La docena exacta, fresca del mercado.

—A buen precio deben de estar.

Cuando ella le dijo el precio al que estaban, a él le corrió por todo el cuerpo un nuevo estremecimiento. Era casi el doble de lo que se había imaginado y, según su experiencia, el despilfarro no

tenía comparación, pero escondió su placer.

—Supongo que tendría que llevármelas ahora —gruñó.

—Como guste —dijo la mujer.

La puerta del negocio se abrió de golpe y un niñito, uno de los de la mujer, entró corriendo.

—Pon el pestillo, Sean, muchachito —dijo la mujer.

El niño se apoyó contra la puerta hasta que se corrió el pasador y luego le puso el pestillo. Se acercó a la mujer y se quedó mirando la hogaza de pan.

—¿Hay pan? —preguntó el niño, inclinando la cabeza hacia atrás. El rostro del niño era pálido y tenía círculos oscuros debajo de los ojos.

—Podrás comerlo cuando se enfríe —dijo la mujer, apoyando la hogaza en la ventana. Corrió el pestillo de la puerta trasera y abrió la parte inferior del aparador. El cajón de frutas estaba cubierto con una tela. Cuando la mujer sacó la tela, el sargento percibió el olor. Estaban sobre una base de viruta de madera, cada una envuelta en un bonito papel de seda.

El niño se inclinó sobre la mesa y observó.

—¿Qué son, mami?

—Son cebollas —dijo la mujer.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó el niño.

—Son —dijo ella.

El niño estiró la mano para alcanzar el papel de seda y miró al sargento. El sargento percibió la mirada de hambre del niño. Le sacó el papel a cada una y se las llevó a la nariz antes de apartar la capa y buscar el dinero en el bolsillo. Mientras buscaban, sus dedos se entretuvieron innecesariamente con el sobre y él advirtió que su mano codiciaba un poco la carta. La mujer envolvió el cajón de fruta con un costal de harina, mientras el sargento esperaba.

—¿Es para Navidad que las quiere, sargento?

—Navidad —respondió—. Sí.

La mujer contó el dinero sobre la mesa de la cocina y cuando él le ofreció algo extra por el pan, ella miró al niño. El rostro del niño ahora estaba todavía más pálido. Su piel se veía blanca. Cuando vio

que su madre envolvía la hogaza de pan con papel madera, empezó a llorar.

—Mami —gimió—, ¡mi pan!

—Shhh, hijito. Te haré otro —dijo la mujer—. Lo haré apenas se vaya el sargento.

El sargento sacó el paquete y lo ató cuidadosamente al canasto de la bicicleta. Estaba listo para partir al cuartel, pero volvió sobre sus pasos a la cocina, destrabó la puerta y entró al negocio. La charla que se había detenido cuando se supo de su presencia se había retomado pero a un volumen neutro. También se detuvo con su llegada. Al atravesar el silencio, sintió la misma antigua distancia y superioridad que siempre sentía. Se había criado cerca de allí, conocía a la gente, pero nunca sería uno de ellos. Se quedó ante el mostrador y miró las manchas en la madera oscura.

—¡Qué día feo!

Siempre había alguien que no toleraba el silencio. Ese era el tipo de hombre que, en otras circunstancias, podía hacer que maten a alguien.

—Es día para chimenea —dijo otro.

El sargento deseó que uno de ellos abriera el pico y lo insultara abiertamente, pero ni uno tuvo el valor. Delante de él, la charla se mantendría superficial, aguas furtivas de bromas ociosas; cualquier cosa significativa que tuvieran para decir, sería dicha después de que él se hubiese ido. Se detuvo ante la puerta de entrada, donde de un clavo colgaba un calendario. Lo estudió de cerca, aunque conocía bien la fecha. Parado ahí, viendo el mes de diciembre, lo atravesó un filo de condena. Abrió la puerta principal y salió a la lluvia sin haber pronunciado palabra.

—¡Bueno! —dijo Duignan, observando al sargento pedaleando impaciente camino arriba.

—¿Quién lo hubiera pensado?

—¡Para conocer en serio a alguien, hay que vivir con él!

Las botellas de cerveza volvieron a salir a la luz. Duignan bebió un trago, se enderezó y puso las manos detrás de la espalda. Haciendo una imitación perfecta, caminó lentamente hasta la pared

y pegó la nariz contra el calendario.

—¿No es acaso diciembre?

—Sí, sargento.

—¿Les parece que las naranjas estarán maduras para esta época del año?

Tan pronto como pronunció la palabra, hubo una cascada de risas. Cada hombre, en su propia mente, tuvo una visión del sargento, el gran hombre del ira, sentado comiendo naranjas. Duignan fue hasta el mostrador y olió la madera. Fríamente, se volvió hacia los hombres.

—¿No es olor a cerveza el que huelo?

—¡Sobre un escenario deberías estar!

—No, sargento —gritó otro—. ¡Es a naranjas!

Duignan siguió. Hubo nuevas oleadas de risa, pero la cosa no pasó a mayores hasta que la mujer, con las manos cubiertas de harina, entró desde la cocina para preguntar qué era, en nombre de Dios, lo que los tenía tan divertidos.

El sargento imaginó todo eso, mientras pedaleaba en dirección al cuartel bajo la lluvia. Que se rían. Él sería el último en reírse. La lluvia caía, rompiéndose contra el manubrio, su capa, el guardabarros. El sol ya se había puesto. No había habido un día seco por más de una semana, y los caminos estaban llenos de baches y embarrados.

Cuando llegó a la sala de guardia, abrió la puerta despacio y allá estaba Doherty, profundamente dormido, en la silla. El sargento fue hasta el escritorio, alzó la caja de papeles y la dejó caer. Doherty se despertó asustado.

—¡Creo que ya va siendo hora de que termines con esto! —gritó el sargento.

—Yo no…

—¡Yo no…! ¿Yo no qué?

—Yo no…

—¡Yo no…! ¡Yo no…! ¡Levanta el culo y vete a casa! —le gritó el sargento. Y miró el libro de asientos—. ¿Ni siquiera moviste el culo para registrar la lluvia?

El guardia salió a la lluvia a los tropezones, medio dormido, y leyó el pluviómetro. Todo eso era nuevo para él. Volvió y anotó una cifra en el libro y firmó.

—Espero que mañana esté en mejor forma —dijo Doherty, borroneando la hoja.

—Estaré como esté —dijo el sargento—. Y no creas que solo porque te vas temprano otro día no tengas que compensarlo.

—Estoy siempre aquí —suspiró Doherty.

—¿Crees que no lo he notado? ¿Acaso no tropiezo contigo?

—Hago todo lo que…

—¿Pero eres útil alguna vez? Ahí está la cuestión. Si no sirves, ¿tal vez deberías estar en algún otro lado?

Doherty lo miró y se puso el abrigo.

—¿Hay algo más?

—Eso es todo —lo cortó el sargento—. Es claramente tanto, si no más, de lo que eres capaz. Que Dios nos ayude, pero a veces no puedo evitar pensar que el cuerpo tal vez sería mejor con la cháchara de mujeres.

El guardia se puso el abrigo, salió y cerró suavemente la puerta. El sargento fue hasta la ventana y observó con qué ansiedad pedaleaba a su casa. El sargento sabía que Doherty mal podía permitirse perder el puesto. Lo observó hasta que dobló en la esquina y luego salió a buscar carbón.

El carbón era regalo de un protestante a quien él le había hecho un favor. Empujó el atizador bien adentro del hogar y rastrilló las brasas. Ubicó trozos de carbón sobre el rescoldo, sabiendo que, en poco tiempo, arderían. Acercó la bicicleta hasta el hogar y desató el paquete. Después, se sacó los broches y colgó la capa en la parte de atrás de la puerta y se sentó. Sintió alivio al sentarse, al estar solo, finalmente.

Miró la marca de las gomas, de sus pies, de la lluvia que chorreaba de su capa sobre las losas. Miró las marcas que había hecho hasta que el fuego calentó el cuarto y el piso estuvo seco. Entonces se sacó la chaqueta y abrió la carta. Tan pronto como lo hizo, el anillo cayó en su mano, pero la mano así lo esperaba. Lo

miró brevemente y comenzó a leer.

9 de diciembre

Querido Michael:

He decidido que resulta imposible que sigamos adelante. He esperado demasiado y este anillo, que tomé como prueba de tu cariño, ahora es un adorno. Nada salió como esperaba. Pensé que, para ahora, ya estaríamos casados y que seguiríamos con nuestra vida. No sé qué es lo que estás haciendo ahí ni por qué permaneces alejado. No debe de ser conveniente para ti continuar con este compromiso y, a mí, ya no me conviene.

Ha llegado el momento de que estemos juntos o de que nos separemos. Ya no veo motivo para mayor demora. He oído que estás cortejando a otras mujeres. Los han visto afuera de MacGuire's la semana pasada y la anterior. Si tu corazón ha cambiado, es tu deber hacérmelo saber. Te envío tu anillo y ruego a Dios que esta carta te encuentre tan saludable como nosotros lo estamos aquí.

Tuya,
Susan

Tal como lo había sospechado: lo estaba llamando. Se sintió consolado de saber que tenía razón y, sin embargo, esto lo afectó de manera más dolorosa de lo que esperaba. La esperanza era siempre lo último que se perdía: lo había aprendido de niño y viéndolo, personalmente, como soldado. Sostuvo el anillo sobre el fuego y lo miró. La piedra era más pequeña de lo que había advertido y la fina banda de oro estaba golpeada, como si ella no se hubiese preocupado en sacarse el anillo mientras trabajaba. No volvió a leer la carta; el mensaje era claro. La dobló como estaba, la guardó en la pesada caja de metal y cerró. Puso la llave y el anillo sobre el escritorio, y se arremangó.

En la sala hacía calor y la cadena de la bicicleta, a esa altura, se

había secado. La luz del fuego golpeaba contra los aros, el manubrio, los rayos. Dio vuelta la bicicleta y, haciendo girar lentamente el pedal con una mano, ubicó el pico de la lata de aceite contra la cadena. Al engrasarla, al observar girar la cadena, lo sorprendió lo perfectamente bien que se enganchaban los dientes, cómo los piñones habían sido hechos para la cadena. En algún lugar, un hombre creyó que podría impulsarse hacia adelante usando su propio peso. Lo había imaginado y había hecho que eso pasara. Engrasar la bicicleta avivó el antiguo placer que había sentido al limpiar armas: pasar el trapo a lo largo del cañón, el brillo apagado del metal, con qué facilidad se deslizaba la bala en la recámara. Todo se hacía para otra cosa, en cuya presencia las cosas funcionaban bien.

Una vez, de niño, se le había caído de la mesa la azucarera. El azúcar se había derramado y desperdiciado, porque no podía ser separada del vidrio. Todavía podía verlo, la brillante descarga del azúcar sobre las piedras. Su madre lo había hecho salir hasta donde estaba la bicicleta, había hecho girar la rueda, sosteniendo los dedos de él en un ángulo, apretados contra los rayos. Duró una eternidad y el dolor que sintió no habría sido peor si ella lo hubiera desmembrado realmente. Fue una de las primeras lecciones que había aprendido y la guardaría consigo para toda la vida.

Ahora sentía un orgullo infantil de poseer una bicicleta. La dio vuelta y le infló las gomas hasta que se sintió acalorado y satisfecho. Cuando estuvo seguro de que las gomas podrían resistir su peso, apoyó la bicicleta contra el escritorio. Luego, sacó el cajón de fruta del costal y se ubicó ante el hogar.

Al extender la mano, dudó, pero la fruta que eligió parecía pesada. La cáscara no salió fácilmente y la uña de su dedo pulgar dejó una huella oleosa sobre la pulpa. Cuando la probó, sabía agridulce. Tenía muchísimas semillas. Se sacó cada semilla de la boca y las arrojó al fuego. El jugo le manchó el uniforme, pero le dejaría una nota a Doherty para que se lo llevase a la mujer de Duignan para que se lo planchara. Antes de que tragara la última parte de la primera naranja, su mano ya buscaba la siguiente. Esa vez

no clavó la uña para no romper la pulpa. Las cáscaras se chamuscaron un rato sobre los carbones de la chimenea, pero se encogieron y, en un momento dado, se volvieron parte del fuego.

Se le cruzó por la mente lo que sabía de las mujeres. Intentó pensar en cada una separadamente —en lo que tal había dicho o en cómo, exactamente, tal otra estaba vestida—, pero las tenía tan mezcladas que eran todas lo mismo: la misma carne abultada contra el borde de las medias, el grito superficial, el olor del vinagre de malta en el cabello. Qué rápido había pasado todo eso. Se comió las naranjas y pensó en esas mujeres, y llegó a la conclusión de que había muy poca diferencia entre ellas. Para cuando la última semilla estuvo sobre las brasas, estaba saturado.

—Otra baja —dijo en voz alta en el salón vacío.

El reloj de pared seguía marcando los segundos y la lluvia golpeaba fuerte y con dureza la puerta del cuartel. Quemó el cajón de fruta y arrojó el polvo del carbón sobre las brasas. Cuando estuvo seguro de que no quedaba evidencia de cómo había pasado la noche, encendió la vela y subió al piso superior, sintiendo un estremecimiento que hizo temblar la luz. No se sacó la ropa. Se metió en la cama como estaba y buscó el reloj. Mientras le daba cuerda y sentía cómo se tensaba el resorte, el antiguo deseo de darle cuerda hasta el tope se apoderó de él, pero peleó contra él, como siempre, y apagó la vela. Luego, se acurrucó en el medio de la cama fría. Cuando cerró los ojos, sintió la misma vieja angustia, brillando como agua oscura en la parte posterior de su mente, pero pronto se quedó dormido.

Antes de la primera luz, se abrió paso a tientas hasta el excusado exterior y sintió pasar las naranjas por su cuerpo. Hubo una satisfacción en ello que, al mismo tiempo, renovó y profundizó el despilfarro. Cuando volvió adentró, encendió la lámpara, preparó té y untó con manteca un pedazo de pan blanco. Sacó la navaja de afeitar de su estuche, la afiló en la correa de cuero y se afeitó. En el espejo había unas sombras inexplicables, pero no lo distrajeron. Se lavó, se puso el traje marrón bueno, tomó el anillo y la llave, y salió a ver cómo estaba el día. No había lluvia, pero sí nubes que se

amontonaban a un lado del cielo.

Escribió la nota para Doherty, se puso los broches y la capa sobre los hombros. Cuando se sentó en el asiento, sintió que los resortes cedían ante su peso. Comprobó que tenía el anillo, la llave y se apoyó en los pedales para arrancar. Pronto estaba pedaleando por las colinas, sabiendo absolutamente bien que los días de haraganear y hacer ruborizar a las mujeres estaban llegando a su fin. Lo asaltó una sensación de frío. Le resultaba nueva y como todas las sensaciones nuevas le produjo angustia, pero siguió pedaleando, preparando el discurso. Para cuando pedaleaba por donde ella vivía, fue consciente de la lluvia y del ruido que esta hacía, del golpeteo de las gotas sobre el manubrio.

Cuando entró al pueblo de ella, vio los juncos y supo que el barro que había debajo de ellos era poco profundo. Con un gusto amargo en la boca, enfiló hacia la montaña, pero antes de haber hecho la mitad del trayecto se quedó sin aliento y tuvo que bajarse de la bicicleta. Al seguir caminando, pudo sentir su futuro: la mano huesuda de la mujer golpeando con un sonido a hueco en la hogaza y el niño, con la mirada hambrienta, pidiendo pan.

LA NOCHE DE LOS SERBALES

Hace tiempo, en cada casa del país, la gente se lavaba los pies, al igual que lo hace ahora, y cuando uno se había lavado los pies, siempre se arrojaba el agua afuera, porque el agua sucia no debía guardarse nunca adentro de la casa durante la noche. Los viejos siempre dicen que algo malo podría ocurrirle a la casa, si el agua de los pies se guardaba adentro y no se tiraba, y siempre decían también que, cuando uno arrojaba el agua afuera, debía decir «¡Seachain!», por temor a que alguna pobre alma o espíritu pudiera estar en el paso. Pero eso no viene al caso, y debo proseguir con mi historia…

De «Agua de los pies»,
un cuento de hadas irlandés

Poco después de que el cura murió, una mujer se mudó a su casa en la colina de Dunagore. Era una mujer corajuda que claramente no estaba acostumbrada a vivir en la costa: no habían pasado cinco minutos desde que había colgado la ropa lavada en la cuerda, cuando sus prendas se volaron hasta la mitad del pantano. Margaret Flusk no tenía ni sombrero, ni botas de goma, ni marido. Su cabello castaño era largo y caía sobre su espalda en hebras sueltas como algas. Vestía un gran abrigo de piel de cordero que le quedaba perfecto y cuando contemplaba el mundo mortal lo hacía con la severidad de la mujer que ha soportado mucho y sobrevivido. Cuando se mudó a Dunagore aún no tenía cuarenta, pero ya había pasado el momento en que podía tener hijos. Ese poder la había abandonado hacía años y ella siempre le echó la culpa a aquella noche de los serbales.

La casa del cura se levantaba en el punto más alto de la colina, al lado de la antena, cuya sombra crepuscular caía dentro de las habitaciones. Estaba unida a otra casita del mismo tamaño y ambas se veían como dos liebres inmóviles enfrente de los Acantilados de Moher. Era otoño cuando llegó ella. Hacía tiempo se habían ido las golondrinas y todas las moras que aún colgaban de los brezos habían empezado a pudrirse. La casa olía al cura. Margaret arrastró todo lo que no quería hasta el extremo del corral y le prendió fuego. Como era supersticiosa, guardó la ropa. Si regalaba la ropa del cura, este no tendría que ir desnudo al otro mundo. Pintó todas las paredes y techos con un balde de pintura blanca, desinfectó los pisos, el umbral y restregó los vidrios de las ventanas hasta que estos rechinaron bajo el trapo, porque, a pesar de que no venía del

condado de Clare, sabía que nada bueno pasaba jamás en una casa sucia.

Después de barrer la chimenea, salió a toda prisa, cortando por los campos, en dirección a una granja de la cual salía humo. Poco después, volvió corriendo con una pala llena de brasas, sus piernas largas daban nerviosas zancadas sobre el pantano. Luego de eso, el humo nunca dejó de subir. No se iba de la casa ni dormía tanto como para que el fuego se apagara. De hecho, a ella le gustaba levantarse cuando las estrellas todavía estaban en el cielo. Le producía satisfacción ver una estrella fugaz. Aunque creía en las fuerzas de la naturaleza, estaba determinada a evitar la mala suerte. Ya le había tocado su parte de mala suerte, de modo que ahora nunca tiraba las cenizas un lunes, ni pasaba ante un jornalero sin bendecir su trabajo. Arrojó sal sobre el hogar, colgó una cruz de Santa Brígida en la pared del dormitorio y prestó atención a las fases de la luna.

Cuando terminó de limpiar la casa, manejó colina abajo y alrededor de la costa hacia Ennistymon. Esos caminos eran estrechos y empinados. Podía oír el agua de los pantanos corriendo por las zanjas. Más allá de los muros de piedra, pastaba el ganado huesudo y pequeños rebaños de ovejas lanudas. Los ponis estaban con sus traseros al viento como si este fuera a fertilizarlos. Toda criatura parecía capaz o a punto de volar.

Una vez, cuando Margaret era niña, su madre había ido de peregrinaje a Knock y había vuelto con un palo y una sombrilla. Margaret esperó un día ventoso, abrió la sombrilla, y saltó desde la pared de la casa de la caldera, creyendo que volaría, y aterrizó sobre el camino con un tobillo roto. Ojalá en su vida de adulta sus creencias infundadas pudieran ser tan bruscamente desmentidas. Ser adulta era, en su mayor parte, estar a oscuras.

En el pueblo, había un loco de pelo canoso que dirigía el tránsito sobre el puente:

—¡Rápido! ¡Rápido! El invierno está a la vuelta de la esquina.

Compró harina y azúcar, avena, crema de leche y té, arvejas y porotos, papas y sal de pescado, llevó todo a la casa y horneó un pan.

Cuando a las cinco en punto se puso oscuro, salió, se levantó la falda y se puso en cuclillas sobre el pasto. No sabía por qué, pero quería orinar sobre cada brizna de pasto que hubiese alrededor de la casa. Ahí arriba, el pasto era largo y ácido. Dunagore era un lugar extraño, sin siquiera un árbol, ni una hoja marchita que pudiera verse en otoño, apenas el tembloroso pantano y todas las gaviotas volando en redondo, chillando debajo de las incansables nubes. El paisaje parecía metálico, muy resistente y eterno, pero, para Margaret, viniendo de un lugar de robles y fresnos, no tenía sustancia. No había sombra en el verano, ni campos de centeno poniéndose amarillos en el mes de agosto. Los cielos del este ahora estarían oscurecidos por las hojas muertas, las terneras estarían en los establos, las vacas del tambo encadenadas a sus compartimientos.

A la mañana siguiente, cuando Margaret salió para vaciar el balde de cenizas, el viento las trajo de vuelta hasta sus ojos, cegándola. Cuando entró, decidió que permanecería en la casa el tiempo que fuera necesario para no dañar a nadie ni dejar que nadie la dañara a ella. Si alguna de esas cosas sucedía, se mudaría. Seguiría su curso, subiría a un bote y cruzarían hasta las islas Aran, yendo tan hacia el oeste como pudiera, sin irse de Irlanda. Pero hasta entonces, haría lo posible por mantener a la gente a distancia, ya que esta solo era un fastidio.

No cualquier hombre puede afilar una guadaña o cortar turba. Stack, el solterón de cuarenta y nueve años que vivía en la casa de al lado, tenía la cabeza calva y semillas de gris en los ojos. Había vivido y trabajado la tierra con su padre toda su vida hasta que su padre murió. Tenía treinta y ocho cuando su padre falleció y se había quedado con todos los pantanos y un ingreso por la turba. No vivía solo, sino con Josephine, la elegante cabra marrón que dominaba la casa. De día, ella se quedaba mirando el fuego y a la noche ocupaba más de la mitad de la cama. Stack la ordeñaba todos los días, le frotaba Palmolive en las ubres y siempre recordaba traerle del pueblo panecillos de higo. Él había cortejado durante doce años a la hija de un pequeño granjero en las afueras de Lehinch y le había pagado seiscientas veinticuatro cenas dominicales, pero ella jamás le

permitió que le tocase ni el dobladillo de la falda o que le apartara el cabello de los ojos, como para poder verla debidamente. Una vez ella se emborrachó un poco y él le apoyó la mano sobre la rodilla desnuda cuando se sentaron en el auto, detrás de la puerta trasera de la casa de la mujer, pero eso fue todo. Al final, ella se fue y se casó con un hombre que vendía piedras y Stack encontró a Josephine a través de un anuncio en el *Diario del Granjero*.

Stack no podía soportar separarse de nada. El cuarto de huéspedes estaba atiborrado hasta el techo con las cañas de pescar de su padre, la máquina de coser de su madre, herbicidas, frascos de mermelada, la antigua y sólida cocina a combustible. Conservaba todas las ropas que alguna vez usó, desde saquitos de lana hasta los pantalones que había dejado de usar hacía poco, y mantenía la puerta cerrada porque a Josephine le gustaba entrar y comerse las pantuflas de la madre.

A Stack no le gustaba pensar que él alguna vez pudiera llegar a ser como la nueva generación. Los jóvenes no podían atrapar un pez o separar la crema de la leche. Daban vueltas por ahí en coches que no podían pagar, con niñitos que jamás probarían la leche de sus madres, cometiendo adulterio a la menor oportunidad. De hecho, las oportunidades eran permanentes. Bebían cerveza directamente de la botella, volvían de los Estados Unidos o de Praga buscando *pizzas* y no podían decir la diferencia entre una papa y una ciruela. Y ahora había una mujer viviendo al lado, prendiéndole fuego al buen mobiliario del cura, caminando por los caminos con el cabello enredado como si no tuviera peine.

Pasó el tiempo y poco sucedió en Dunagore. El viento que venía del Atlántico empujaba las nubes en una dirección y luego en la otra, soplaba notas inquietantes en la antena, abría los portones. El ganado y los rebaños de ovejas se escapaban, erraban y eran capturados. El cartero difícilmente se detenía alguna vez en lo de Margaret, salvo para entregarle la cuenta de la electricidad. Una vez, un hombre de mediana edad llegó hasta su puerta y le pidió que firmara una petición para que arreglaran los baches del camino. Mientras ella firmaba, los ojos de él avanzaron sobre el cuerpo de la

mujer.

—¿Tenía alguna relación con el cura? —preguntó el hombre.

—¿Por qué? ¿Me parezco a él?

Él le miró las narinas, los ojos de gitana y la boca paciente.

—Usted no se parece a nadie —dijo él, y fue hasta la puerta de al lado para conseguir la firma del propietario de los pantanos.

Margaret dormía bien, comía abundantemente y seguía yendo hasta la orilla del mar. A veces, hacía todo el recorrido hasta Moher, miraba desde los acantilados y se asustaba. En ocasiones, cuando estaba por ahí, con la lluvia empapándole el cabello y la piel de cordero, pensaba en el cura.

El cura había sido su primo hermano. Solía ir a su casa cada verano para la cosecha del heno. Llegaba con el buen tiempo, se sentaba al lado de ella en la parte superior del almiar; recoger las papas nuevas le despertaba el apetito; arrancaba cebollas de verdeo y se las comía crudas. Margaret era adolescente. En ese entonces, los cielos eran azules. De joven, él decía que se casaría con ella, que le pediría permiso al obispo, que criaría Shorthorns y que tendría dos hijos, un casal de palomas. Margaret podía verlo venir desde los campos con un puñado de trébol, diciendo que el prado no tenía comparación. Y entonces, se fue al seminario y se convirtió en el orgullo de una familia que ya no volvió a llamarlo por su nombre:

—¿Otro poco de salsa, padre?

—¿Cree que existe un lugar como el limbo, padre?

—¿Dijo adonde iba mi padre, padre?

A pesar de que regresaba cada verano para cosechar el heno, nunca más volvió a sentarse en las acequias, sacándole a ella los nudos del cabello, hablando de los hijos que tendrían. Pasaron los veranos y toda la familia, en lugar de encender el tocadiscos y abrir la cerveza cuando el heno estaba seguro en el pajar, se arrodillaba y rezaba el rosario.

Margaret trataba de no pensar en el cura. Al cabo de sus caminatas, se sentaba con los pies en una palangana de agua jabonosa a escuchar *Raidió na Gaeltachta*[5] o se metía en la cama con una bolsa de agua caliente, consiguiendo que la luz de la

lámpara diera en el ángulo correcto de los libros del cura. A veces se topaba con un párrafo que subrayaba, pero las palabras no tenían mayor significado. Todo aquello con lo que se topaba en la casa no le significaba nada. A veces veía la sombra de él en la cabecera de la cama, sentía su fría presencia ensombreciendo la suya y volvía a ver su cuello abierto, la paja menuda atrapada en sus botamangas, pero ese era solo su espectro.

Si alguna vez, antes de dormirse, se preguntaba qué estaba haciendo en su cama el vecino del otro lado de la pared, no se demoraba mucho en eso. Trataba de no pensar demasiado en nada. Poner el pasado en palabras parecía ocioso cuando el pasado ya había sucedido. El pasado era traicionero, se movía subrepticiamente. Ya la alcanzaría a su debido tiempo. Y en todo caso, ¿qué podía hacerse? El remordimiento no alteraba nada y la pena simplemente lo traía de vuelta.

Sin duda, ella era objeto de curiosidad. Algunos decían que su gente había muerto y que el cura era su tío, que, a él, ella le había dado pena y que le había dejado la casa. Otros juraban que ella era una mujer rica, cuyo marido se había escapado con una adolescente y que eso le había roto el corazón. Cuando en el *pub* se hacía tarde, todo el mundo sabía que el cura había estado enamorado de ella, que ella había tenido un hijo de él y que lo había perdido, que él no se había salido del clero en absoluto esa vez que él se había salido del clero.

En la noche del Día de Difuntos, el hombre de mediana edad que le había dado las brasas golpeó a la puerta de ella, pero Margaret solo se quedó allí mirándolo a través del vidrio. Después, se fue. Y las mujeres dijeron que debía de estar atravesando un cambio en su vida.

—La luna nueva afecta terriblemente a mujeres como ella —dijo una mujer de Lisdoonvarna[6], tocando el centro marchito de un repollo.

—Oh, sí —dijo otra—. La luna la atrae como a la marea.

Stack, como todo hombre que jamás había conocido mujer, creía que sabía mucho sobre las mujeres. Pensaba en Margaret Flusk,

mientras volvía a casa desde Lisdoonvarna, con Josephine sentada en el asiento del acompañante.

—¿No sería terrible —dijo— que a esa mujer le gustara yo? Lo único que tiene que hacer es tirar abajo la pared que separa las dos casas y destruir nuestra paz para siempre.

Lo único que ella necesitaba era una razón para golpear a la puerta de Stack. Si tenía una razón para golpear, él estaba seguro de que la dejaría entrar. Si él la dejaba entrar una vez, ella volvería y entonces él iría a lo de ella y ahí es donde empezarían los problemas. Uno necesitaría una vela y el otro querría que le prestara una pala. Una mujer podría ser una terrible desventaja: podría hacerlo combinar la ropa y tomar baños. Podría hacer que él la llevase a la costa cada lindo día con una canasta de pícnic llena de bananas y sándwiches de atún, y preguntarle adonde había ido, cuando él no hubiese ido a ningún otro lugar que Doolin o Ennis por una gota de combustible.

Diciembre llegó con humedad. Margaret nunca había conocido una lluvia como esa. No venía desde el cielo, sino sesgada, con el viento. Había sal en las ventanas y un olor penetrante a alga en el aire. La gente del pueblo se entregaba a la bebida, mientras los pájaros tenían hambre. La gente jugaba a los dardos por pavos y canastas de comida, salía y se caía. Las mujeres llevaron abetos secos y acebo a sus casas, colgaron lucecitas multicolores debajo de los aleros. Los niños escribieron cartas y las mandaron al Polo Norte. El cartero se quedó sin pies, pero Margaret ni siquiera recibió una postal.

La noche anterior a la víspera de Navidad, fue caminando hasta los acantilados. Le había escrito unas pocas líneas a su madre sin haber recibido respuesta. Su madre podía estar muerta y ella no se habría enterado. El mar estaba enloquecido, comiéndose la tierra. Para cuando volvió a la casa, estaba empapada. La lluvia salada le hizo sentir frío y calor al mismo tiempo. Se estaba poniendo oscuro, pero no había ni una luz en la parroquia. Se había cortado la electricidad. Margaret arrojó turba al fuego. La turba no se había secado del todo. Ardió infeliz en la chimenea, se consumió sin

volverse llama. Ella anhelaba leña, grandes ramas de fresno que pudiese partir con el hacha. Se imaginó a sí misma afuera, en una mañana bella y helada, cortando ramas, amontonándolas contra la pared, y el olor y el calor que saldría de ellas. Pero las ramas eran raras en Dunagore. Su madre, que hablaba poco, cantaba en irlandés:

Cad a dhéanfamid feasta gan adhmad?
Tá deireadh na gcoillte ar lár[7].

Esa noche, Margaret encendió una vela, metió los pies en una palangana con agua jabonosa y observó la turba que se consumía. Se preguntó si el cura se habría ido al infierno. El cura creía en la otra vida, en Dios, el Cielo, el Purgatorio, todo eso. Solía decir que no tenía caso creer en el Cielo si uno no creía en el infierno. Margaret se preguntó si ella se reuniría allí con él, pero le pareció más probable que ella se convirtiera en un *pucán*[8] o en una hoja de acelga silvestre.

La mujer bebió dos botellas de cerveza negra y sintió que el pasado se alzaba ante ella, todos esos veranos de compromisos infantiles, ellos diciendo que iban a casarse y luego yéndose, y toda la familia presenciando su ordenación. El volviendo para recoger el heno sin mucho más que un apretón de manos, comiendo las costillas que ella preparaba y la salsa de perejil, y caminar sola por el bosque, más allá de los campos. Se lo había encontrado en las escaleras, en el establo, en el sendero trasero donde las campanillas hacían que las zanjas se vieran rosadas, pero él había pasado delante de ella, con un saludo con la cabeza como si fuera una sombra de lo que había sido.

Y entonces, un atardecer, salió de la nada un aguacero. La casa estaba sombría; el heno, caído.

—Es nuestro fin —dijo el padre de la mujer, contemplando por la ventana.

—Es solo un chubasco —dijo la madre, siempre tratando de

tranquilizarlo.

—Digo que hoy no deberíamos haber segado. ¿No dije acaso que no debíamos haber segado? —dijo el padre, deseoso de que la lluvia cayera con más fuerza para probar que tenía razón.

—Seguramente, mañana será un lindo día.

—¿Qué estás diciendo, mujer? Estamos terminados.

Margaret salió a la lluvia en dirección al bosque. Siempre se sentía ligeramente a salvo cuando estaba afuera. El abeto Douglas mojado se veía casi azul. Había olor a helecho húmedo. Las anémonas silvestres se estremecían en la brisa húmeda. Se detuvo en el claro, donde crecían los serbales. Sus ramas plateadas se sacudían agradablemente, las hojas temblaban. El cura pasó por el sendero, fumando un cigarrillo, con la camisa de cuello abierto mojada en los hombros. La única razón por la que ella le hizo saber de su presencia fue preguntarle sencillamente por qué nunca la miraba a los ojos o le preguntaba cómo estaba. ¿Podía acaso el hombre que le había propuesto casamiento ni siquiera preguntarle cómo estaba? Entonces lo alcanzó y él le mostró por qué. Se acostaron sin decir palabra sobre el pasto mojado y Margaret supo cuando él plantó su semilla en ella que ella debería pagar por eso. Después, él se levantó y caminó entre los árboles, y se fumó un cigarrillo. Luego le dio la espalda y se fue sin decir palabra.

Era de noche cuando Margaret se levantó. Caminó a la casa, contemplando la copa de los árboles y, más allá de sus ramas, el mechón amarillo de la luna. La experiencia fue como casi todo; no tenía ni punto de comparación con lo que pudo haber sido.

Ahora a veces se imaginaba dónde estaría, qué podría haber hecho si no hubiera delatado su presencia. Siempre tenía miedo de dar el menor paso en cualquier dirección. La mayor lección que el cura le había enseñado fue la lección de adonde podía conducirnos un paso. Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea y volvió a la realidad. El agua de los pies se había puesto fría. Se secó los pies, maldijo un poco para no llorar y se quedó dormida en la silla.

Cuando se despertó, el fuego estaba casi apagado y la vela se había consumido por completo. Afuera, no había luces titilantes en

las casas de alrededor de la costa. Los pueblos de Doolin y Lehinch todavía seguían a oscuras, pero el último cuarto de esa luna invernal brillaba en su jardín. La cabra niñera de su vecino estaba parada sobre sus patas traseras, comiendo todo lo que había a su alcance. Margaret no tuvo la suficiente energía para ahuyentarla. La luna y las nubes se veían muy quietas. Era casi Navidad. Se secó los pies, fue hasta la cama del cura y soñó que era hombre.

En su sueño había un desván de cuyo piso salía pasto. El pasto crecía más alto que la casa, sus tallos se inclinaban hacia el oeste y luego hacia el este y luego de nuevo hacia el oeste, aunque no había viento. Margaret estaba tendida de espaldas, vistiendo únicamente unos pantalones de hombre y cuando puso la mano ahí, en lugar de un pene, había un lagarto gordo que formaba parte de ella, con su cola musculosa sacudiéndose de atrás para adelante. Una mujer que se parecía a ella llegaba desde otro siglo, vistiendo algún tipo de ropa llena de nudos. Cuando vio el lagarto no se estremeció, pero se lo metió adentro de todos modos, y cuando Margaret se despertó, se tocó para estar segura de que no se había convertido en hombre. Cuando vio su mano, se pegó un buen susto, porque vio sangre. Creía que todo eso se había acabado. Se levantó, fue hasta el baño y se lavó.

Era casi de mañana. La luz gris enmarcaba las trémulas cortinas. La casa era una trampa llena de corrientes de aire. Afuera, soplaba la tormenta. Margaret estaba acostumbrada al viento que aplanaba los pastos altos delante de su casa, pero era extraño no oír su poder en los árboles. Nunca se acostumbraba a Dunagore, sabiendo que ninguna semilla se arraigaría y crecería hasta convertirse en un plátano en ningún lugar cercano a la casa. Ahora podía oler su propia sangre. De modo que aún era una mujer fértil. Mientras pensaba eso, vio la palangana del agua para los pies. Abrió la puerta trasera y la arrojó al viento. El viento era tan fuerte que gritaba como un hombre.

Esa misma noche, al otro lado de la pared, Stack no podía dormir. Eso sucedía a menudo. Se preguntaba si otros hombres realmente dormían toda la noche y se despertaban descansados.

Algunas noches le gustaba estar levantado, sabiendo que otros dormían. Se sentaba ante el fuego, comiendo panecillos de crema, mirando televisión con Josephine. Otras noches ansiaba la compañía de otro ser humano, alguien que fuera capaz de cambiar de canales y de calentar la tetera. Cubría a Josephine con su abrigo. Le temblaban las pezuñas. Ella soñaba mucho y comía cosas en sus sueños. Durante las noches agradables, a veces se ponía el sombrero y el abrigo y salía a caminar por los pantanos.

Esa noche, se cortó la electricidad, él bebió cinco *whiskies* calientes y pensó en el pasado. Nada jamás podría compararse con el pasado: su madre riéndose cuando advirtió que él era zurdo; su padre enseñándole a afeitarse; ese verano en que todos se quemaron con el sol en el pantano y se turnaban con la loción de calamina. Qué extraño era oír cantar a su padre y cómo la canción hacía que su madre se ruborizara. Pero su madre y su padre habían muerto. Estaba pensando en la muerte y en cómo se iría él, cuando llegó, tambaleándose un poco, a la casa de Margaret. Creía que moriría solo y que no sería hallado hasta que Josephine se comiera la puerta y alguien la reconociera en el camino, pero la muerte, al menos, era segura. Todo hombre necesitaba estar seguro de algo. Eso ayudaba a darle sentido al día.

Fue hasta la puerta trasera de Margaret y se quedó oyendo. No había movimiento. Se estaba empezando a ver luz y los rayos solares, sin el sol, se hacían visibles más allá de los acantilados. Ni un alma sabía que él estaba allí. Le gustaba estar en la puerta de ella, sabiendo que la mujer estaba adentro, dormida y segura. Se quedó un buen rato, imaginándose que ella era suya. Entonces se abrió la puerta y Margaret salió, medio dormida, con una palangana de agua y se la arrojó en la cara.

Stack volvió a su casa y se sacó la ropa. Josephine se había ido a la cama. A su lado, se sintió flojo, con calor y luego frío. Empezó a transpirar y a tener gases. Sentía que la piedra que siempre tenía en la garganta se hacía más grande y que bajaba a su estómago. Se sentó en el inodoro por un buen rato hasta que la sacó afuera, y cuando lo hizo, era del tamaño de una botella de cerveza. Cuando se

miró al espejo, la mirada se la devolvió un extraño. El extraño era mayor de lo que él creía y tenía los labios separados.

Se durmió y soñó con Margaret vestida con una piel de oso, cabalgando sobre Josephine por los pantanos de Clare. Tenía las piernas y los brazos musculosos. Él siguió las huellas de Josephine hasta que llegaba a la orilla del mar. La mujer golpeaba fuerte a Josephine con una correa de cuero mojado, urgiéndola a que se metiera al mar y la pareja despegaba. Las olas estaban altas. Stack se quedaba en la orilla de la playa, gritándole a Josephine que volviera: «¡Ay, Josie! ¡Vuelve! ¡Josie!», pero ella se hacía cada vez más pequeña y, al final, él veía a Margaret que descendía en la costa de Inis Mór[9], y a hombres con manos rojas que la rodeaban, conduciendo a Josephine por la brida, apartándola, sobornándola con chocolate.

Cuando despertó se sintió como un hombre nuevo. Eran las once en punto de la noche. Había dormido toda la Nochebuena. Apenas parecía posible, pero Josephine estaba encima de él, mordisqueándole la piel suave de los brazos. Abrió la puerta y la dejó salir. Margaret Flusk es salvaje, pensó. ¿Acaso no había visto él sus pechos desnudos debajo de la piel? ¿Y no era cierto que ella meaba afuera? ¿Acaso no se había levantado dormida, sabiendo que él estaba ahí, y apenas parpadeó cuando él gritó?

La mañana de Navidad tomó un baño. No se había pegado un baño desde Halloween. Seguían sin electricidad. Hirvió agua en el calentador de gas y casi se quemó. Se lustró los zapatos, ordeñó a Josephine frente al fuego y puso un pedazo de carne en el horno. No sabía por qué se estaba mirando o lavando, salvo que era Navidad y que se sentía joven y fuerte. Ojalá no se le hubiese caído el pelo. Su padre, hasta el día en que estuvo en el ataúd, tuvo la cabeza llena de pelo. La persona de la funeraria lo había peinado mientras estaba tendido en el salón, pero Stack no lloró hasta que terminó el entierro.

Ahora sacó una anguila de la heladera y la puso sobre la sartén para freiría. Era una propina navideña del pescadero de Ennistymon, quien sabía que a Stack le gustaban las anguilas. Estaba seguro de que todavía estaba buena. Miró la anguila negra

retorciéndose en la sartén. Parecía viva y, por un instante, dudó de que no lo estuviera. Se dio ánimos, volvió a sus cabales y recorrió el tramo que llevaba a la casa del cura.

Margaret no estaba vestida. Se estaba rascando y pensando. Por las mañanas, le gustaba deambular en camisón con un pensamiento, bebiendo té. Había ido al baño y se había asegurado de que todavía sangraba. Era extraño estar produciendo óvulos nuevamente. ¿No sería lindo empollar, pensó, como una gallina? De niña, con un sombrero encajado sobre los ojos, había seguido a una gallina durante días, pensando que esta no podía verla, pero Margaret nunca halló el nido. La gallina la hacía perderse y luego desaparecía entre los helechos. Luego, como salida de la nada, aparecía en el patio de la granja con una nidada de once pollitos.

Margaret pensó que si solo pudiera suprimir al hombre tal vez tendría un hijo. Un hombre era una molestia y una necesidad. Si tuviera un hombre tendría que convencerlo de que se bañara y de que utilizara cuchillo y tenedor. Cortó una toalla en dos y se hizo una toalla sanitaria, calentó el jarro y esperó que se hiciera el té. Del otro lado del vidrio de la ventana, parado allí en mangas de camisa, estaba el solterón de al lado. Ella quería quedarse ahí y sostenerle la mirada, pero era Navidad y, por una cuestión de buena educación, abrió la puerta. El solterón parecía limpio, pero despedía un olor extraño.

—Me llamo Stack.

—¿Stack? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Soy su vecino —dijo, señalándole su propia casa.

—¿Ah, sí?

—Es Navidad y usted no tiene electricidad para prepararse de comer.

—Qué importa.

—Venga y desayune. Tengo gas.

—¡Qué tiene gas! —se rio Margaret.

—Sí.

—No tengo hambre.

—No tiene hambre. Bueno, esa sí que es buena. ¿No sabe que la

luna está cambiando?

—¿La luna? —dijo Margaret. ¿Qué sabía él sobre la luna?

—Póngase la piel de cordero, buena mujer —dijo—. Apresúrese. Se me va a quemar la comida.

Ella no pensó. Se puso la piel de cordero y las botas, y lo siguió hasta el portón de entrada, cuyos goznes se abrieron y cerraron. Había caca de cabra en todo el patio delantero. El porche estaba lleno de partes de bicicleta y había la cabina de un tractor, y la cocina era más oscura que el mar. A la luz de gas Margaret vio picos y palas contra la pared de la chimenea y, colgando de la viga central, una guadaña. En un charco de aceite, se freía una culebra viva. Sobre la mesa, gruesas rebanadas de pan marrón y un envase de margarina. Margaret, vestida solo con su camisón y el abrigo, se sintió más linda que un cuervo. Estoy produciendo óvulos, pensó. Sangro. Nada se acabó. Que el día traiga lo que quiera.

Stack sostuvo una bolsa de arvejas descongeladas y alumbrándose con una vela leyó las instrucciones para cocinarlas.

—Mejor cocino esto para no tener que tirarlas.

Margaret podía leer las instrucciones desde donde estaba sentada. Tal vez él se estaba quedando ciego. Y las cosas que guardaba: caracoles, un calendario de 1985, tapas de botella, pilas gastadas, retratos de papas muertos. Había una foto de Stack, de cuando tenía alrededor de veinte, con la cabeza llena de pelo, tres imágenes del Sagrado Corazón, barómetros y de ese lado de la ventana, detrás del televisor, un ventilador para impedir que el vidrio de la ventana se empañara. Así que a él le gusta saber quién anda por los caminos, pensó Margaret. A través de la puerta abierta vio una cama grande deshecha. Podía oler la cabra. Tal vez la cabra durmiera con él. Imagínate.

—Disculpe por la casa —dijo Stack—. No tengo mujer.

—¿No?

—Bueno, tuve una mujer por un tiempo y ahora no lamento no tenerla. Era mucho gasto.

—Quizás debería buscarse una mujer con dinero.

—Si una mujer tuviera dinero, no me buscaría a mí.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene una pierna de madera?

Él se rio. Era un tipo de risa extraño, más cercano a la tristeza que a la diversión. Por un instante, ella se imaginó la vida del hombre y le dio mucha lástima. ¿Acaso alguna vez alguien supo por lo que estaba pasando el otro?

—No, gracias a Dios. Y por su aspecto, sus piernas tampoco son de madera —dijo, poniendo las dos piernas de ella juntas, sumándolas mentalmente.

—Usted debió de haber abandonado la escuela antes de tiempo —dijo Margaret.

—¿Y eso por qué?

—Después de aprender a sumar, la cosa se complica.

—¿Qué? —preguntó—. Oh, qué forma de ser.

Cuando él pronunció esa palabra, ella volvió a estar debajo de los serbales. Ni Margaret ni el cura pudieron controlarse. Ella lo sintió encima, jadeando, deslizándose sobre su propio estómago hasta quedar a su lado, subiéndose el cierre, avergonzado. Y la excitación de aquello: la excitación después de una década de sentarse sobre almiares de heno, de comer cebollas de verdeo, de él dejando la primera prímula sobre el asiento de la bicicleta de ella. Al romper sus votos de celibato, parecía posible que, de algún modo, pudiera reemplazarlos por otros. Esa noche también hubo sangre. Más allá de la cabeza de él, podía ver los frutos de color naranja brillante de los serbales.

—Josephine se porta mejor que cualquier mujer en Irlanda —iba diciendo Stack, indicando con la cabeza en dirección al sillón.

Allí, en la oscuridad, estaba la cabra que la miraba fijo. Sus ojos daban miedo. Stack buscó y sacó un ramito de acebo de atrás de una foto. Margaret pensó que se lo iba a dar a ella, pero él se lo dio a Josephine, quien se lo comió.

—¿De qué parte del país viene usted? —preguntó.

—Wicklow.

—Chupacabras[10] —dijo él—. Eso lo explica.

—¿Me invitó para insultarme?

—Eso sería difícil, usted es orgullosa —dijo, pinchando la

anguila con un tenedor—. Está lista. Acérquese una silla.

Ella no quería acercarse una silla, no quería sentarse en ese lugar horrible a comer culebra frita, con toda esa gente muerta en las paredes. Bueno, ¿pero qué esperaba? ¿Qué ocurre cuando una mujer, vestida apenas con su camisón, sigue a un hombre a su casa la mañana de Navidad? Pero estaba oliendo carne quemada y tostadas, viendo humear la tetera. El día anterior no había comido. Es el estómago, no el corazón, el que nos guía, pensó. Agradecía la oscuridad que había en el cuarto para poder comer ignorando lo sucio que estaba. Josephine se sentó debajo de la mesa, con su propia tostada enmantecada.

—La mayoría de la gente tiene perros —dijo Margaret.

—Ah, pero la cabra —dijo Stack, dando comienzo a su tema favorito—, la cabra es una gran ventaja. Come cualquier cosa. Va a cualquier parte. Es dos veces más grande que cualquier perro, es como un radiador ambulante que calienta el lugar y, para rematarla, da leche. ¿Le gusta la leche de cabra?

—No. Pero dicen que es noble el niño bautizado con ella.

—¿Lo siguen diciendo? —dijo. Estaba mirando la carne en el horno. Había empezado a chisporrotear y bajó la llama—. ¿Usted es una de esas mujeres supersticiosas?

Ella tenía la boca tan llena que no podía contestar. La anguila estaba riquísima. Una vez, su madre la había llevado a comer al mercado. Allá las comidas grandes eran baratas. Llegó un vecino y ordenó de comer. Tenía la cara blanca. La madre de Margaret lo observó comer y salir a un rincón, de espaldas a todos sus vecinos. Entonces dijo: «¿Ves ese hombre? Si en alguna oportunidad ves a un hombre como ese, déjalo tranquilo hasta que se sacie. Un hombre así es peligroso». Ahora Margaret se sentía como ese hombre. Bebió el té, comió varias rebanadas de pan tostado y la mayor parte de la anguila.

Stack le miró la gran nariz y el largo cabello y le volvió a llenar la taza. Cortó más anguila y observó a Margaret. Mientras ella comía, no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría el hijo que fueran a tener juntos.

—¿No extraña la parte del país de donde viene?

—Extraño los árboles —dijo la mujer—. Extraño los fresnos.

El serbal, el fresno de montaña, era lo mismo.

—Bueno, no se la puede culpar por eso —dijo Stack—. No hay fuego como el fuego de fresno.

Margaret tragó lo último que le quedaba y lo miró. Miró los ojos grises del hombre. Parecía decente y qué le importaba que fuera raro. Toda la mejor gente que había conocido era rara.

Stack continuó bromeando. Criticó a los jóvenes y a la turba, al *Taoiseach*[11], habló de las resoluciones de Año Nuevo y de las quemaduras de sol. Cuando se detuvo para tomar aliento, Margaret se volvió a su casa.

Es un hombre solitario, pensó, y está desesperado. ¡Pero esa cabra! ¡Ella no tendría tiempo para la cabra, allí sentada en la oscuridad como una bruja!

Cuando Margaret llegó a su casa, la puerta estaba abierta de par en par y había una camada de cachorros mestizos y negros correteando por el piso. Habían mordido hasta romper los lomos de los libros de la biblioteca, se habían subido a todos los muebles y dejado huellas de las patas sucias en su preciosa colcha blanca. Un cachorrito negro trotó hacia ella, le lamió la mano y meneó la cola. La mujer lo dio vuelta y vio, debajo de su vientre, un pene. Lo echó y pensó en Stack. No podía entender por qué había seguido a un completo extraño a su casa y había comido toda esa comida, cuando podía haber estado envenenada. Todavía podía ver la gran cabeza calva y a él buscando el ramo de acebo.

Esa noche vio niños que les hacían una redada a los cachorros, silbando, linternas que iluminaban, ojos verdes corriendo como demonios en todas las direcciones. Había perros en el cementerio la noche en que ella pisoteó la tumba del cura. De modo que estaban de vuelta. El cura era celoso, pero estaba muerto. Sintió un frío horrible y se puso un cárdigan sobre el camisón. No tenía manera de calentar agua para la bolsa de agua caliente. Se sentó a la luz de la vela hasta que la vela se extinguió. Entonces avanzó a tientas al dormitorio y se acostó allí, a oscuras, sabiendo ahora qué había al

otro lado de la pared.

Cuando los *pubs* abrieron después de Navidad, hubo comentarios. Esa mujer Flusk había sido vista saliendo de lo de Stack, vestida apenas con un camisón. La debía de haber esquilado, decían, ya que no había señal de su piel de cordero. Stack la había arrastrado por su propio patio hasta la casa de ella. Algunos decían que la cosa había quedado ahí.

—Debe de estar bebiendo su Bovril[12], entonces —dijo el almacenero.

—¿Seguro que no estará necesitando una escalera para llegarle a la bombacha?

—Ah, en la cama somos todos iguales —dijo un viejo.

—Imagínense a los dos en cueros —dijo la mujer del dueño de la mercería—. Se asustarían mutuamente.

—Ni la mitad de grande del susto que a ella le gustaría tener —dijo el rematador, que hacía lo que podía para unírseles, pero que estaba sufriendo por un dolor de muelas.

—Usted quiere decir un susto pequeño —dijo la camarera, que era soltera y envejecía, simulando no preocuparse—. Dos aceitunas y un maní quemado.

—Deberías saberlo —dijeron todos, porque sabían que la camarera pensaba que sería un lindo numerito estar allí en la casita con Stack, mirando desde arriba a todos los turistas en el verano y él lleno de dinero y nadie para gastarlo salvo ella y Josephine.

En Dunagore el humo siguió saliendo. Margaret se compró dos cajas de toallitas sanitarias en el supermercado y dejó a las mujeres hablando.

—¡Ahora, en Dunagore, podría haber un bebé!

—¿Será Stack el orgulloso padre?

—¿Seguro que no es la primavera que viene?

Margaret caminaba entre aguaceros, seguía el rastro de sus óvulos y de los cambios de la luna. La luz solar duraba más, pero hacia el atardecer el sol rojo siempre se hundía en el mar. La espuma sucia flotaba sobre la orilla de la playa. Los brezos eran gruesos, adquirían nuevo brío como cabello a lo largo de los pantanos. Los

turistas deambulaban por Doolin, buscando música tradicional y mejillones, direcciones para pozos bendecidos. Los hombres bajaban de Dublin para probarse en el campo de golf de Lehinch, perder pelotas y encontrar otras. Una que hacía dedo golpeó a la puerta de Margaret y le preguntó con acento alemán en qué dirección estaba el este. Margaret señaló hacia donde estaba su hogar y la joven cortó camino por los campos.

El día de San Valentín, salió y allí, ante la puerta principal, había una pila de ramas de fresno. Stack las había dejado durante la noche. Había hecho una llamada telefónica mientras estaba borracho, había subido hasta Limerick y cambiado dos camiones de turba por la pila de ramas.

Margaret se subió al auto y tomó el camino a Ennistymon. Sin poder evitarlo por lo estrecho del camino, se tocó con otro auto. Ambos perdieron sus espejitos laterales, se detuvieron, se encogieron de hombros y prosiguieron viaje. Cuando llegó al pueblo, el hombre del puente le hizo señas de que parase:

—¡Siete repollos por una libra!

La gente estaba comprando tarjetas, rosas rojas. Margaret compró un hacha, volvió y se pasó la mañana cortando las ramas. Esa noche levantó un tremendo fuego. Se sentó ante el hogar, con los pies en la palangana, transpirando. Bebió el jerez que había comprado para un postre que nunca había hecho y pensó en su hijo. Habría tenido nueve años, de estar vivo. Había oído a la *banshee*[13] la noche antes de que muriera, pero la confundió con un gato callejero. Esa noche, el niño quedó profundamente dormido en su cuna. Tenía el sueño tan profundo, que la ponía nerviosa. A veces, ella ponía la mano cerca de la boca de él para asegurarse de que todavía respiraba. Esa noche, ella había puesto su mano varias veces en la boca de él y a la mañana siguiente estaba frío, con un tinte azulado en los labios. Detuvo el reloj y corrió hasta el bosque con él en sus brazos. Se quedó allí toda la noche, pero, al final, volvió a casa para enfrentarlo todo.

—Muerte súbita —dijo el doctor—. Sucede.

Nunca lo perdonaría por eso. En todo caso, ella no era del tipo

de las que perdonan; perdonar podía significar olvidar y ella prefería aferrarse a su amargura y a su memoria. Pero siempre se culpó a sí misma.

Poco después del nacimiento del niño, un pescador de Rosslare fue a verla.

—Oí que tiene una redecilla[14] —dijo—. Le daré por ella mi último penique. Mi padre y el hermano que tenía en este mundo se ahogaron.

—No puedo vendérsela.

—Si me deja comprar esa redecilla, estaré seguro en el mar.

—Ni por amor ni por dinero la vendería.

—Bueno, dinero es todo lo que puedo ofrecer —dijo, y se fue.

Ella sabía que no estaba bien negarse, pero no podía soportar separarse de eso. Y luego el niño murió y, al final, ella arrojó la redecilla al fuego. Lo que más la molestaba eran las pequeñas cosas que él no había hecho; pensar que nunca había dado un paso, ni se había trepado a un árbol, ni había sido testigo de un verano lluvioso. Margaret había dado por descontado un futuro de tareas escolares en la mesa de la cocina, de cuadernos marcados con estrellas doradas y plateadas, un vómito asqueroso en la puerta de adelante, mediciones de los hombros para un saco. Y entonces el futuro fue tachado, acabado, como algo que desaparece sin ruido.

Febrero se convirtió en un marzo de muchos climas. La superstición de Margaret se hizo más profunda. Al detenerse en un *pub* en Doolin para tomar un bol de sopa, vio un gato sentado de espaldas al fuego y salió corriendo a comprar más carbón. Las colinas siempre parecían más cercanas o negras antes de que lloviera. Una mañana, se despertó y vio un cuervo sentado en la parte de arriba del ropero. Manejó hasta la capilla y encendió una vela por el alma de su hijo. Era la primera vez que iba a la capilla. Afuera del confesionario había una vieja arrodillada. Margaret encendió la vela a los pies de San Antonio, se arrodilló en el primer banco y se quedó contemplando el púlpito. Se imaginó al cura, allí de pie, dando sermones, mientras el vientre de ella crecía por el hijo de él. No era su intención rezar, pero cuando se puso de pie vio que tenía las

rodillas lastimadas, que la vieja se había ido y que había niños ensayando su primera comunión. Observó a cada niño, buscó el rostro de uno al que nunca vería, llenó su botella de jerez con agua de la fuente del porche y cruzó la plaza. Al lado del puesto de verduras había estacionada una casa rodante. *Conozca a Madame Nowlan, Adivina*, decía el cartel. Margaret fue hasta el hotel y pidió un arenque frito. Afuera, los cuervos parecían inquietos. Cuando terminó de comer, quiso una bebida, pero no supo realmente qué pedir. En la casa de sus padres guardaban *whiskey* para los terneros enfermos, y aguardiente para frotar a los perros, pero nadie bebía nunca nada, salvo cerveza negra en Navidad o cuando se segaba el heno. Apenas venía gente a su casa, pero cuando lo hacía, bebían el *whiskey* de los temeros y su padre se quejaba de que iba a tener que salir a comprar más.

Caminó hasta el bar y señaló una botella. En la etiqueta estaba escrito *Sambuca*. Pidió un vaso grande. El barman le preguntó si lo quería solo y ella dijo que sí, pensando que podría tratarse de algún tipo de copa. Tenía gusto a regaliz y le sacó el dejo a arenque. La gente entraba y la miraba. Ella podía leerles la mente. Esa es la mujer que tuvo el hijo con el cura. Esa es la mujer que vive sola. Ahí está la Flusk que persigue Stack. Cuando ya no pudo soportar más, se puso de pie y volvió a la casa rodante.

De mala gana, subió hacia donde venía la luz de las velas. Madame Nowlan estaba comiendo unos bollos a los que les sacaba las pasas con las uñas. Tenía cabello rubio y un bronceado falso. Sobre la mesa había una tetera.

—¿Quieres que te diga la suerte, cariño?

—No estoy segura.

—Vamos, entra. No te preocupes —dijo. En la radio, Willie Nelson estaba cantando una canción sobre amar a alguien a su propia y peculiar manera—. Leeré tus hojas.

Margaret bebió el té y, por un rato, hablaron sobre el tiempo. La mujer era una especialista en lluvia. Era raro hablar con otro ser humano. No había mantenido una conversación desde Navidad y le resultaba un esfuerzo terrible tratar de darles sentido a las palabras

de otro, luego a sus propias palabras, considerando todas las posibilidades de malentendidos que había en el medio. Madame Nowlan sacó un espejo y se pintó los labios.

—¿Qué tal me veo?

—Se ve bien.

Luego recogió la taza de Margaret y, con toda tranquilidad, empezó a leer las hojas.

—Veo al hijo muerto de un hombre de aquí. Veo una propiedad, una casa sobre una colina y una terrible vergüenza. No hay necesidad de esa vergüenza. No fue culpa tuya que muriera ese niño. Veo el número siete y a un hombre con una ese en su nombre. Ya conoces a ese hombre. En tu recuerdo hay árboles. Eres terca como una mula. No te quedes en el lugar donde estás. En la parte de atrás de esa casa hay una sombra. Debes criar a tu próximo hijo en lengua irlandesa. ¿Quién es esa cabra? Ahí hay celos. No puedo entender.

—Mi vecino tiene una cabra.

—Esa cabra es malsana. Bueno, perdiste y obtuviste tu fertilidad. Todo eso es claro. ¿Por qué tu gente es tan difícil? Te dieron la espalda por ese religioso. Ten otro hijo —dijo la mujer—. Ahora es el momento. El próximo hijo hará que tu vida valga la pena ser vivida. Después de él, dejarás de mirar desde los acantilados. Pero dale la redecilla al próximo marinero. El último al que se la negaste se ahogó.

—No.

Ahora la mujer estaba en silencio.

—Es terrible —dijo Margaret, mirándose los pies.

—¿Hay algo que quieras preguntar?

Por un rato no pudo hablar. Finalmente dijo:

—¿Ve algo sobre mi madre?

—¿Tu madre? Tu madre se fue a un sitio mejor.

Margaret le agradeció y le dio todo lo que tenía en el bolsillo. Al volver, los caminos parecían más empinados; los setos, más altos. Los ponis parecían enormes. Le tomó varios minutos poner la llave en la cerradura, y cuando lo hizo, se desvistió y se sentó frente al

fuego. Se tumbó en el piso, sin darse cuenta, hasta que sintió un gusto salado, de que estaba llorando. Comenzó a gemir. Stack oyó la pena de ella que atravesaba la pared de piedra.

Algunas horas más tarde, estaba de nuevo afuera, desnuda salvo por la gran piel de cordero y sus botas de cuero, avanzando por el camino que daba a los acantilados. Stack la siguió, pero sus piernas no eran tan largas como las de ella, y no pudo alcanzarla hasta que ella se detuvo en Moher. Estaba boca abajo, sobre el pasto mojado, mirando el precipicio. Pasó una eternidad. Se estaba poniendo oscuro. Stack se mantuvo bien apartado, pero le miraba fijo la nuca hasta que ella se volvió y lo enfrentó. Parecía una fiera, pero su voz era tranquila.

—Estaba enamorada de él —dijo simplemente.

—Como si no lo supiera.

—Perdí a su hijo. Mira —se abrió dos botones para mostrarle la cicatriz de la cesárea.

—Eso debe de haber sido horrible.

—Sí —dijo—, fue terrible.

Las olas seguían formándose en la superficie del océano. El viento no soplaba fuerte, pero tampoco cesaba. Ninguno de los dos quería que nada cesara. Stack deseó tener la cabeza llena de pelo. Deseó no haber desperdiciado todos esos años en la hija del granjero.

—Nunca estuve enamorado —dijo el hombre—. No tengo a nadie, salvo a Josephine.

—Eso me rompería el corazón.

Él se volvió a mirarla.

—Tu corazón ya está roto.

Tan pronto Stack dijo eso, mejoró la opinión que ella tenía de él. Volvió a mirar el océano. No estaba furioso. Cada ola parecía frenar antes de los acantilados, deteniéndose antes del final de su viaje y, no obstante, las próximas olas seguían llegando como si no hubiesen aprendido nada de las olas que las precedían.

—Debe de parecerte extraño, yo diciéndote estas cosas.

—Supongo que sí. Pero dudo de que alguna vez vaya a entender

a las mujeres. Dime esto: ¿qué clase de mujer mea afuera?

Margaret se rio. Sacó la cabeza y los hombros sobre el Atlántico y dejó que su risa cayera. No estaba intimidada por el océano o por la altura de los acantilados. Mientras su risa caía, Stack se dio cuenta de que ella lo asustaba bastante.

—Ven —dijo—. Se está poniendo oscuro.

Enfilaron hacia la casa. Habían dicho tanto que ahora no sabían qué más decir. Unos pocos obreros municipales estaban terminando las tareas del día, desparramando lo que quedaba de asfalto caliente.

—Que Dios bendiga el trabajo —dijo Margaret.

El obrero la miró y saludó con el sombrero.

Desde la distancia, las dos casas sobre la colina de Dunagore parecían una, con el humo de la de Margaret girando alrededor de las ventanas iluminadas. Stack, que no quería que la caminata terminase, aminoró la marcha en la colina, pero Margaret no alteró su paso. Siguió caminando, sus piernas desnudas trepaban la colina, su cabello volaba salvaje alrededor de la cabeza. Cuando llegaron a Dunagore ella ni siquiera le deseó las buenas noches, sino que caminó hasta su propia casa y cerró la puerta.

Llegó el verano y la lluvia amainó. Las golondrinas volvieron y encontraron sus nidos, la madreselva trepó en las cunetas y los brezos florecieron. Un martes por la mañana golpeó a la puerta de Margaret un desconocido, un hombre de cabello oscuro con mirada perturbada.

—Oí que usted puede curar el dolor de muelas —dijo.

A Margaret no la sorprendió.

—¿Se siente muy mal?

—Estoy enloquecido.

El hombre se sentó y se cubrió el rostro con las manos, y empezó a llorar.

Margaret salió y atrapó una rana.

—Póngase las patas traseras en la boca sin lastimarla y el dolor pasará —dijo—. Si la lastima, el dolor se duplicará.

El hombre sostuvo la rana.

—¿Poner sus patas traseras en mi boca?

—Sí.

—Bien —dijo el hombre—. Intentaré cualquier cosa.

—¿Cómo supo de mí?

—Esa mujer Nowlan de la casa rodante me dijo. Dice que usted es séptima hija, que tiene la cura.

El hombre se fue con la rana y, cuatro días más tarde, Margaret recibió la primera carta desde que llegó a Dunagore.

Estimada Miss *Flusk:*

No me reconozco. No me duele desde la mañana en que la vi y la rana se instaló cerca del barril que recoge la lluvia. Muchas gracias

John McCarthy
Rematador

Ese atardecer depositaron una carga de abedules en la puerta de Margaret.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—No sé —dijo el tipo del camión—… Es del hombre con dolor de muelas. Es todo lo que sé.

Pronto toda la parroquia comenzó a llegar. Había hombres con forúnculos y mujeres que no querían más hijos; mujeres que estaban desesperadas por tener hijos, y un niño nacido en Navidad que veía espectros y no podía comer. Tenían culebrilla y gota y piedras en las gargantas, rodillas lastimadas y establos embrujados. Margaret les imponía las manos a esos extraños y sentía sus miedos y esos miedos le ponían el corazón en diagonal. La gente se iba en buena fe y sus dolencias y apariciones desaparecían. Se despertaba y encontraba nuevas papas y ruibarbo, y frascos de mermelada y bolsas de manzanas y leña afuera de su puerta trasera. Sus sueños se hicieron negros como las puertas carbonizadas del infierno. Empezó a decirle a Dios que lo lamentaba, empezó a dormir hasta tarde y cuando se

despertaba, las vecinas andarían por allí friendo, haciendo hervir huevos, hablando. Llegaban hombres desconocidos y limpiaban el musgo de su techo, ponían nuevos goznes en su portón y masilla nueva en las ventanas.

Margaret empezó a temer su propia muerte y orinaba alrededor de la casa después de que oscurecía. Esto aún le daba satisfacción. Una noche, después de que un hombre rico le preguntara si ella podría convertir a su antigua amiga en cerda, no pudo evitarlo. Fue a contarle a Stack. Cuando pararon de reírse, Stack se la imaginó pegándole a Josephine con la correa de cuero y a los extraños isleños guiándola. Los hombres de su sueño lo superaban en número. Esa fue la peor parte del sueño. De repente supo que ella se iría y no pudo soportar la idea de que ella partiera. Margaret se había sacado las botas y estaba ahí, frotándose los pies en la cocina de Stack. Los pies de ella eran más grandes que cajas de zapatos y le recordaron una canción.

—Tienes un bello par de pies —le dijo—. Que Dios los bendiga.

Ella no le respondió; se limitó a guardar silencio y a quedarse sentada mirándolo. Se lo veía fuerte por los pantanos, había relojes, demasiados relojes haciendo tictac en las paredes. Margaret se dio cuenta de que no le había dado cuerda a su reloj desde hacía semanas, como si eso pudiera detener el tiempo. Ella no quería que el tiempo se detuviera, pero los extraños estaban siempre llegando, sus palmas repletas de odio y amargura, y a pesar de que ella no sabía ni la mitad de sus nombres, era contagioso. Pensó en la mujer Nowlan y en lo que ella le había dicho sobre el niño.

—Mis óvulos están bien.

—¿Tus óvulos?

—Ven a la cama por una hora.

Cuando fueron al dormitorio, Josephine estaba debajo del edredón. Margaret se rio mientras Stack intentaba levantarla. Cuando él se desabotonó y ella vio su pene, pensó en el lagarto de su sueño. Al principio, él no tenía noción de qué hacer, pero la naturaleza se encargó. Josephine hizo lo que pudo para meterse en

medio de ambos. Cuando Margaret se levantó, Stack se había ido y la cabra la estaba mirando fijo. Había un hedor a cabra terrible y pelo sobre la cama.

Margaret volvió a su propia casa y comió dos latas de salmón rojo, con piel, espinas y todo, y empujó todo con una pinta de crema de leche. Se miró en el espejo. El blanco de sus ojos era como nieve y su piel se había convertido en la de una mujer que vive en el viento salado.

A la mañana siguiente fue a lo de Stack. Él no había dormido, había andado por los pantanos la mitad de la noche, con Josephine.

—¿Tienes un mazo? —le preguntó ella.

—No —respondió él.

—¿No?

—Pero tengo una leve idea de lo que estás pensando.

—¿De veras?

—También yo lo he pensado.

—¿Te importa?

—No —dijo él—. ¿No es lo más sensato? Pero seré yo el que lo haga.

—No —dijo la mujer.

Margaret fue en el auto hasta Ennistymon y compró el mazo. Mientras manejaba, se preguntó qué habría pensado el cura. Habría mirado el cuerpo mortal de ella, caminando por la que había sido su casa, habiendo concebido otro hijo ilegítimo. Todavía estaría arrepintiéndose del día en que le puso una mano encima, pero fue su debilidad tanto como su destino los que lo hicieron extender la mano. Era diez años mayor que ella, y era él, no ella, quien había roto sus votos para con el Señor. ¿Y acaso a ella no le había tocado pagar su parte con la muerte del niño? Y no había sido su culpa. ¿Acaso la gitana no le había dicho que no había sido su culpa?

Cuando llegó a Ennistymon, el loco del puente le hizo señas para que se detuviera.

—¡Hay avestruces en el camino! —gritó—. ¡Despacio!

Que hubiera locos en el mundo la puso contenta. Lo observó, preguntándose si ella misma no estaba un poco loca. Cuando dobló

la esquina, había avestruces caminando por la calle principal. La gente estaba ahí, sobre la acera, observándolos pasar y una niñita, con el cabello trenzado, conducía a los pájaros con un palo. Así que estar loco era lo mismo que estar alerta, pensó Margaret. A veces todo el mundo tenía razón. La mayor parte del tiempo los locos o los cuerdos tropezaban en la oscuridad, buscando con manos extendidas algo que ni siquiera sabían que querían.

Estaba esperando un hijo. Supo esto de la misma manera que supo, después de la mañana de Navidad, que era Stack, no el viento, en su puerta; el que había gritado era él.

Margaret volvió a la casa, sacó la cama del cura del dormitorio, la llevó al campo y la empapó con querosén. Al principio tardó en quemarse; luego ardió y se convirtió en una cama de cenizas. Ella volvió adentro y empezó a golpear para hacer un agujero entre las dos casas. Stack se quedó en su propia casa, al lado de la medianera y sintió miedo. Cuando esa pared se viniera abajo, nada volvería a ser igual. Podía sentir la pena de Margaret Flusk. Su pena estaba más allá de cualquier comparación. Y su fuerza; Margaret tenía la fuerza de dos hombres. ¿No eran sus piernas y brazos iguales, como las de su sueño? Se quedó allí y oyó que el revoque cedía, y luego las piedras.

Margaret estuvo ahí medio día. Cuando vio luz del otro lado, eso le recordó la vez que su madre la despertó, de niña, en la mañana de Pascua, para que pudiera ver bailar el sol, para asistir a la resurrección de Cristo. Cuando atravesó el agujero de la pared, Stack cantaba.

—Dicen que la gente de Clare es musical —dijo la mujer.

—Dicen que la gente de Wicklow chupa leche de cabra de las ubres.

—Por eso es que somos tan lindos.

—Eres una mujer extraña.

—¿Crees que este niño vivirá?

—No sé.

—¿No sabes nada? —preguntó Margaret.

—No.

—Yo tampoco.
—¿No es una suerte?

A Josephine no le gustó el nuevo arreglo. Stack parecía no quererla más. Ni siquiera se calentaba las manos antes de ordeñarla y se olvidaba de frotarle Palmolive en sus ubres. La mujer le robaba la leche, la ataba al pilar de su cama, luego le decía a Stack que la cabra debía ir al establo. Cuando Josephine dio a luz, Margaret destetó al cabrito tan pronto como pudo y se llevó a la cabra con una cuerda hasta arriba de la colina, donde había un *pucán* de mal aspecto.

Stack nunca había comido tan bien. Margaret batía la manteca, horneaba pan, hacía queso con la leche de Josephine y pasaba el resto de sus días comiendo chocolate. Él no podía mantenerla a chocolate. Era como arrojarle galletitas a Josephine. Iba al negocio y volvía con barras Mars y Maltesers, y descubría que ella había sacado otra de las posesiones de su madre al patio y le había prendido fuego. Ella siempre estaba encendiendo fuegos, yendo por ahí con un vientre grande que golpeaba contra las cosas y luego corría afuera para vomitar. Y siempre iba a mear afuera, después de la oscuridad.

Día y noche seguía viniendo toda la parroquia: cada hombre, mujer y niño que buscara deshacerse de sus fantasmas y de la lombriz solitaria. La jarra de agua estaba siempre hirviendo, las teteras iban y venían, y la pobre Josephine atada, prisionera en el establo. Hasta el cura fue, diciendo que le dolía una pierna y preguntando si había algo que Margaret pudiera hacer por él.

Margaret podía decir lo que Stack estaba pensando, ganarle a las cartas y partir una pila de leña mientras él pensaba hacerlo. Tiró el televisor, no lo dejaría tener acebo en la casa para Navidad, y lo observaba cuando comía. Y de noche se mantenía bien alejada de él, era tan mala como la hija del pequeño granjero quien, para ser justos, nunca vomitaba las comidas.

Dicen que algo malo va a ocurrir si no arrojas el agua de los pies. Dicen que el hombre no debe vivir solo. Dicen que si ves a una

cabra comiendo hojas de acedera, lloverá. Margaret dio a luz en la casa del cura. Ese día había trece mujeres y nueve niños allí, corriendo de un lado a otro con tijeras y agua hirviendo, y diciéndole a Stack que se saliera del paso. Él se sentó en su propio lado de la casa con Josephine. Los gritos de Margaret sacudieron la parroquia. Stack se imaginó que oía una palmada y el llanto de un niño varias horas antes de oírlos realmente y luego, la voz de una vieja que decía: «… fácil, sabiendo que no es el primero».

Ahora que Stack había conocido mujer, aumentó la certidumbre de que nunca entendería a las mujeres. Podían oler la lluvia, leer la letra de los médicos, oír crecer el pasto.

Margaret llamó a su hijo Michael, lo bautizó con una jarra de la leche de Josephine. Cuando llegó un pescador de Inis Mór para comprar la redecilla, no aceptó ni un penique. Lo invitó a pasar y lo trató como a un rey, le hizo un postre de bizcocho y jerez y crema. Hablaron hasta tarde en la noche, hasta que Stack se cansó y se fue a la cama. Cuando se despertó, Margaret todavía estaba en la silla y Michael estaba completamente dormido en brazos del pescador.

Para entonces, ambas casas estaban limpias como madera lustrada. Las dos chimeneas que habían lanzado humo sobre la colina de Dunagore ahora eran una. La leña y la turba estaban apoyadas contra las paredes del gablete. La abertura que la mujer había hecho había sido enmarcada con madera y a sus goznes se les había adosado una puerta que abría y que a veces cerraba. Stack se veía más joven. Alguien lo vio en Ennis haciéndose afeitar, sentado en la silla del barbero, con una toalla sobre los hombros, contando un chiste verde.

Margaret hizo lo que pudo para renunciar a la superstición. Empezó a creer que nada en lo que no creyera podría lastimarla. Pero por más que cambió de comportamiento, nada pudo hacer con su naturaleza. En todos los años que había vivido en Dunagore, nunca encendió su propio fuego, nunca dejó de arrancar juncos en febrero y, aunque lo intentó, nunca arrojó cenizas un lunes o fue más allá del tendedero sin poner los broches en el cochecito[15].

Si, durante una noche ocasionalmente oscura, pensaba en el

cura, no se quedaba en ese pensamiento. La obra del Señor era realmente misteriosa. Si no hubiese perdido al hijo del cura, no habría heredado su casa. Si no hubiese heredado su casa, no se habría estado lavando los pies esa noche y tal vez podría haber recordado tirar el agua de la palangana en lugar de lanzarla como un hechizo sobre Stack, comer culebra de Navidad y tener un hijo de él. Así las cosas, Margaret se fue a esa cama al lado de la cabra. Y ya saben lo que se dice sobre las cabras: se dice que las cabras pueden ver el viento. También Margaret podía ver el viento; en sueños, vio que este sacudía los serbales, vio cómo sus frutos se convertían en gotas de sangre que caían sobre el pasto alrededor del lugar donde ella había estado acostada.

En cuanto al niño, no se parecía en nada a Stack. Durante años él esperó ver alguna marca de sí en su propio hijo, pero no apareció ninguna. Lo confundía sin sorprenderlo. Era como si Margaret lo hubiese escupido o empollado. Como madre, era feroz. Stack la vio mostrarles los dientes a vecinos que le habían acariciado el cabello al pequeño. Y, a cada momento, le permitía hacer lo que deseara. Durante su infancia, ella lo había acunado hasta echarlo a perder. Stack difícilmente pegaba un ojo. Margaret no parecía necesitar dormir. Ella estaba arriba al alba y cada cinco minutos iba a ver si su hijo respiraba; después volvía al sueño, lo que la hacía patear a Stack y, a menudo, este se levantaba y volvía a su antigua cama.

Michael nunca gateó. Un día se levantó de su silla y fue hasta el portón de adelante y volvió. Un día Stack entró a ordeñar a Josephine y descubrió que no había ni una gota de leche en sus ubres porque el niño las había chupado hasta secarlas. Cuando el niño se hizo fuerte, fue por los pantanos con Stack, saltando zanjas ayudado con un palo, vadeando agua pantanosa y ni un día de su vida se enfermó. No comía nada, salvo bastoncitos de pescado, nabos y cosas dulces, cabalgaba sobre Josephine en el prado de adelante, compraba patos y los llevaba por los estrechos caminos de Dunagore en su propio cochecito y crecía alto como un palo. Podía escribir su nombre de atrás para adelante y de arriba abajo. Inventaba historias, contaba mentiras cuando estaba aburrido y caminaba dormido

alrededor de la casa. Margaret no lo dejaba ir a la escuela, decía que no había nada que la gente de esa parroquia pudiera enseñarle que ella no le enseñara mejor.

Michael tenía siete años cuando Margaret se despreocupó de las dolencias y las apariciones de los vecinos. Estaba harta de ellos y sabía que, si enviaba a su hijo a la escuela, él sufriría. Pero pasó mucho tiempo antes de que la gente de Clare abandonara la esperanza y cesara de dejar mermelada, leña y arenques para Margaret Flusk, y comenzara a hacerle daño. Una mañana se despertó y encontró plumas de pavo real metidas en el buzón. Otra mañana todos sus neumáticos estaban desinflados. Ella podía soportar cualquier cosa, pero sus miedos se cernían sobre el niño.

Stack sabía que ella se iba a ir antes de que se fuera. Una noche, ella dejó morir el fuego y, a la mañana siguiente, Stack se encontró caminando en la orilla de la playa. Quería estar ahí cuando eso ocurriera. Se quedó a la orilla del agua observando hacia el oeste. El día era calmo. Pronto, un bote de pescadores lleno de isleños llegó a Doolin y el bote fue bajado hasta el mar. Los forasteros remaron lentamente hasta la costa, sus remos cortaban limpiamente el agua salada. Cuando llegaron a tierra, saludaron tocándose las gorras, pero no hablaron. Un hombre parecía familiar. Cuando Stack se volvió, Margaret lo estaba mirando directamente a los ojos, luego caminó en el agua, subió sin una palabra al bote. El niño lloraba, pero Stack sabía que no lo haría por mucho tiempo. Sostuvo a su hijo en los brazos y después lo dejó irse.

La mañana era hermosa; el mar, vitreo. Nada le impedía subir a bordo, nada en absoluto. Por un instante, los hombres esperaron y parecía que lo único que él tenía que hacer para que su futuro fuera feliz era subir al bote y dejar que el esfuerzo de otros hombres lo llevara con la marea. En lugar de ello, Stack se quedó sobre la playa y observó perderse de vista a la única mujer que alguna vez amó. No tardó mucho. Más cerca de la costa, un par de gaviotas graznaba sobre el agua como si hubiera algo ahí que solo ellas podían ver. Stack las observó hasta que le dolieron los ojos, luego volvió a trepar la colina.

Cuando llegó a la casa, soltó a Josephine y pronto esta estaba poniendo sus patas delanteras sobre la mesa, comiéndose todo lo que restaba de una tarta de ruibarbo. La huella de los pulgares de Margaret había quedado en el borde de la masa. Stack estaba contento con Josephine. Finalmente podía satisfacer las necesidades de la cabra. Se sentó y por un buen rato se quedó mirando los cuartos pelados y limpios. El sol brillaba sobre la tapa de la tetera, el linóleo, la madera lustrada. De modo que Margaret se había ido. ¿Acaso él no había sabido siempre que se iría? ¿No se lo había dicho el sueño? Pero él no podía juzgarla, ni siquiera cuando ella tomó la mano de su hijo y fue alejada por remeros extraños. Al fin y al cabo, lo único que los separaba era una franja de profunda agua salada que podía atravesar fácilmente.

Josephine lamió el plato hasta dejarlo limpio y se quedó mirando fijo a Stack. Este la siguió a su antiguo dormitorio, cerró la puerta y los ojos. Al día siguiente iría a Doolin y compraría una bolsa de cemento y tapiaría esa pared. Compraría una botella de *whiskey*, algunos panecillos de higo y llevaría a reparar el televisor. No permanecería ocioso. El invierno estaba llegando. La turba lo mantendría ocupado y en forma. Vendrían largas noches invernales y tormentas para borrar y recordarle el pasado. A pesar de que ya no era joven, su futuro cercano era una certeza. Pero si vivía por cien años, nunca más volvería a aventurarse de noche a la casa de una mujer ni dejarla acercarse con agua de palangana.

CLAIRE KEEGAN nació en 1968 en County Wicklow, Irlanda, en el seno de una familia católica. A los diecisiete años abandonó la granja paterna y se instaló en Nueva Orleáns, Estados Unidos, donde estudió inglés y ciencias políticas en la Universidad Loyola. En 1992 regresó a su país natal por un breve período y realizó una maestría en escritura creativa en la Universidad de Gales, Cardiff. Su primera colección de cuentos, *Antártida* (Eterna Cadencia, 2009), fue nombrada «Libro del año» por Los Angeles Times y premiada con el William Trevor Prize y el Rooney Prize for Irish Literature. *Recorre los campos azules* ganó el Edge Hill Prize al mejor libro de cuentos publicado en las Islas Británicas en 2007. Algunos de sus relatos recibieron el Olive Cook Award, el Kilkenny Prize y el Tom Gallon Award, entre otras distinciones. En la actualidad divide su tiempo entre la ciudad de Filadelfia, Estados Unidos, y County Wexford, Irlanda.

Notas

[1] N. del T.: Famosa marca de *whiskey* irlandés. <<

[2] N. del T.: Radio irlandesa cuyo alcance se extiende a los condados fronterizos, las Midlands y el oeste del país. <<

[3] N. del T.: El *Tinahely Agricultural Show* es un festival de verano que tiene lugar en County Wicklow todos los meses de agosto y que involucra distintas actividades, entre las que destacan las destrezas equinas y los concursos de perros. <<

[4] N. del T.: John McGahern (1934-2006), unánimemente considerado uno de los mayores narradores irlandeses de la segunda mitad del siglo XX, poco antes de morir publicó una aclamada *memoir*, donde consta un incidente referido a su padre, quien, sentado en un banco en Galway, aparentemente comió veinticuatro naranjas antes de casarse. El presente cuento, ambientado durante el período denominado *The Emergency* (los años de la Segunda Guerra), recoge parcialmente ese incidente por demás significativo, ya que las naranjas eran escasas y, por lo tanto, un bien suntuario, al que solo podía accederse a través del mercado negro. <<

[5] N. del T.: Se trata del servicio en gaélico de *Radio Telefts Éireann* (RTÉ). <<

[6] N. de la A.: Lisdoonvarna es un pueblo de County Clare, famoso por su festival de búsqueda de pareja. <<

[7] N. de la A.: «¿Qué haremos para encontrar madera ahora que los bosques desaparecieron?». <<

[8] N. de la A.: *Pucán* es el macho de la cabra sexualmente activo. <<

[9] N. de la A.: Inis Mor es la más grande y occidental de las islas Aran. <<

[10] N. de la A.: A la gente de Wicklow se la llama «chupacabras». <<

[11] N. del T.: Puesto político que equivale al de Primer Ministro. <<

[12] N. del T.: Famosa marca de un extracto de carne, que diluido en agua caliente se utiliza para darle gusto a sopas, guisos y estofados, aunque también se lo utiliza para untar pan y como bebida. <<

[13] N. del T.: La *banshee* es una suerte de hada o duende con forma de mujer que, con su grito o gemido, anuncia al pie de las ventanas la inminente muerte de algún miembro de la familia. <<

[14] N. del T.: *Caul* en el original. La autora se refiere a la membrana que recubre a la mayoría de los mamíferos en el momento del nacimiento. Desde antiguo se creía que los seres humanos que nacieran con esta redecilla —también denominada «fondo de cofia»— recubriéndoles la cabeza tendrían buena suerte, un destino venturoso y fertilidad. Por extensión, hasta el día de hoy hay quien cree que conservar la redecilla de un recién nacido le trae suerte a su poseedor. <<

[15] N. de la A.: Se dice que poner los broches en el cochecito impide que los duendes roben a los niños, dejando en su lugar a un *changeling*, nombre que reciben las criaturas que reemplazan a los niños raptados. <<